

SUO
PARA
Siempre

CAPOS DE LA
MAFIA

AVA GRAY

SUYO PARA SIEMPRE

AVA GRAY

Derechos de autor © 2026 por Ava Gray

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en sistemas de recuperación de información, ni su transmisión por cualquier medio electrónico o mecánico, sin el permiso por escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves en reseñas de libros.

✿ [Formateado con Vellum](#)

ÍNDICE

[Sinopsis](#)

1. [Carlotta](#)
2. [Archer](#)
3. [Carlotta](#)
4. [Archer](#)
5. [Carlotta](#)
6. [Archer](#)
7. [Carlotta](#)
8. [Archer](#)
9. [Carlotta](#)
10. [Archer](#)
11. [Carlotta](#)
12. [Archer](#)
13. [Carlotta](#)
14. [Archer](#)
15. [Carlotta](#)
16. [Archer](#)
17. [Carlotta](#)
18. [Archer](#)
19. [Carlotta](#)
20. [Archer](#)
21. [Carlotta](#)
22. [Archer](#)
23. [Carlotta](#)
24. [Archer](#)
25. [Epílogo](#)

[También por Ava Gray](#)

SINOPSIS

Una noche prohibida. Un secuestro mortal. Una virgen que no se da cuenta de que ya ha sido marcada como suya.

ARCHER

He derramado sangre por dinero y he enterrado mi conciencia junto a los cuerpos de mis enemigos.

Cuando una belleza misteriosa con un antifaz de encaje desliza su lengua contra la mía en un baile de máscaras, algo primario despierta en mi interior: un hambre posesiva que creía haber matado hace años.

Entonces, unos matones la secuestran justo delante de mí y descubro que es Carlotta Rossi, la hermana virgen de la familia mafiosa más despiadada de Nueva York. La misma familia que me paga para mantenerlos con vida.

Ahora está bajo mi protección en mi remota cabaña, durmiendo en mi cama, con sus tentadoras curvas a solo unos centímetros. Debería mantener las manos quietas. Me han contratado para proteger su cuerpo, no para tomarlo.

Pero en el momento en que se estremece bajo mi tacto, sé la verdad: fue mía desde nuestro primer beso. Y reduciré el mundo a cenizas antes de permitir que alguien se lleve lo que es mío.

Aunque tomarla signifique firmar mi propia sentencia de muerte.

CARLOTTA

Estoy harta de ser la princesa Rossi sobreprotegida, la hermana virgen a la que todos subestiman.

Cuando un desconocido peligrosamente seductor me acorrala contra la pared en un baile de máscaras, con su boca talentosa haciendo promesas que su cuerpo está desesperado por cumplir, siento que me ven de verdad por primera vez.

En lugar de eso, acabo secuestrada por el peor enemigo de mi familia, un hombre que quiere usarme como cebo para destruir a todos los que amo.

Mi misterioso amante enmascarado resulta ser Archer, el mercenario letal y melancólico en quien confían mis hermanos para salvarme. Ahora estoy atrapada a solas con él en su cabaña, y la forma en que me mira hace que mi cuerpo arda más que el mismísimo infierno.

Me advierte que me aleje. Dice que mis hermanos lo matarían. Dice que está demasiado roto, que es demasiado peligroso.

Pero veo cómo sus ojos me siguen: posesivos, hambrientos, decididos. Como si ya le perteneciera.

¿Y la aterradora verdad? No deseo nada más que ser suya.

***Suyo para Siempre* es el quinto libro de la serie Capos de la Mafia. Esta novela autoconclusiva y abrasadora incluye: alfa posesivo, heroína virgen, convivencia forzada, una sola cama, amigo del hermano, embarazo sorpresa y suficiente pasión como para hacer que un confesionario estalle en llamas!**

CARLOTTA

Me inclino hacia delante, me aplico más eyeliner y lo difumino bajo las pestañas. Es jueves por la noche, lo que significa que es noche de chicas y, por primera vez desde que empezamos con esta tradición, no tengo ningunas ganas de quedar con Alessia, Hannah, Gabriella y Blake. Aunque las quiero como si fueran mis hermanas, últimamente me resulta un poco difícil estar cerca de ellas.

Supongo que, en el fondo, me siento desplazada. Y un poco celosa. Vale, muy celosa.

Mis hermanos mayores y sus parejas son todos maravillosa y empalagosamente felices, y están locamente enamorados los unos de los otros. Por muy fabuloso que eso sea para ellos, bueno, para mí... me he sentido muy sola últimamente.

Me guste o no, soy la última que queda. La única hermana soltera que queda y la hermana pequeña de la poderosa familia Rossi.

Con un profundo suspiro, levanto el aplicador de rímel y lo paso por mis largas pestañas, preguntándome por qué. Estudio mi reflejo en el espejo con ojo crítico, preguntándome por millonésima vez qué me pasa. No es por ser arrogante, pero no estoy mal en cuanto al

físico. Claro, a veces me siento cohibida como cualquier otra mujer, pero sé que estoy bendecida con buenos genes italianos: pelo largo, grueso y castaño oscuro; ojos aún más oscuros, y un tono de piel permanentemente bronceado. Y a pesar de toda la pasta que soy capaz de comer, consigo mantener la figura y mis curvas están en su sitio.

Y eso me lleva a empezar a cuestionarme otras cosas, cosas que no son tan fáciles de arreglar. ¿Tengo mal carácter? ¿Es por eso que los hombres parecen mantener las distancias? ¿Tengo cara de vinagre? «No lo creo», decido, mirando mi reflejo. Quizá sea mi personalidad descarada lo que los asusta. Angelo a veces me llama torbellino.

Últimamente, parece que me he estado cuestionando muchas cosas, sobre todo las decisiones que he tomado en los últimos años. Todas, por supuesto, me han llevado a este punto: dolorosamente sola.

Quizá sea porque Angelo, mi hermano más cercano, acaba de casarse, y era el que yo pensaba que siempre se quedaría soltero. Ang siempre había declarado que sería un soltero de oro hasta el día de su muerte, lo juró y perjuró, y yo me lo creí. Todos lo hicimos. Es demasiado guapo, más que encantador, y solía decir que las relaciones serias debían evitarse a toda costa y que la sola idea de tener una le provocaba urticaria.

Pues vaya con eso.

Blake, una cazarrecompensas, lo secuestró accidentalmente en lugar de a su objetivo y el resto, como se suele decir, es historia. La semana pasada, en el banquete de bodas, ya anunciaron que Blake está embarazada. Eso sí que es un giro de ciento ochenta grados.

Por supuesto, me va a encantar ser tía... otra vez... y me alegro de verdad por mis hermanos, sus esposas y sus hijos.

Creo que debe de ser el miedo a quedarme atrás lo que me tiene tan revuelta últimamente. O eso, o que quizá mi reloj biológico esté haciendo tictac. Pero si solo tengo veinticinco años, me recuerdo a

mí misma. No hay por qué tener prisa por quedarse preñada. Conozco a gente que no formó su familia hasta bien entrada la treintena, incluso los cuarenta hoy en día.

Aunque siempre me había hecho ilusión ser una madre joven. Cuando todavía tuviera energía y pudiera hacer que mi hijo creciera con todos sus primos. Porque, seamos sinceros, mis hermanos y sus mujeres están teniendo hijos como churros.

Cojo el rizador caliente, tomo un mechón de mi pelo castaño oscuro y lo enrolló alrededor del cilindro, contemplando la raíz del problema. No es que tenga prisa por casarme y tener hijos, es más bien que quiero empezar a vivir la vida. Cosas como el amor y el sexo son misterios para mí.

Misterios muy tentadores que quiero explorar.

Mientras sigo trabajando en mi cabeza, rizando mi pelo normalmente liso, inevitablemente pienso en el único hombre con el que salí en serio. Rendall Smith. Dios, qué imbécil. Una imagen de su estúpida cara aparece en mi cabeza. Pelo rubio ceniza, ojos verdosos, altura y complexión normales. Nada que ver con mis imponentes hermanos.

Rendall era mediocre en todos los sentidos. Excepto, por supuesto, en la escala de gilipollas. Ahí se salía de la tabla.

Dios, todavía me siento tan estúpida por haber pasado tanto tiempo con él, por haberle creído, por casi haberle entregado mi virginidad. Qué completo y absoluto desperdicio habría sido. Sí, quiero acostarme con un hombre, pero quiero que sea un buen tío. O, al menos, que no me trate como una mierda.

Agitada por los recuerdos de lo que pasó, la mano se me resbala y el rizador caliente me quema la frente.

—¡Ay! ¡Mierda! —grito. Con un sonido de frustración, lo dejo sobre la encimera con un golpe seco y me quedo mirando fijamente mi reflejo en el espejo de nuevo.

Quizá sea mi aspecto. Quizá no soy lo bastante guapa.

Dios, odio que la inseguridad me invada, pero no puedo evitarlo.

Como mis hermanos, tengo el pelo oscuro y los ojos marrones. Bueno, excepto Vin, que tiene el tono de ojos verdes más increíble, que no puede pasar desapercibido ni ignorarse de lo impresionantes que son. Para ser sincera, no suelo recordar el color de los ojos de la gente. Cuando hablo con alguien, sobre todo con un hombre, tiendo a mirar a todas partes menos a sus ojos. Por alguna razón, me incomoda muchísimo. Quizá porque los ojos son realmente las ventanas del alma, y me siento expuesta y vulnerable.

Entrecerrando los ojos, intento recordar de qué color eran los de Rendall; creía que verdosos, pero ahora dudo de mí misma. Tal vez fueran más bien marrones. ¿O de color avellana? O espera, no. Grises. Mmm, no estoy segura. Bueno, da igual, porque es un completo capullo al que no quiero volver a ver ni encontrarme nunca más.

Trazo ligeramente un dedo sobre la marca roja de la quemadura que ahora afea mi frente y frunzo el ceño. Genial. Cojo un poco de corrector, la cubro ligeramente lo mejor que puedo y luego miro la hora en mi móvil. Debería salir en diez minutos, así que me voy a mi dormitorio a vestirme.

Mi apartamento es pequeño y mono y está en Greenwich Village. Aunque mis hermanos viven en casas mucho más grandes y lujosas, a mí me gusta mi rinconcito acogedor. Va conmigo. Últimamente, he pasado la mayor parte del tiempo en el rincón de lectura que me monté, perdida en novelas románticas. Consiste en un gran sillón mullido cerca de la ventana para que haya mucha luz natural, una lámpara de pie por si la necesito, y estanterías del suelo al techo que Vin me ayudó a instalar. Me encanta leer, y me pasé días organizando mi colección de libros de bolsillo por sagas y por autores. Últimamente, es lo único que me da una alegría inmensa: acurrucarme en mi sillón de color cerceta, sorbiendo un café de sabores de mi taza favorita y leyendo sobre gente que se enamora.

Porque me imagino que o es eso o nada. ¿Qué le voy a hacer? La cosa está muy mal.

Creo que parte de la razón por la que me siento perdida es porque no estoy muy segura de qué debería hacer con mi vida. Mis padres viven en Sicilia, en un viñedo, y nuestra familia es dueña de una próspera empresa vinícola, Viñedos Rossi; Vincentius se encarga de la gestión del día a día. Miceli, mi hermano mayor, se ocupa de los asuntos de la mafia y está metido en todo. Es prácticamente el don de Nueva York y lo controla todo. No se le escapa una. Y Enzo es un genio en lo que respecta a las acciones y las inversiones. Ese hombre gana tanto dinero que probablemente podría comprar la ciudad entera y a todos sus habitantes.

Angelo siempre se ha parecido más a mí. Tampoco estaba muy seguro de su propósito, pero ahora que ha encontrado a Blake, parece tan feliz, tan absolutamente satisfecho.

Pero yo... Últimamente me ha costado mucho averiguar cuál es mi sitio y no estoy segura. Soy mucho más creativa que mis hermanos, que tienen mentalidad de empresarios, pero cuando pienso en una carrera profesional y en lo que quiero hacer durante los próximos treinta o cuarenta años, me quedo en blanco.

Menos mal que el dinero no es un problema, si no ya estaría de vuelta en Sicilia viviendo con mis padres. Pero como nos han hecho a mis hermanos y a mí accionistas de la empresa, cada trimestre nos ingresan dinero en nuestras cuentas. El vino da una fortuna y luego dejo que Enzo juegue con mi parte y me saque más dinero.

Así que el dinero no es un problema. Pero el amor y encontrar algo en lo que sea buena parecen ser mi mayor dilema. Más que nada, me encantaría encontrar a mi alma gemela y mi lugar en el mundo. Por muy cursi que suene, siento que no estoy cumpliendo con mi destino, que no estoy haciendo lo que se supone que debería hacer.

Ojalá supiera qué es exactamente.

Después de ponerme un vestidito negro y unos tacones, cojo el bolso y salgo. Me viene bien salir de casa y la verdad es que me gusta charlar con mis cuñadas. Quizá puedan ayudarme a poner mi vida en orden. Porque ahora mismo me siento perdida. Más perdida, confusa y sola que nunca.

Levanto una mano, paro un taxi amarillo y me subo. Le digo el nombre del pequeño y mono restaurante donde hemos quedado, me acomodo en el asiento y cotilleo el móvil. El tráfico a esta hora de la noche siempre es una pesadilla, así que me pongo cómoda para la espera. Por suerte, el sitio donde hemos quedado no está muy lejos y, en cuanto llegamos, pago la carrera y me bajo. Aunque hoy en día todo el mundo use Uber, a mí me siguen gustando mis viejos y destartalados taxis neoyorquinos. Supongo que soy una clásica.

Mis tacones repiquetean contra el lustroso suelo de madera al entrar en el restaurante de moda y veo a mis chicas ya reunidas en una mesa de un rincón. Las saludo con la mano y me dirijo hacia el fertilísimo grupo de mujeres. Alessia y Miceli ya están esperando su segundo bebé y ella parece a punto de estallar. Hannah y Gabriella dieron a luz no hace mucho y todavía están amamantando a sus nuevos retoños. Y Blake está delgadísima como siempre, pero está embarazada de un par de meses. Mis hermanos son ridículamente viriles. No es algo en lo que me guste pensar demasiado, así que lo aparto de mi mente rápidamente antes de que se me ocurra imaginarme algo que no quiero visualizar jamás.

—Hola, preciosas mamás —digo a modo de saludo y me siento. De inmediato hago una seña a un camarero; necesito algo de alcohol en mi sistema—. ¿Me pones un Cosmopolitan?

Él asiente y se marcha.

—Todavía no soy mamá —afirma Blake, pasándose una mano por el vientre plano.

—Llegaré antes de que te des cuenta —le dice Gabriella con una sonrisa cómplice.

—¿Qué tal la luna de miel? —le pregunto a Blake. Ella y Ang acaban de volver no hace mucho. Después de casarse, él la llevó en su helicóptero a Maine, donde se alojaron en una pequeña y acogedora cabaña. A mi hermano le gusta presumir de sus habilidades como piloto, pero es condenadamente bueno. Creo que se equivocó de vocación y que debería haber sido piloto de la Marina.

—Increíble —responde ella, soñadora—. Volver a donde nos enamoramos fue muy especial.

—Oh, nos alegramos mucho por ti —dice Alessia, y todas asienten.

Un minuto después, la conversación deriva inevitablemente hacia los bebés y la maternidad. Todas son madres primerizas y entiendo que están aprendiendo mucho las unas de las otras, pero yo me siento inmediatamente excluida. Así que me limito a sonreír, asentir y beberme la copa de un trago para luego pedir otra rápidamente.

No tengo mucho que aportar a la conversación y, al final, me quedo mirando al vacío, preguntándome si algún día podré participar y ofrecer algún consejo útil o válido sobre estar casada o tener hijos. Al cabo de un rato, Blake y Gabriella parecen darse cuenta de mi silencio.

—Vale, ya basta de hablar de bebés —afirma Gabriella, y yo le lanzo una mirada de agradecimiento—. Que sepas, Carlotta, que como eres la única soltera de esta mesa, todas te tenemos un poco de envidia.

—¿Envidia? —repito, incrédula—. ¿De qué?

—De tu libertad, para empezar —dice Blake.

—De tener el mundo a tus pies —dice Alessia.

—Y de poder irte y hacer lo que te dé la gana, cuando te dé la gana —añade Hannah.

—No me siento muy afortunada —digo un poco con tristeza, pero supongo que tienen razón—. De hecho, si os soy sincera, os tengo

un poco de envidia. Bueno, más que un poco.

Hay tanta melancolía en mi voz que ni siquiera puedo intentar disimularla.

—Sois tan locamente felices —continúo—, y no me malinterpretéis, me alegro mucho por vosotras. Es solo que... no sé qué me pasa. Últimamente, he estado un poco...

Mi voz se apaga y todas escuchan con suma atención.

—¿Un poco qué? —pregunta Alessia con delicadeza.

—Sola —admito en voz baja. Luego añado rápidamente—: Pero sé que es culpa mía. No salgo tanto como debería y me cuesta confiar en los hombres.

—A mí me pasaba lo mismo —dice Blake—. Es un milagro que Angelo y yo nos conociéramos. Toda mi vida había sido trabajo y nunca salía. Socialmente, al menos. Solo para cazar a los malos.

Sonríó con suficiencia, imaginando a Blake como cazarrecompensas en su vida anterior. Ahora que está casada y esperando un bebé, ya no anda por ahí capturando a gente peligrosa. Sobre todo porque a Angelo le daría un infarto.

—Pues vamos a cambiar eso —dice Hannah con naturalidad, con un brillo en los ojos—. Chicas, creo que deberíamos ayudar a Carlotta a encontrar a un buen hombre.

—¿Acaso existen? —no puedo evitar preguntar.

—Sí —responde Alessia sin dudar—. Tus hermanos.

—Bueno, no puedo salir con mis hermanos ni querría, sin ofender. Así que, ¿dónde está el resto de los hombres buenos? —me pregunto en voz alta. Porque desde luego, yo no encuentro ni uno.

—Por ahí, en alguna parte —dice Hannah, lo que no ayuda en absoluto—. Y vamos a ayudarte a encontrarlo.

—Gracias, y no es por aguaros la fiesta, pero la cosa pinta bastante mal, chicas.

—Oh, vamos —bufa Gabriella, agitando la mano en el aire—. Todavía eres una cría. Tienes tiempo de sobra. Aunque está claro que algo o alguien te ha dejado un poco desengañada.

A Gabriella no se le escapa una. Aunque, siendo una mujer de negocios y estando casada con Enzo, entiendo que esté siempre alerta. Es extremadamente perspicaz, bastante intuitiva y muy madura para su edad.

—Sí, se llamaba Rendall y, en cuestión de tres meses, consiguió hacer añicos mi autoestima y mi confianza en el sexo opuesto. Ahora tengo miedo de no volver a ser lo bastante buena para nadie o de no poder confiar en un hombre nunca más.

—Oh, cariño, no todos los hombres son así. Los mejores te querrán y te protegerán. Siempre —me dice Alessia, y las demás asienten.

—Es verdad —asiente Hannah—. Vin me salvó cuando más necesitaba a alguien.

Vincentius había intervenido y rescatado a Hannah cuando la obligaron a participar en una subasta clandestina. Había superado todas las demás pujas, había aparecido de la nada y había sacado a Hannah de aquella pesadilla. Literalmente, en brazos, había subido al escenario, la había levantado y se la había llevado.

—No puedes renunciar al amor —Alessia se inclina y me pone una mano en el brazo—. Te ayudaremos, ¿verdad, chicas?

Todas asienten.

—Tengo una idea —declara Gabriella con una sonrisa asomando por la comisura de los labios—. ¡El baile de máscaras!

—¿Qué pasa con el baile? —pregunto, sin pillarlo.

Este fin de semana hay un baile de máscaras benéfico, pero no pensaba ir. No tengo disfraz ni pareja, y me parece demasiado esfuerzo.

—¡Sí! —sonríe Alessia, asintiendo—. Tienes que venir, Carlotta.

Empiezo a negar con la cabeza, pero entonces me doy cuenta de que quizá tengan razón. No paro de decir que necesito salir más y esto, sin duda, cumpliría ese requisito. El baile de máscaras es un gran acontecimiento y atraerá a una gran multitud. ¿Quizá a un desconocido guapo y soltero? Supongo que puedo tener esperanza. Por encima de todo, sin embargo, es un importante evento benéfico y mostrar mi apoyo sería un buen gesto.

Aun así, no estoy del todo convencida. Además, sigo de bajón y no me siento ni lo bastante buena ni con la confianza suficiente para llamar la atención de un hombre. Tengo el flirteo algo oxidado.

—No tengo nada que ponerme —les digo. Es una excusa tonta, lo sé.

—Podemos ayudarte —declara Hannah sin dudarlo, y las chicas asienten de acuerdo.

Tras dudar brevemente, asiento con lentitud. —¿Y por qué demonios no? —digo, y todas chillan de alegría.

La verdad es que soy una romántica de corazón, así que lo intentaré. Quizá, si el destino me sonríe, conozca a alguien y reactive mi vida amorosa.

Aunque tampoco voy a hacerme ilusiones.

ARCHER

Recostado en mi sillón de cuero negro, levanto los pies y los apoyo en el borde del escritorio. No estoy seguro de cuánta fe depositar en la conversación que acabo de tener con uno de mis informantes, pero le doy vueltas a toda la información en mi cabeza. Decidiendo si merece la pena que le dedique tiempo a investigarlo más a fondo.

Implica a Miceli Rossi y a su familia. Normalmente, no me preocuparía porque sé que Miceli puede cuidarse de sí mismo y de los suyos. Pero últimamente le han pasado muchas cosas a su familia y he estado atento. Si me topo con alguna información que pueda ayudarlo o, en este caso, advertirlo, se la paso.

Para que quede claro, no le debo nada; él no me debe nada.

Aunque, técnicamente, supongo que Miceli sí que me debe algo, pero le dije que no se preocupara. Deberme algo a mí es como deberle un favor al diablo. Nadie quiere llegar a eso. He visto cosas, hecho cosas, sé cosas... que nadie más debería. O de las que nadie querría ser consciente, porque son secretos oscuros y letales.

Le tengo cogido el pulso al submundo y me encargo de saber lo que pasa en la ciudad en todo momento. Mi red de informantes, en su

mayoría una telaraña de criminales, me mantienen al corriente. También tengo contactos en el departamento de policía y mantengo una buena relación con un exagente de la CIA.

Así que, cuando digo que sé lo que pasa, bueno, es quedarse corto. Soy como el TMZ del submundo de Nueva York. Consigo los cotilleos y los hechos el primero, y luego decido cuál es la mejor manera de usar esa información. A quién contárselo, a quién no... y quién pagará más por saber lo que sé.

Mientras yo gobierno el submundo, Miceli Rossi, por otro lado, gobierna el reino de la mafia. Junto con las otras cinco familias gobernantes que llegaron de Italia y Sicilia hace generaciones, dirigen los negocios de la ciudad. Mientras él gobierna el día, yo gobierno la noche.

Después de todo lo que he hecho y he visto, es a donde pertenezco: a la oscuridad.

Llevo una vida solitaria y así es como la prefiero. No tengo ningún deseo de conocer a una mujer, casarme y tener una familia. La oscuridad consume cada aspecto de quién soy, dónde he estado y adónde voy. No hay lugar en mi vida para la inocencia. Además, probablemente sería alérgico y me saldría un sarpullido al instante si me acercara a algo remotamente puro o bueno.

Mi atención se desvía hacia la invitación que descansa en el borde de mi escritorio. Es para un baile de máscaras benéfico y normalmente la ignoraría. La pasaría por la trituradora de papel sin pensarlo dos veces. Pero, en este caso, me conviene ir. La pareja que organiza el evento se puso en contacto conmigo hace poco y me pidió mis servicios. Todavía no he aceptado ni he declinado la oferta porque me gusta ver a la gente en persona primero, para poder observar cómo interactúan y llevan sus negocios antes de aceptarlos como clientes. Porque, seamos sinceros, las mierdas que hago, las que ellos quieren que haga, no siempre son del todo legales. Necesito saber que trabajo para seres humanos decentes, porque hasta el diablo tiene sus principios. Además, calculo que también

podré vigilar de cerca a la familia Rossi mientras esté allí, por si surgen problemas. Matar dos pájaros de un tiro.

Corre el rumor de que Carmine Gallo está planeando su venganza contra la familia Rossi y que está dispuesto a hacer lo que sea para conseguirla. Es cierto que Angelo y compañía son supuestamente responsables de quemar la mansión del hombre y obligarlo a esconderse porque lo buscaban unos cazarrecompensas. Pero, para ser justos, Gallo fue quien ordenó el asesinato de Angelo y su nueva esposa, Blake Serrano Rossi. Simplemente fueron más listos que él, le dieron la vuelta a la tortilla y ahora está cabreado.

Mi mirada pasa de la invitación a mi móvil y lo cojo. Tras marcar el número de Miceli, me recuesto más en el sillón mientras suena. El otro hombre responde casi de inmediato.

—Archer, ¿cómo está?

—Pues ya sabe —respondo con calma—, lo de siempre.

Me gustaría decir que llamo a Miceli por la bondad de mi corazón, pero sería mentira. Siempre se trata de negocios y de cuál es la mejor manera de aumentar el dinero en mis arcas.

—¿Qué tiene para mí? —pregunta el otro hombre, yendo directo al grano, lo que me parece bien. No diría que Miceli Rossi es un amigo, sino más bien un conocido de negocios estratégico. No es que quedemos para tomar unas cervezas y charlar de chorradas. No, en lugar de eso, traficamos con información.

Y, por supuesto, con dinero contante y sonante. Que es exactamente el motivo de mi llamada. Al mantener informado a Miceli, que es lo mejor y más valioso que puedo hacer, él me lo pagará generosamente con favores y dinero. Es una situación en la que ambos ganamos.

—Quería ponerle sobre aviso —digo, quitando una pelusa de mi camiseta negra—. Gallo está en pie de guerra y ha jurado acabar con usted y con su familia. Cueste lo que cueste.

Rossi maldice por lo bajo. —Ese gilipollas se está convirtiendo en una china en mi zapato.

—Sí, bueno, puede que le interese asegurarse de que se encarguen de él más pronto que tarde.

—Tomó nota. Le agradezco el aviso. Como siempre, me aseguraré de que sea compensado.

Me enderezo y mis botas caen al suelo con un golpe sordo. —Un placer hacer negocios con usted, Rossi.

—Igualmente.

Colgamos y me levanto y me estiro. Una vez más, mis ojos se posan en la invitación y la cojo. Es un sobre negro con mi nombre grabado en una caligrafía elegante en el anverso. Lo abro y deslizo la tarjeta negra para sacarla. Toda la información de la fiesta está ahí, escrita en letras plateadas y brillantes, incluida la parte en la que se recomienda encarecidamente el uso de máscaras y disfraces.

Suspiro. Disfrazarme no es una de mis prioridades, pero he oído hablar mucho de esta fiesta en particular, así que sé que todo el mundo se disfraza. De hecho, los invitados lo dan todo y se visten de punta en blanco. Nadie se quita la máscara hasta la medianoche y es una tradición que se mantiene desde hace diez años.

¿Y quién soy yo para romper la tradición?

Nadie. Así que eso significa que mi culo tiene que buscarse un disfraz. Por supuesto, me horroriza la idea y no tengo ni pajolera idea. Tampoco tengo amigos que me ayuden a decidirme.

Pasándome una mano por el pelo negro, me recuerdo a mí mismo que es lo mejor. Permanecer solo y distante es... lo... mejor. Me repito la frase varias veces para metérmela bien en la cabeza.

Hace mucho tiempo, las cosas habían sido diferentes... y mira lo horrible que salió todo. No, me niego a volver a poner en peligro a nadie nunca más. Eso significa que no voy a meter a nadie en mi

mundo ni a permitirme acercarme demasiado. Sobre todo a una mujer.

Sin previo aviso, una imagen de Caitlin inunda mi mente. Mi cuerpo reacciona como siempre y las náuseas me golpean el estómago. Ella no se merecía lo que le pasó y el tiempo que ha pasado no ha ayudado a aliviar el peso de mi culpa. Mi dolor ha disminuido con el tiempo y eso probablemente me convierte en un cabrón aún más grande de lo que ya soy.

La verdad es que no creo que sea capaz de amar. He oído hablar de ello, he leído sobre ello, incluso lo he presenciado. Joder, los hombres Rossi han caído todos y ahora sus mundos giran en torno a sus esposas. Pero no soy capaz de imaginarme conociendo a una mujer y que mi mundo se tambalee y mi estómago se llene de mariposas. Si es atractiva, con lo único que puedo contar es con un empalme y, si tengo suerte, con un rollo de una noche.

Es de lo único que soy capaz, de todos modos. Cuando Caitlin murió, toda la humanidad y calidez que tenía murieron con ella. No soy un buen tipo. Soy frío, despiadado y disfruto del poder que conlleva la información. Prefiero mil veces contar los dólares de mis diversas cuentas bancarias por el mundo que acurrucarme con una mujer necesitada. Porque al final todas se vuelven necesitadas y quieren más de lo que puedo dar.

Con otro suspiro, me acerco al gran ventanal con vistas a la ciudad de Nueva York. El sol se ha puesto hace unos minutos y la noche ya ha caído sobre nosotros. Las luces brillantes resplandecen por todas partes y me tomo un momento para empaparme de todo. Esta ciudad es mi dominio y me gusta mantenerla limpia de alimañas y escoria.

Tal vez eso te incluya a ti, se burla una vocecita.

Sacudiendo la cabeza, encierro toda la culpa y las dudas y me cruzo de brazos. Como antiguo soldado de operaciones especiales, se me da bien compartimentar. El ejército también me enseñó a ser tenaz,

a estar centrado y aprendí a sacar las cosas adelante. También me hizo odiar mostrar cualquier tipo de debilidad. Proyectar fuerza y confianza es clave. Es quien soy ahora y no hay vuelta atrás.

Mientras contemplo la ciudad que amo, mi mente vuelve a Carmine Gallo. Se mudó aquí hace casi dos meses e instantáneamente empezó a causar problemas. Por lo que puedo deducir, está interesado en hacerse con todo lo que pueda por aquí. Se rumorea por la calle que ha estado haciendo muchas preguntas sobre las otras familias de la mafia. Por lo que estoy oyendo, parece que quiere hacerse con la alianza de las Cinco Familias. O, posiblemente, acabar con ella por completo.

Gallo no quiere compartir; quiere todo el poder y el control.

Es un cabrón avaricioso, una amenaza para la organización de aquí, que últimamente funciona bastante bien. No quiero que vaya agitando alianzas y creando nuevos enemigos. Por primera vez en muchísimo tiempo —joder, en la historia—, las cinco potencias de esta ciudad han encontrado una paz que siempre pareció escapárseles. Hay que encargarse de Gallo y espero que Rossi lo haga. Si no, me encargaré yo mismo.

Mientras tanto, tengo que pensar en un disfraz para la fiesta de máscaras. No es mi especialidad, de eso no hay duda. Soy un tipo sencillo y prefiero mi camiseta y mis pantalones cargo. La comodidad es una prioridad, pero supongo que puedo aguantarme y ponerme un traje y una máscara incómoda durante una o dos horas.

Hay un traje negro en el fondo de mi armario en alguna parte. La última vez que me lo puse fue en el funeral de Caitlin hace casi cinco años. La imagen de su ataúd color crema decorado con diminutas rosas rosas hace que se me revuelva el estómago. Hay días en los que parece que murió ayer y otras veces parece que ha pasado una eternidad. Pero la única constante, lo único que nunca cambia, es el pesado sentimiento de culpa.

Porque si yo hubiera estado aquí, si hubiera estado en casa para protegerla, Caitlin seguiría viva.

Vale, ya basta, me reprendo. Tienes que dejarlo ir.

Ojalá pudiera. De verdad que ojalá pudiera dejar de culparme, pero no puedo.

Apartándome de las brillantes luces de la noche de la ciudad, vuelvo a mi escritorio y me dejo caer. El asiento chirría mientras lo acerco al escritorio y a mi portátil. Abro rápidamente una página web y busco una máscara. Aparecen cientos y cientos de opciones y, sinceramente, me importan tres cojones. Solo necesito algo para cubrirme la cara y no llamar la atención. Mi plan es mantenerme en la sombra, como se me da bien, y vigilar a la familia Rossi desde lejos. Por supuesto, me pondré en contacto con Miceli, le haré saber que estoy allí y él depositará una suma de dinero ridícula en mi cuenta bancaria. Es así de agradecido y es una de las razones por las que le mantengo al día de lo que ocurre.

Dejo de desplazarme cuando una máscara de esqueleto me llama la atención. Primero, me gusta que solo cubra la mitad inferior de mi cara, sin ocultar mis ojos. Y, segundo, es la puta hostia. Espeluznante, también. Pulso «comprar» y elijo la opción de entrega al día siguiente. El baile benéfico de máscaras es este fin de semana, así que tengo que preparar este disfraz cuanto antes. Aunque supongo que ya lo tengo.

No ha sido tan difícil, pienso, recostándome y entrelazando los dedos.

¿Y ahora qué?

La pregunta me ronda la cabeza y supongo que podría matar el tiempo con una cerveza, una pizza y el último drama de Netflix. Me rugen las tripas, recordándome que aún no he cenado. Sin embargo, me invaden unas ganas terribles de salir de mi apartamento, así que decido tomarme esa cerveza y algo de comer en el pub de la

esquina que suelo frecuentar. Después de enfundar mi Glock 19 en la espalda, me pongo una chaqueta, cierro la puerta con llave y salgo. Nunca salgo de casa sin mi arma oculta en alguna parte del cuerpo. El ejército me enseñó bien y, sin un arma, me siento desnudo.

Vivo en un apartamento tipo loft en un antiguo almacén a orillas del río Hudson, no muy lejos de Greenwich Village. Sin embargo, mi barrio es más tranquilo que el Village, y me mola el rollo industrial de mi casa y estar tan cerca de los muelles.

Cuando te dedicas a lo que yo me dedico y me he dedicado, es importante mantener un perfil bajo. No me gusta llamar la atención ni destacar. Prefiero mil veces ser un fantasma, una sombra difícil de rastrear, que no sea fácil de encontrar o identificar. Porque, aunque tengo muchos buenos contactos, también tengo enemigos a patadas. Gente que quiere usurpar mi poder y mi control, el mío y el de otros. Capullos como Carmine Gallo a los que hay que mantener a raya y de los que hay que ocuparse. Necesitan entender la jerarquía de esta ciudad y aceptar que están en lo más bajo del escalafón.

El paseo hasta Flannigan's es corto y rápido, apenas a una manzana de mi casa. Me gusta porque, aunque a veces se llena, nunca está demasiado abarrotado ni es muy ruidoso. El servicio es amable, pero sin pasarse, y la comida está buena.

Como de costumbre, me acerco sigilosamente a la barra y me siento en el último taburete, en la esquina. Me permite vigilar a los demás clientes y todas las salidas. ¿Qué le voy a hacer? Las viejas costumbres nunca se pierden. Jimmy, el camarero habitual de entre semana, se acerca y me saluda.

—Buenas, ¿qué le pongo? ¿Lo de siempre? —pregunta, y yo asiento.

Aunque no me gusta intimar demasiado con nadie, soy un cliente habitual, así que es difícil evitarlo. Pero Jimmy nunca hace demasiadas preguntas y no es un cotilla, por lo que no me importa.

La otra camarera, Missy, suele trabajar en el turno de mañana y, aunque he mantenido las distancias y he respondido a sus preguntas con respuestas frías y vagas, me ha hecho saber en más de una ocasión que le gustaría conocerme mejor. Mucho mejor. Por supuesto, tuve que darle calabazas y cortar eso de raíz, pero la mujer es persistente. Así que, últimamente, he evitado venir cuando está ella trabajando. Es más fácil.

En la gran televisión retransmiten un partido de baloncesto, pero no le presto atención. Nunca me han interesado demasiado los deportes, a menos que se trate de algún tipo de tiro o de artes marciales. Eso sí que capta mi atención porque disfruto de ambas cosas. ¿Pero unos tíos corriendo y lanzando pelotas? No tanto.

Jimmy abre una botella de Heineken y me la desliza por la barra. Pido el bangers and mash, que me encanta. Es un plato irlandés que consiste en salchichas irlandesas gigantes con puré de patatas casero y se sirve con alubias estofadas y salsa de carne. Suena un poco asqueroso, pero sabe a gloria bendita.

Después de echar un vistazo a la clientela y no detectar ninguna amenaza, le doy un sorbo a la cerveza y me permito relajarme. Bueno, todo lo que puedo relajarme. Siempre estoy listo para entrar en acción en cualquier momento, y puedo dar las gracias por ello a mis años en los equipos de operaciones encubiertas. Las misiones peligrosas llenas de enemigos me inculcaron esa predisposición innata y esa vigilancia constante. A veces, pienso que es algo bueno. Otras veces, pienso que es una maldición.

Pero así soy yo: un antiguo agente de operaciones especiales que antepuso su carrera a su mujer.

Y por culpa de esa decisión, que me atormentará hasta el día de mi muerte, ella está muerta y nunca volverá.

CARLOTTA

Estoy rodeada de las esposas de mis hermanos y nos estamos preparando todas juntas en casa de Miceli y Alessia. Viven en la Milla de los Multimillonarios, en el piso 129 del ático más lujoso que he visto en mi vida. Es extravagante y demasiado para mí, pero la seguridad es de primera, así que me recuerda a una fortaleza. Nadie que no esté invitado puede entrar aquí.

Mis cuñadas han convencido a todos mis hermanos para que se vistan de etiqueta —no es que haya hecho falta insistir mucho, porque son unos calzonazos— y las chicas se han pasado las dos últimas horas maquillándose, peinándose y eligiendo accesorios las unas a las otras.

Me han prestado muchísima atención y me parece adorable que estén tan empeñadas en encontrarme un hombre esta noche. Y tampoco voy a fingir que me da igual, porque llevo todo el día con un nudo de nervios en el estómago. No sé por qué exactamente, pero tengo el extraño presentimiento de que podría conocer a alguien especial.

Por supuesto, no quiero hacerme demasiadas ilusiones y que luego todo se venga abajo si no conozco a nadie y vuelvo a casa sola. Sin

embargo, estoy muy esperanzada y tengo un buen presentimiento como no lo había tenido en muchísimo tiempo. Ni siquiera recuerdo la última vez que me hizo tanta ilusión salir. Quizá sea porque voy a ponerme un vestido grande y precioso o porque voy a poder esconderme detrás de un antifaz y la velada que se avecina tiene un gran elemento de misterio. Sea lo que sea, estoy lista.

Aunque Miceli y Enzo ya han asistido a esta fiesta benéfica de máscaras en años anteriores, el resto de nosotros no, así que debería ser una noche divertida.

—Vaya —murmura Hannah, dando un paso atrás y mirándome de arriba abajo. Acaba de ajustarme un lazo rojo del vestido—. Estás deslumbrante, Lottie.

Un rubor de agradecimiento me calienta la cara. —Tú también —digo—. Todas lo estáis. No me explico cómo mis hermanos se las apañaron para pescar a las mujeres más guapas de Nueva York.

Alessia ladea la cabeza y sonríe. —¿Tienen suerte, a que sí?

Todas las chicas asienten con una sonrisa y vuelven a centrarse en mí.

—Y tú estás más que increíble —afirma Alessia—. Creo que todos los ojos masculinos van a estar puestos en la Reina de Corazones esta noche.

—Gracias, pero no voy a hacerme ilusiones —les digo—. Bueno, quizá solo un poquito.

—Vas a ser un éxito —predice Gabriella, y Blake asiente animosamente, lanzándome un guiño.

Eso espero.

Una vez que hemos terminado de arreglarnos, salimos todas al salón y los hombres silban y expresan su admiración.

—Qué guapa estás, Lottie —dice Angelo, y el resto de mis hermanos asienten.

—No te separes de nosotros —ordena Miceli, mirándome con el ceño fruncido.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque me da que voy a tener que espantar a los tíos a palos para mantenerlos alejados de ti.

—Ella no quiere mantenerlos alejados —le informa Alessia a su marido, pero él solo gruñe en respuesta.

Mis hermanos pueden ser extremadamente sobreprotectores, pero supongo que eso es bueno. Esta noche, sin embargo, pueden relajarse. ¿Y si no lo hacen? Bueno, pues entonces supongo que tendré que escabullirme para poder flirtear un poco.

—Estaré bien —les aseguro, pero no se me escapan las miradas de preocupación que intercambian.

Alzando mis voluminosas faldas, sigo a Miceli y Alessia hasta su Range Rover. Cada uno conduce su coche, pero como yo voy de sujetavelas, tengo que acoplarme con alguien. Mis faldas son demasiado grandes para meterlas en algunos de los coches más pequeños, así que me parece que lo mejor es subirme al todoterreno para poder extenderlas en el asiento trasero.

Durante el trayecto, Miceli nos cuenta a Alessia y a mí una llamada que ha recibido de su misterioso amigo, Archer. Le advirtió a mi hermano sobre Carmine Gallo, un empresario despiadado que no hace mucho puso a Angelo y a Blake en una cosa llamada la Lista de la Muerte. Al final le dieron la vuelta a la tortilla y Blake hizo que todos los cazarrecompensas y asesinos de la ciudad fueran tras Gallo. Por lo visto, le guarda un rencor enorme y quiere usurpar la posición de poder de mi familia en la mesa de las Cinco Familias.

Yo no me involucro demasiado en los asuntos de la mafia. Ese es el terreno de Miceli. Pero las cosas han cambiado en el último año y ahora me animan a asistir a las reuniones de la alianza, que está formada por las cinco familias mafiosas más poderosas de la ciudad: los Rossi, los Bianchi, los DeLuca, los Caparelli y los Milano.

Hubo un tiempo en que todos teníamos una relación muy tensa. Había muchos conflictos y rivalidades, sobre todo entre ciertos miembros. Pero ya se han eliminado todas las manzanas podridas. Nuestras familias han llegado a la conclusión de que es más beneficioso trabajar juntas que las unas contra las otras. Además, nadie quiere a Gallo en la mesa. Pero me da la sensación de que no se va a rendir fácilmente.

Sin embargo, todo eso está fuera de mi alcance, y dejaré que se encarguen mis hermanos. O eso creo en ese momento.

Cuando llegamos al lujoso hotel donde se celebra el evento, me quedo con la boca abierta ante la larga fila de coches caros que esperan en la cola del aparcacoches. —Oh, vaya —murmuro, apretando la nariz contra el cristal—. No sabía que fuera un acontecimiento tan importante.

—Todo el que es alguien en esta ciudad asiste al baile de máscaras —me informa Miceli—. Me importa una mierda hacer la pelota o codearme con esta gente, pero a mi mujer le gusta vestirse de gala. —Sonríe a Alessia—. Además, es por una buena causa.

—Una causa muy noble —reitera Alessia—. La prevención del maltrato infantil. Y haremos todo lo que podamos para ayudar. Además, sí, me encanta ponerme un vestido de gala. No me puedo creer que no hayas venido todavía, Lottie.

Me encojo de hombros. —No. Esta noche será mi primera vez.

No puedo negar la emoción que me recorre el cuerpo. Todos los que bajan de los coches van vestidos de punta en blanco y me encanta ver todos los disfraces. Una vez que nos acercamos a la entrada, me

coloco el antifaz sobre la cara y me ato las cintas en la nuca. Algunos parecen ir disfrazados de personajes o seguir una temática. Como yo, más o menos.

Esta noche, voy vestida de Reina de Corazones. Un poco irónico, lo sé, pero cuando vi el vestido y el antifaz a juego, no pude resistirme. Este pequeño giro al personaje de Alicia en el país de las maravillas me da un aspecto mucho más glamuroso que el de esa reina bajita, regordeta y antipática que gritaba «¡Que le corten la cabeza!».

Mi versión es mucho más llamativa. El vestido carmesí y blanco tiene un escote corazón, mangas de encaje transparente y una falda voluminosa cubierta de corazones de raso rojo. Mi antifaz de encaje rojo va perfectamente a juego y está decorado con corazoncitos rojos. También llevo un cetro como atrezzo y nunca me he sentido tan majestuosa.

Esperemos que mi Príncipe Azul esté en el edificio.

Con ese pensamiento rondándome la cabeza, Miceli por fin para frente al edificio. Me abren la puerta y una mano me ayuda a salir.

—Gracias —le murmuro al aparcacoches, mientras salgo y ahueco la falda. Compruebo que el antifaz está bien sujeto y luego alzo la vista hacia el resplandeciente vestíbulo. Debe de haber un par de cientos de personas pululando por allí y hay seguridad por todas partes.

Por fin ha llegado el momento; respiro hondo y sigo a mi hermano mayor y a mi cuñada por la escalinata y a través de las puertas dobles doradas. Miceli nos acompaña hasta el salón de baile, cruzando entre la multitud, y le entrega nuestra invitación a una de las personas enmascaradas que están de pie junto a la enorme puerta, que va del suelo al techo. Con un gesto de asentimiento, el hombre nos permite entrar, deseándonos una velada encantada, que resulta ser la temática.

Al entrar en el gran salón de baile, contengo el aliento, sin esperar que estuviera decorado de una forma tan elaborada y hermosa. Tres

enormes lámparas de araña cuelgan del alto techo, repletas de cristales, y proporcionan un ambiente tenue que se asemeja a una luna llena y brillante. Una pared entera está repleta de comida y apenas me da tiempo a parpadear antes de que un camarero que pasa me entregue una copa de champán. Doy un sorbo y las burbujas me hacen cosquillas en la nariz.

Debe de haber una máquina de humo escondida en alguna parte porque parece que una niebla cubre el suelo y se arremolina alrededor del bajo de mi vestido. Una banda toca jazz y miro hacia la pista de baile, que está abarrotada de parejas enmascaradas.

Al otro lado, veo a los invitados pujando por varios artículos en una subasta silenciosa y Miceli coge la mano de Alessia, tirando de ella en esa dirección.

—Hora de gastar algo de dinero por una buena causa —dice, pero yo no me muevo, todavía absorta en el increíble ambiente—. Lottie, ¿vienes?

—En un momento. Voy a echar un vistazo a la comida. —Más concretamente, a los postres. Una bandeja de petit fours me ha llamado la atención y me acerco a donde una docena de bandejas están llenas de los pastelitos glaseados.

Elijo uno rojo y blanco y le doy un bocado. Mmm, delicioso. Mientras ese pensamiento me cruza la mente y mastico el dulce, mis ojos se posan en un hombre alto que está no muy lejos, con el hombro apoyado en la pared y los brazos cruzados con desenfado, observándome. Lleva un traje negro, camisa y corbata negras, y un antifaz de esqueleto que solo le cubre la parte inferior de la cara. Es espeluznante y sexi a la vez.

Tragando el pastelito, finjo no darme cuenta. Sin embargo, siento el peso de su mirada y no puedo evitar mirar hacia él. Cuando me encuentro con sus ojos oscuros, no aparta la vista. Si acaso, su intensa mirada color café parece volverse más insistente.

Un interés inequívoco parpadea en sus fascinantes ojos y no puedo apartar la mirada. Es como si fueran dos agujeros negros que me absorbieran, y no hay nada que pueda hacer salvo sucumbir a su gravedad.

Me muerdo el labio inferior y, de alguna manera, consigo apartar la atención y dar un sorbo de champán, esperando que me refresque. Me tiembla un poco la mano y no puedo creer lo mucho que me está afectando esa sola mirada. Bajo la falda, me froto los muslos, incapaz de ignorar el calor húmedo que se está acumulando allí.

¿Quién demonios es este tío?, me pregunto. ¿Y por qué me afecta de esta manera?

Diciéndome a mí misma que me relaje y mantenga la calma, vuelvo a mirar y ya no está. ¿Qué? La confusión y la decepción me invaden y me doy la vuelta, dispuesta a registrar el salón de baile, cuando me doy cuenta de que alguien se ha puesto a mi lado, rozándome el brazo con el suyo.

—¿Qué tal están los petit fours? —pregunta una voz profunda, y miro para ver a mi misterioso hombre esqueleto a mi lado.

¡Joder! ¿Cómo se ha movido tan rápido? El corazón me late como un tren de mercancías desbocado y le miro a sus turbulentos ojos oscuros. Tiene toda la mitad inferior de la cara cubierta por el antifaz, así que no tengo ni idea de si está sonriendo o no.

—Deliciosos —digo. Mi antifaz no me tapa la boca como el suyo, así que le dedico mi sonrisa más deslumbrante.

—Me fiaré de tu palabra. —Alarga la mano y coge uno, se levanta la parte inferior del antifaz y se lo mete entero en la boca rápidamente. Cuando deja escapar un pequeño gemido de aprobación, siento un hormigueo en las entrañas.

¿Cómo puede ser que, llevando un antifaz que le cubre media cara, sea el hombre más atractivo que he conocido?

Quizá sea porque ha conseguido captar mi atención como nadie. Nunca. Podría ser su altura —más de un metro ochenta— o la forma en que el traje se ajusta a su cuerpo esbelto y atlético. Como si estuviera hecho a medida para lucir cada músculo que se esconde debajo. O podría ser su magnética presencia. Sea quien sea, es un hombre que no puede ser ignorado.

Antes de que pueda decir nada más, Hannah aparece a mi otro lado y me da un golpecito en el hombro.

—¿Has visto a Vin? —pregunta—. Me dijo que...

Deja de hablar bruscamente cuando se da cuenta del tío bueno del esqueleto que está a mi lado.

—Oh, lo siento. ¿Interrumpo algo? —Me dedica una sonrisa pícara.

—De hecho, estaba a punto de preguntarle a la encantadora Reina de Corazones si le gustaría bailar conmigo —dice él, y mi corazón da un vuelco en el pecho.

—Oh —murmuro, un poco nerviosa, y Hannah me da un empujoncito, cogiendo mi cetro para sujetármelo mientras bailo—. Me encantaría.

Me ofrece el brazo y se lo cojo, guiándome lejos de Hannah, que me coge la copa. Asiente como una loca y me levanta el pulgar. Oh, Dios, qué vergüenza. Espero que no se dé cuenta.

Una vez que llegamos a la abarrotada y pulida pista de baile de madera, me atrae hacia sus fuertes brazos y me sumerge en el mar de bailarines. Levanto la vista, apenas atreviéndome a respirar, y me encuentro con sus ojos de un marrón oscuro.

Siempre me ha costado mirar a los hombres a los ojos más de un par de segundos. Pero, por alguna razón, mirar a los ojos de este hombre es más fácil. No tengo ni idea de por qué, pero ahora mismo, nuestras miradas están fijas la una en la otra y no me siento

incómoda. De hecho, no hay nada que me gustaría más que hundirme en sus profundidades, tan hondas y misteriosas.

—Eres la mujer más guapa de la fiesta —me dice en voz baja, y yo prácticamente me desmayo. Menos mal que me sujetan sus fuertes brazos.

—Gracias. No sales mucho, ¿verdad? —bromeo.

Una sonora carcajada le brota de la garganta y me encanta cómo se le arrugan los ojos en las comisuras.

—De vez en cuando —dice, y yo le sonrío.

Me muero por saber más de él, pero estoy tan atrapada en el momento, en la sensación de encontrarme entre un par de brazos fuertes y masculinos, que se me traba la lengua y me siento muy intimidada. Además, huele tan ridículamente bien que lo único que puedo hacer es aspirar su aroma ligeramente especiado y deleitarme con él.

Mientras seguimos mirándonos a los ojos, el resto del mundo parece desvanecerse. Me descubro acercándome más con cada vuelta que damos por la pista de baile. Quizá me lo estoy imaginando, pero creo que él me estrecha más contra sí y, aunque mi voluminosa falda nos separa, aún puedo sentir el contacto de nuestros cuerpos.

Ninguno de los dos dice una palabra más y, por primera vez en mi vida, sé lo que es perderse en la mirada de alguien.

ARCHER

Al hacer girar a mi Reina de Corazones por la pista de baile, no puedo apartar la mirada de sus preciosos ojos color moca. Hay tanto misterio en esas profundidades de chocolate y, en lugar de hacernos un millón de preguntas, permanecemos en silencio, atrapados en el momento y deleitándonos.

Hay algo en ella que me intriga como ninguna otra mujer lo ha hecho en mucho tiempo. Joder, puede que nunca, si soy sincero. Por supuesto, me atraen su sonrisa amable y sus bonitos ojos, pero lleva un antifaz. Ni siquiera puedo verle la cara por completo, pero ¿a quién quiero engañar? Sé que es preciosa debajo de ese antifaz y huele al postre más dulce. Como una especie de flor espolvoreada de azúcar.

Y la forma en que el vestido le realza los pechos llenos y se le ciñe con fuerza para acentuarle su diminuta cintura está haciendo que mi cuerpo reaccione. Me regaño mentalmente para que mantenga la compostura y no parezca un baboso que restriega su erección contra ella. No es que no haya visto nunca a una mujer guapa o que no haya estado cerca de una. Pero, bueno, ha pasado tiempo desde que me he permitido un capricho y esta encantadora mujer está haciendo que desee cosas. Cosas sexuales. Sin embargo, por mi

experiencia, cuanto más guapa es una mujer, más problemas da después.

Así que, sí, que esta belleza tenga toda mi atención ahora mismo no significa que no vaya a resultar ser un grano en el culo. Es una de las razones por las que no le estoy dando conversación. Solo quiero disfrutar del momento en que somos extraños y no sabemos nada el uno del otro. Me gusta el misterio. La atracción también es innegable, ardiente como el infierno, y en cuanto termina la canción, la cojo de la mano y la saco de la pista de baile haciéndola girar.

Privacidad. Necesito llevármela a algún sitio donde no nos molesten porque me muero por saber si sus suaves labios rosados saben tan dulces como huele. Estoy dispuesto a apostar que sí. Guiándola lejos de la multitud, me dirijo por un pasillo tranquilo que sale del salón de baile principal y abro la primera puerta que veo.

Vacía. Parece una especie de sala de reuniones porque hay una mesa larga y unas diez sillas a su alrededor. Tras cerrar la puerta, me vuelvo hacia mi dama de corazones rojos y la atraigo de nuevo a mis brazos. Esta vez no hay música. Solo el estruendo de nuestros corazones mientras le trazo el labio inferior con el pulgar.

—Eres increíblemente guapa —susurro.

—Llevo un antifaz. —Su tono es seco, pero también un poco incrédulo.

¿Cómo puede no creerme? Tiene que saber lo jodidamente despampanante que es, ¿no? A menos que...

Bueno, si no lo sabe, entonces esta mujer es un hallazgo excepcional. Ni una pizca de ego. Eso me hace pensar que alguien la ha herido, la ha hecho sentir indigna, y quizá su autoestima se ha resentido y ha recibido algún que otro golpe.

Quiero saber quién la ha herido para poder machacarlo. Y lo haría sin pensármelo dos veces. Porque esta reina nunca debería dudar de sí misma. Es jodidamente magnífica.

Sus labios se entreabren ligeramente y puedo ver el pulso latiéndole con fuerza en el hueco de la garganta. Sus pechos suben y bajan más rápido mientras acorto la distancia entre nosotros, bajo la cara y atrapo su boca en un beso. Con un suave suspiro, se inclina más hacia mí, y desearía poder sentir mejor su cuerpo contra el mío. Pero todas esas faldas largas, voluminosas y malditas están en medio.

Al principio, el beso es lento y suave. Una presentación. Pero en el momento en que ella abre la boca en señal de invitación y gime pidiendo más, se lo doy sin dudarlo. Mi lengua se desliza en su boca y toma el control. Explorándolo todo. Cada recoveco y esquina, cada lugar blando. Profundizo el beso y nuestras bocas se funden. Sus manos se envuelven en mi nuca y sus uñas rozan ligeramente la piel de allí. Emite una especie de suave ronroneo y es increíblemente sexy.

Estamos tan absortos el uno en el otro que me olvido de los antifaces. No estorban demasiado, pero no creo que ninguno de los dos esté preparado para quitárselos todavía. Hay algo en permanecer anónimos, en no saber nuestros nombres, en ver solo una parte de nuestros rostros, en seguir siendo dos desconocidos que se sienten atraídos el uno por el otro y se están liando que resulta excitante a más no poder.

La lujuria me alimenta y la cojo por su pequeña cintura, la levanto y la siento sobre el tablero de madera de la mesa. Es liso, de un bonito color cerezo pulido, y avanzo entre sus piernas, sin dejar de besarla. Nuestras bocas se han vuelto más frenéticas: besos profundos, húmedos y necesitados que me tienen excitado y con un dolor sordo.

Apoyo las palmas de las manos en la superficie de la mesa, sin fiarme de tocarlas a ella, y la devoro. Pero la necesidad de tocarla se vuelve abrumadora rápidamente y muevo las manos a sus muslos. Agarrando con los dedos las faldas de raso, las subo lentamente para revelar sus esbeltas piernas.

Su piel es tan suave, como el terciopelo, y curvo las manos alrededor de sus muslos, las deslizo hacia arriba y le agarro el culo, atrayéndola hacia el borde de la mesa. Un paso adelante y mi polla dolorida se encuentra con sus bragas de raso y, joder, qué bien. Qué jodidamente bien. Ella mueve las caderas y yo me froto contra ella, sujetándola con fuerza, creando una fricción que nos hace jadear a los dos por más.

No estoy seguro de adónde va a parar esto exactamente, y no es que lleve un condón en el bolsillo de la chaqueta. Normalmente no me lío a besos con completas desconocidas, pero, joder, siento que esta mujer es más que una simple desconocida. Hay algo en ella que me resulta casi familiar. Estoy seguro de que son gilipolleces y solo mis hormonas hablando, pero qué más da. Voy a restregarme contra ella hasta que no pueda más. Hasta que esté a punto de correrme. Porque la alternativa es dejarla marchar y todavía no estoy preparado para eso.

Sin embargo, que no pueda deslizar mi polla dolorida dentro de ella no significa que no pueda darle más placer. Le suelto el culo respingón y rodeo sus muslos con mis manos, separándolos más. Luego, deslizo una mano entre sus piernas y le toco el centro de las bragas. Un pequeño jadeo se le escapa y se tensa brevemente, pero luego se relaja. Le paso un dedo por su rajita cubierta de raso. Joder, está empapada.

Una pura satisfacción masculina hace que se me hinche un poco el pecho y aparto la tela empapada y toco sus pliegues mojados, sin dejar de acariciarla. Sus respiraciones son ahora entrecortadas y rápidas y, cuando hundo un dedo en su coño mojado, sus músculos internos se contraen y sus caderas empiezan a moverse contra mi mano.

—¿Te gusta? —pregunto con voz ronca, y ella emite un sonido incoherente cuando añado otro dedo y los muevo como unas tijeras —. Joder, estás apretada, preciosa. Muy apretada y muy húmeda.

Empiezo a besarle un lado del cuello y ella echa la cabeza hacia atrás con un gemidito. Es tan receptiva que me está encantando. Intenta juntar las piernas, pero se las abro con la rodilla, forzándolas a separarse más.

—No es momento de ser tímida ahora, mi bella enmascarada. Coge lo que necesites. Cabalga mi mano hasta que te corras —la animo.

Nuestras miradas se conectan y sus caderas empiezan a moverse más rápido mientras meto y saco los dedos.

—Oh, Dios —resuella, clavándome las uñas en los brazos. Se aferra a mí como si le fuera la vida en ello.

Hundo los dedos un poco más, luego unto el pulgar en sus jugos y rodeo su clítoris. Con la cantidad justa de presión, se quiebra en mis brazos y un suave grito brota de esos bonitos labios rojos.

Con los dedos todavía dentro de su resbaladizo canal, siento sus músculos contraerse y la beso con fuerza. Unos golpes repentinos en la puerta nos sobresaltan a ambos y nos separamos de un respingo. La neblina roja de la lujuria se disipa rápidamente mientras me enderezo, bajándole el vestido con una mano y lamiéndome los dedos para limpiarlos.

Ella salta de la mesa justo cuando la puerta se abre y aparece un hombre con una máscara de diablo. —Vaya, lo siento —dice—. No me había dado cuenta de que había alguien aquí.

Sale a toda prisa, arrastrando a una mujer enmascarada que no para de reír, y yo dejo escapar un suspiro antes de volverme hacia mi Reina de Corazones. De repente, estoy desesperado por saber su nombre. Me inunda el ansia por saberlo todo sobre ella, pero también tengo que hacer lo que he venido a hacer: reunirme con mi posible nuevo cliente y vigilar a la familia Rossi. Hasta ahora, he estado un poco distraído.

—Tengo un par de cosas que hacer —le digo, echando un vistazo al reloj. Joder, ¿cómo ha pasado ya una hora? Reticente a dejarla

marchar, le cojo la mano—. No te irás pronto, ¿verdad?

—No —susurra.

—Bien. Nos vemos fuera, en la fuente, dentro de media hora, ¿vale?

Ella asiente. —Vale.

Le doy un beso en los nudillos.

—¿Cómo te llamas? —pregunta en voz baja, ladeando la cabeza. Unos grandes rizos oscuros le caen sobre el hombro y una nueva oleada de necesidad me recorre.

—Te lo diré en la fuente —prometo, reprimiendo mi deseo. Aunque no quiero, le suelto la mano, me doy la vuelta y me alejo de la distracción más hermosa con la que he tenido la suerte de encontrarme. Al llegar a la puerta, miro por encima del hombro y la veo arreglándose el antifaz, que está un poco torcido—. Media hora.

—De acuerdo.

Con un firme asentimiento, salgo, aunque me duela. Y, sí, estoy muy incómodo, así que lo primero que hago es ir directo al baño de hombres y poner mi polla bajo cierto control. Lo último que quiero es volver a la fiesta con una erección del tamaño de Texas. Tras evocar los pensamientos más desagradables y menos sexis posibles, mi polla se calma.

Después de lavarme las manos, me ajusto la máscara de esqueleto y salgo a buscar a Derek Travers, que me pidió ayuda. Dependiendo de cómo lo cale y de las vibraciones que transmita, decidiré si lo acepto como cliente y lo ayudo o no. Se me da bien calar a la gente y no me gusta perder el tiempo con gilipollas.

Con la idea de reunirme con mi abrazadora Reina de Corazones en menos de media hora, busco a Travers y acabamos teniendo una buena conversación. Es un exmilitar y va directo al grano. Un tipo sin rodeos. Repasamos los detalles de lo que necesita y acepto ayudarlo.

Vale, una cosa hecha y otra pendiente. Recorro la multitud con la mirada en busca de Miceli Rossi y lo localizo junto a su mujer cerca de la mesa de los postres donde me encontré antes con mi mujer misteriosa. También sigo buscando a mi mujer por el salón de baile, pero no la veo por ninguna parte.

Una punzada de decepción me invade, pero la aparto, me acerco y saludo a Miceli. Me gusta contar con su favor por varias razones y mantener una relación sana y comunicativa es mutuamente beneficioso para los dos. No comparto mucho con él en el plano personal, pero así soy yo. Mientras que él es más un libro abierto, yo soy definitivamente el libro cerrado. Abrirme no es algo que sepa hacer. Probablemente por eso todavía no le he revelado mi nombre a mi mujer misteriosa.

Pero se lo voy a decir en la fuente. De hecho, una parte de mí también está deseando descubrir su nombre. Lo cual es extraño, porque normalmente no me importa. Me he acostado con mujeres sin saber sus nombres. Ni siquiera me he molestado en preguntar. ¿Para qué, la verdad? No tengo relaciones y siempre lo dejo perfectamente claro desde el principio. Soy un solitario. Entregar más de una noche o dos de mí mismo a una mujer es algo sin precedentes... e imposible.

Sin embargo, por alguna razón inexplicable, estoy absolutamente fascinado por una completa desconocida. Es surrealista y me está costando un poco asimilarlo. Normalmente soy un tipo sensato que no suele andar con la cabeza en las nubes, suspirando por una mujer en particular. Claro que han pasado unos meses desde la última vez que he tenido acción, así que podría ser eso. O tal vez sea porque es la criatura más encantadora que he conocido jamás y me intriga como ninguna otra. La atracción instantánea es una locura y no se parece a nada que haya experimentado antes, y necesito saber más sobre ella.

Miceli y yo hablamos de Carmine Gallo, que se está convirtiendo en una amenaza cada vez mayor. No paro de mirar el reloj, contando

los segundos, y él se da cuenta.

—¿Lo estoy entreteniendo de algo? —pregunta Miceli.

Niego con la cabeza. —Disculpe. Es solo que estoy un poco distraído esta noche.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

—No, es solo una reunión que tengo en breve. Pero gracias.

—Bueno, no deje que lo entretenga. Si se entera de algo más sobre Gallo, hágamelo saber.

—Lo haré.

Tras un rápido asentimiento a él y a Alessia, cojo dos copas de champán de un camarero que pasa y me dirijo hacia las grandes puertas traseras que dan a un patio ajardinado con una gran fuente y un montón de rincones privados para intimar.

Llego justo a tiempo y cuento con impaciencia los segundos y la distancia que nos separan. Estoy listo para desenmascararla, compartir un poco de champán y hablar bajo las estrellas. Pero cuando salgo al espacioso patio de adoquines, mi mirada se clava en la fuente.

Ella no está allí.

La decepción me inunda y miro el reloj por centésima vez. Han pasado más de treinta minutos y no está aquí.

Vale, relájate, me digo. Te estás comportando como un puto acosador. Dale un minuto a la mujer.

Lo más probable es que se haya entretenido con algún invitado de la fiesta. Aun así, estoy decepcionado, porque he venido corriendo para verla y no hay ni rastro de ella. Quizá he malinterpretado nuestra química. No sé, parecía gustarle correrse en mi mano.

¿Soy solo un tonto que ha caído bajo su hechizo? Eso solo me ha pasado una vez y no acabó bien. Soy un hombre peligroso y amarme solo puede llevar a la ruina..., como le pasó a Caitlin.

Quizá sea mejor que no vuelva a ver a mi Reina de Corazones. Por su propia seguridad.

Y, joder, por mi propia cordura, porque me tiene loco.

CARLOTTA

Cinco minutos antes...

Se me da vueltas la cabeza y no es por el champán. No sé muy bien cómo explicar lo que ha pasado hace casi media hora y todavía estoy un poco en shock, y vibrando, por el completo desconocido que me ha provocado un orgasmo.

¿Pero qué demonios me pasa? Nunca antes había hecho nada tan imprudente... ni tan excitante. Un pequeño escalofrío de emoción me recorre mientras salgo al patio trasero. Toda la zona está rodeada de árboles, flores y plantas. En el centro de todo está la fuente. Hay guirnaldas de luces por todas partes y parece que acabo de entrar en un mágico mundo de hadas.

Sé que llego cinco minutos antes, pero no puedo evitarlo. Nunca he estado tan emocionada por ver a alguien y me muero de ganas por desenmascarar a mi hombre esqueleto y descubrir su verdadera identidad. Antes he tenido la sensación de que algo increíble iba a pasar esta noche y, hasta ahora, la velada ha superado mis expectativas de todas las formas posibles.

Imaginando los ojos castaños oscuros de aquel guapo desconocido, tan expresivos y misteriosos, me acerco y me quedo mirando el

agua que cae en el estanque. Llena el aire con un suave murmullo. Es relajante, casi hipnótico, y suspiro suavemente mientras una brisa me roza la cara, agitando ligeramente mis faldas.

No hay nadie aquí fuera, ya que el baile de máscaras está en pleno apogeo. Además, hace un poco de frío y me froto los brazos, perdida en mis pensamientos. Todavía no me puedo creer lo desinhibida que he sido, cómo he permitido que un completo desconocido me besara y me tocara de una forma tan íntima. Ese ha sido mi primer orgasmo oficial provocado por un hombre y ha sido jodidamente bueno. No me puedo creer lo que me he estado perdiendo todos estos años. Ha sido mucho mejor que los que me he dado a mí misma, eso desde luego.

Aunque salí con Rendall unos meses, nunca le dejé tocarme así. Nos besábamos, claro, pero aparte de algunos besos y tocamientos superficiales, lo mantuve a distancia. Nunca me metió una mano en las bragas ni me comió el coño hasta llevarme al más dulce de los olvidos como mi hombre enmascarado. Podría haberlo intentado, pero nunca le di la oportunidad. Creo que, en el fondo, sabía que no era trigo limpio y que me engañaría. Así que siempre estuve recelosa, con la guardia alta, y nunca me permití confiar plenamente en él. Por lo tanto, por supuesto, tampoco tuve demasiada intimidad con él.

Y menos mal. Aunque me hirió los sentimientos, no quedé devastada ni destrozada por su infidelidad. Tristemente, me lo esperaba. Había algo en él que me daba mala espina y no me permitía acercarme demasiado.

Mi subconsciente debió de saber que era un capullo infiel antes que mi mente consciente.

Sea como fuere, lo superé más fácilmente de lo que quizá debería haberlo hecho. Pero como fue una experiencia tan mala, me retiré del mundo de las citas y no me he permitido involucrarme demasiado con nadie más desde entonces.

Después de nuestro tórrido encuentro en la sala de conferencias, desde luego que quiero involucrarme más con mi hombre enmascarado. Insisto, no se parece en nada a mí hacer algo así. Pero quizá sea algo bueno y exactamente lo que necesito en mi vida. Arriesgarme, jugármela y conocer a alguien... Necesito mandar la prudencia a paseo y tirarme a la piscina. Se acabó el reprimirme y se acabó el miedo.

Prometiéndome a mí misma aprovechar esta oportunidad, agarrarla sin dudarlo, aparto cualquier duda persistente y decido correr el mayor riesgo de mi vida.

Voy a abrirme a un hombre sin tener en cuenta las posibles repercusiones. Con suerte, él corresponderá y esto será el comienzo de algo maravilloso.

Si no, bueno, significará otro desengaño amoroso para mí.

Sé positiva, me digo, sacudiéndome las dudas perpetuas que siempre parecen acosarme.

Ya casi es la hora y siento un cosquilleo en el estómago por los nervios y la emoción. O quizá son las últimas ondas del increíble orgasmo que me ha provocado.

Estoy tan ensimismada en mis pensamientos que no me doy cuenta de las dos grandes sombras que aparecen desde el extremo del jardín. No hasta que están prácticamente sobre mí. Sin previo aviso, dos hombres enmascarados aparecen a cada lado y me dan un susto de muerte. Me digo a mí misma que me relaje —al fin y al cabo, esto es un baile de máscaras— y decido rodear la fuente.

Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, unas manos firmes me agarran de los codos y me giran hacia la zona trasera, donde una verja conduce al callejón. Conmocionada, intento liberarme e intento gritar, pero mis gritos son ahogados cuando una mano grande y carnosa me tapa la boca.

—Estese quieta o le haré daño —amenaza el hombre con la máscara de bufón, con voz baja y aterradora.

El otro hombre lleva una máscara de fantasma y tira de mí, con un agarre brutal. Forcejeo, intentando zafarme, haciendo cualquier cosa para liberarme de sus férreos agarres, pero es inútil.

El miedo me golpea mientras me llevan a toda prisa por el patio, lejos del hotel y de la multitud de invitados, y directamente a un todoterreno con los cristales tintados de negro que nos esperaba. Con el corazón en un puño, me resisto con más fuerza e intento pedir ayuda a gritos, pero son demasiado fuertes y rápidos.

Mientras uno de los hombres abre la puerta trasera, intento zafarme y grito:

—¡No! ¡Por favor!

Antes de darme cuenta, me lanzan al asiento trasero y los cerrojos se cierran. Abro los ojos de par en par mientras me incorporo y hago todo lo posible por no entrar en pánico. ¿Quiénes son estos hombres? ¿Qué está pasando? ¿Por qué me quieren a mí?

No tengo ni idea de qué demonios está pasando ni de por qué me han secuestrado. Y tengo la sensación de que no van a responder a ninguna de mis preguntas. Aun así, intento conseguir algunas respuestas. También me consuela el hecho de que tengo el móvil guardado en mi bolso de mano. Meto una mano en mi pequeño bolso rojo y negro, agarro el móvil con los dedos y lo saco lentamente.

—¿Adónde vamos? —pregunto. Mi atención se desvía hacia la pantalla y busco el nombre de Miceli.

Estoy en un todoterreno negro —le escribo—. Dos hombres me han sacado a rastras de la fiesta. No tengo ni idea de adónde me llevan... Tengo miedo.

Mi dedo pulsa «enviar» y vuelvo a meter el móvil discretamente en el bolso. Aunque estoy asustada, también estoy enfadada. Estos gilipollas me acaban de obligar a irme de la fiesta antes de que pudiera reunirme con mi hombre misterioso en el que no puedo dejar de pensar.

—¿Adónde? —exijo, desatándome el antifaz y escondiéndolo entre los pliegues de mi voluminosa falda. Jester echa un vistazo por encima del hombro y me fulmina con la mirada.

—Cállate —espetá—. Ya te enterarás.

Cierro la boca de golpe y dirijo la atención a la ventanilla, observando el paisaje que pasa, intentando hacerme una idea de mi ubicación y, lo que es más importante, de mi destino. Con suerte, podré enviarle otro mensaje a Miceli.

Hablando de eso, mi móvil vibra y la cabeza de Jester se gira bruscamente.

—¿Qué ha sido eso?

Oh, mierda. Dios, debe de tener un oído supersónico o algo.

Se da la vuelta por completo y centra la mirada en el bolso de mano que tengo escondido bajo el vestido. —La zorra tiene un móvil —gruñe, y luego se estira por encima del asiento y me arranca el bolso de mano de un tirón. El horror me inunda cuando baja la ventanilla y lo tira a la calle.

Se me encoge el corazón. Mierda, mierda, mierda. Me pregunto qué me habrá escrito Miceli y ahora estoy empezando a entrar en pánico. No estoy acostumbrada al peligro ni a ningún tipo de emoción. Mis hermanos y sus parejas son los que viven el amor y la aventura, no yo. Mi vida es aburrida, predecible y, desde luego, nada romántica en ningún sentido.

Pero es innegable que ahora mismo estoy en un grave aprieto. Cuanto más lo pienso, más miedo me entra. No tengo ni idea de lo

que está pasando y nadie que pudiera salvarme tiene la menor idea de adónde me llevan estos matones, ni siquiera yo.

Entonces, ¿cómo va a venir nadie a rescatarme?, me pregunto con cierta desesperación.

No van a venir, afirma una vocecita.

Inspiro hondo y me obligo a calmarme, a afrontar la situación de cara y a pensar con lógica. Vale, una cosa queda clara rápidamente: voy a tener que rescatarme a mí misma. De un modo u otro, voy a tener que sacar fuerzas de flaqueza y ser lista. No hay tiempo para hacerse la damisela en apuros.

Sacando a relucir mi lado más duro, presto mucha atención a mi entorno y me doy cuenta de que nos dirigimos a una mala zona de la ciudad. No hay mucha gente en las calles y los que veo parecen drogadictos y vagabundos. Tengo la sensación de que tienen sus propios problemas y no puedo contar con que den un paso al frente para ayudarme a luchar contra mis secuestradores. De todas formas, probablemente estén demasiado colocados para ayudarme.

Casi mejor, Lottie, me digo a mí misma. Puedo con esto. De alguna manera.

Aunque intento mantener la calma, el pulso me late tan fuerte y rápido que estoy sudando la gota gorda. ¿Cómo es posible que las cosas hayan dado un giro tan drástico en tan poco tiempo? Hace un segundo estaba besando a mi guapísimo hombre enmascarado y ahora un par de matones me están llevando a saber dónde.

Quizá lo peor es que nunca descubriré quién era ni lo volveré a ver. Como estos idiotas me han sacado de allí a rastras, nunca encontraré a mi misterioso desconocido y él va a pensar que le he dado plantón al no presentarme en la fuente para nuestra cita. Eso duele mucho más de lo que probablemente debería.

Concéntrate, me regaño.

No es momento de pensar en lo que podría haber sido. Es momento de dar la cara y escapar. Ya tendré tiempo de compadecerme de mí misma más tarde.

Finalmente, el todoterreno se detiene frente a una casa en ruinas. Después de aparcar junto a la acera, Jester y Ghost se bajan, se acercan y me abren la puerta.

—Fuera —espetea Jester, y lo fulmino con la mirada mientras me deslizo fuera del coche.

Me agarra de la parte superior del brazo, me gira hacia la casa ruinoso y empieza a arrastrarme por el irregular camino de entrada. Está hecho de hormigón roto con malas hierbas que brotan por las grietas, un auténtico peligro de tropiezos. A mitad de camino hacia la casa, dejo caer con indiferencia mi antifaz, todavía escondido entre mis voluminosas faldas, y elevo una plegaria silenciosa.

Si mis hermanos consiguen averiguar de algún modo dónde estoy, quizá vean mi antifaz tirado en la acera. Probablemente sea una posibilidad remota, pero siempre existe. Y ahora mismo, necesito que la suerte esté de mi lado y mantenerme positiva.

La casa es oscura y de aspecto sucio, con varias ventanas tapiadas. Está claramente abandonada, quizá incluso sea una narcocasa, y entrecierro los ojos en la penumbra, mientras se me van acostumbrando lentamente. Entramos y un olor a humedad flota en el aire; arrugo la nariz. También percibo el desagradable hedor de algo que lleva tiempo en descomposición. Probablemente un ratón o una rata perdidos en las paredes o bajo las tablas inclinadas del suelo.

Los matones me llevan a una habitación lateral en la primera planta y Ghost me empuja para sentarme en una silla de madera. Jester me ata las manos a los brazos de la silla con bridas de plástico e intento que el pánico no me consuma. Obligándome a mantener la calma y el control, lista para aprovechar cualquier oportunidad de

escapar que pudiera presentarse, me concentro en sosegar y ralentizar mi respiración.

—Le haré saber a Gallo que estamos aquí —dice Ghostface y se va.

Se me cae el alma a los pies. Debería haber sabido que Carmine Gallo estaba detrás de esto, pero no até cabos. Miceli y mis hermanos nos habían advertido a todos sobre Gallo, y después de los tratos de Angelo y Blake con ese hombre y de que su mansión se incendiara, debería haber estado más alerta. Haber sido más cuidadosa.

Pero no, estaba demasiado consumida por la lujuria por un hombre del que ni siquiera sé el nombre y al que nunca volveré a ver.

Qué estúpida, Lottie, me regaño, tirando de las bridas. Tenía tantas ganas de enamorarme que no estaba prestando suficiente atención a mi entorno. Aunque, para ser justos, no esperaba que me secuestraran en el hotel cuando había tanta gente alrededor.

Pero no fuera, me recuerdo. Por un brevísimo instante, me pregunto si el desconocido enmascarado era parte de mi secuestro. ¿Me atrajo a propósito al exterior y me alejó del resto de los invitados? Supongo que es una posibilidad, pero en la que no quiero pensar demasiado. Porque, por un momento, me permití volver a confiar en un hombre, y si él es la razón de mi situación actual, no creo que pueda volver a confiar en nadie nunca más.

—Vaya, vaya, vaya, si es Carlotta Rossi —dice Gallo, entrando en la habitación. Tiene un aire tan malditamente engreído que me dan ganas de darle un puñetazo.

—¿Está loco? ¡No puede secuestrarme sin más! —exclamo.

—¿En serio? Pues creo que acabo de hacerlo —afirma con arrogancia.

Se me acerca, me coge de la barbilla y me la levanta bruscamente, obligándome a mirarle la cara carnosa, desfigurada por la ira.

Apretando los dientes, le devuelvo la mirada con todo el desafío que soy capaz de reunir, pero un miedo gélido me recorre las venas. Tiene una mirada de loco, con los ojos desorbitados, que me provoca un escalofrío.

—Será mejor que tiemble, Carlotta, porque tengo planes para usted. Planes que no le gustarán, pero son cosas que hay que hacer para darle una lección a su familia.

—Mi familia no le ha hecho nada —le digo.

—Qué ingenua. No tiene ni idea de lo que está diciendo. Ellos son la razón por la que no me han invitado a unirme a las otras familias de la mafia, son la razón por la que me pusieron en la lista de objetivos y me persiguieron cazarrecompensas enloquecidos, y son la razón por la que mi mansión se quemó hasta los cimientos. Me vengaré —escupe con rabia.

Me retuerzo en la silla y él me gira la cara bruscamente hacia un lado.

—Voy a destruir a su familia... empezando por usted.

Oh, Dios mío. Hago todo lo posible por no mostrar miedo, pero cada vez es más difícil. Miceli sabe que estoy en apuros, pero ¿cómo va a encontrarme? Ese capullo tiró mi móvil por la ventanilla del coche.

Gallo está trastornado. Tengo que escapar rápido y sé que el tiempo es oro.

Pero ¿cómo?

Estás sola, Lottie. Es hora de que te las apañes.

ARCHER

El agua fluye suavemente en la fuente a mi lado y yo bajo la mirada hacia las dos copas de champán que sostengo y frunzo el ceño. Joder, qué pringado soy. Las dejo en una mesita cercana con demasiada fuerza y el cristal tintinea.

Molesto, me doy la vuelta y miro de nuevo hacia la fiesta. ¿Sigue ahí dentro? ¿Quizá en la pista de baile con una nueva pareja? Está claro que venir hasta aquí para encontrarse conmigo no era una prioridad para ella. Desde luego, yo he llegado puntualmente y más ansioso que un puto colegial.

Qué patético.

¿Está con otro?

Una extraña oleada de posesividad me inunda y no estoy acostumbrado a sentirme así. De hecho, no me gusta nada. Me invade el impulso de volver a entrar como una exhalación y buscarla, y doy un paso hacia la puerta cuando un sonido capta mi atención. Casi como un forcejeo.

—¡No! ¡Por favor! —grita una mujer.

Me giro bruscamente, entrecierro los ojos para ver a través de los árboles y distingo un destello rojo y blanco. Sin lugar a dudas, sé que es mi Reina de Corazones... y tengo el mal presentimiento de que está en apuros. Echo a correr, me arranco el antifaz y lo tiro mientras corro hacia la parte trasera de la finca. Tras abrir de un empujón la puerta trasera, salgo al callejón justo a tiempo de ver cómo meten bruscamente al objeto de mi deseo en un todoterreno negro.

Conmocionado, me tomo un momento para evaluar la situación mientras el coche arranca y huye en la noche. En una fracción de segundo, tomo la decisión de ir tras ellos. Aunque no sé quién es ni en qué lío puede estar metida, voy a averiguarlo.

No le he dejado el coche al aparcacoches porque no me fío de nadie y no me gusta esperar, sobre todo si necesito una huida rápida. Como ahora. Por lo tanto, mi Dodge Challenger negro está aparcado muy cerca; cruzo la calle corriendo, me meto dentro y lo enciendo. El motor ruge y meto la marcha. El humo sale de los neumáticos mientras giro el volante bruscamente y piso el acelerador a fondo.

Allá vamos.

No pienso permitir que se me escapen y doblo la esquina al final del callejón. El tráfico es lo bastante denso como para ralentizar al otro coche, pero no tanto como para que nos quedemos parados. Después de un minuto conduciendo como un maníaco, demasiado rápido, zigzagueando entre los otros coches, veo el todoterreno.

Me coloco detrás de otro coche, manteniéndome cerca, pero no de forma obvia. Los barrios parecen empeorar a medida que nos adentramos en la ciudad. En algún momento, algo sale despedido por la ventanilla del todoterreno y creo que podría ser el pequeño bolso que llevaba mi chica.

No hace falta ser un genio para darse cuenta de que esos cabrones han tirado su móvil y su documentación. Y eso no presagia nada bueno.

La sangre empieza a bombearme con más fuerza y la ira me recorre. Sé que está en apuros, pero ¿por qué? Todo mi ser se pone en modo protector y me niego a que le pase nada malo.

Mierda, ojalá supiera su nombre, ojalá supiera su historia.

La idea de que ya estuviera fuera esperándome hace que mi corazón se dispare. Después de todo, no me ha dado plantón. No, mi pequeña morena ya estaba ahí fuera, junto a la fuente, esperando, ansiosa por verme de nuevo. Pero entonces un par de gilipollas se la han llevado a rastras y han arruinado todos mis planes.

La pregunta es ¿por qué? ¿Qué está pasando?

Decidido a llegar al fondo del asunto, acelero, asegurándome de no perder mi presa. Tras conducir un poco más, el todoterreno se detiene junto al bordillo en un barrio de mierda. Paso de largo y doblo la esquina al final de la manzana. Una vez que estoy fuera de su vista, aparco el coche, me estiro y abro la guantera. Meto la mano y saco mi Glock 19. Nunca salgo de casa sin ella, y menos mal. Salgo, cierro el coche con llave y troto de vuelta a la esquina de la manzana, usando las casas y los arbustos para cubrirme.

Mi atención se centra en cómo escoltan a mi chica a la fuerza por un sendero y la meten directamente en una casa destartada. Ya no lleva el antifaz y es aún más guapa de lo que imaginaba. No se me escapa que deja caer su antifaz rojo en la acera. Qué lista es. Está dejando una pista, una miga de pan, una petición de ayuda.

No sé quién es, pero sé que está en apuros y estoy a punto de tumbar a unos matones y rescatarla. Porque, oye, es lo que se me da bien: acabar con los malos.

Una vez que desaparecen de mi vista, cruzo a toda prisa los jardines vecinos y me dirijo al patio trasero. Voy a entrar por la puerta de atrás. Pero primero, me acerco sigilosamente a una ventana de aspecto mugriento y miro a través del cristal sucio.

Veo al trío atravesar el salón y desaparecer en otra habitación al otro lado de la casa. Un plan empieza a formarse en mi cabeza mientras avanzo agachado hacia la parte trasera de la casa. Aunque solo he visto a dos matones, eso no significa que no haya otro elemento ahí dentro al que tenga que neutralizar.

Con la guardia alta y la pistola en la mano, subo al desvencijado porche trasero y me dirijo sigilosamente a la puerta de atrás. Intento girar el pomo y, sorprendentemente, se abre. Mmm. No estoy seguro de si eso es bueno o malo, pero la empujo y me deslizo dentro.

Las voces llegan desde la habitación de la izquierda y avanzo sigilosamente, escuchando la conversación, captando fragmentos. Cuando estoy justo delante de la puerta, puedo oír con más claridad y, por un instante, aturdido, me quedo paralizado.

—Más te vale que tiembles, Carlotta, porque tengo planes para ti. Planes que no te van a gustar, pero que son necesarios para darle una lección a tu familia.

¿Carlotta? ¿Como en Carlotta Rossi?

Oh, joder... Estoy jodido por un montón de razones distintas.

—Mi familia no te ha hecho nada —dice, esforzándose por sonar valiente.

Me atrevo a mirar dentro de la habitación, a través de la puerta entreabierta, y veo a Carlotta sentada en una silla, con las muñecas atadas con bridas a los reposabrazos. El puto de Carmine Gallo está de pie frente a ella, soltando sus amenazas, y los dos matones permanecen a un lado, ambos armados.

—No tienes ni idea de lo que dices —afirma Gallo con frialdad—. Ellos son la razón por la que no me han invitado a unirme a las otras familias de la mafia, son la razón por la que me incluyeron en la Lista de Muerte y me persiguieron cazarrecompensas enloquecidos, y son la razón por la que mi mansión ardió hasta los cimientos. Me vengaré.

Dios, qué puto llorica. Estoy deseando hacerle daño.

—Voy a destruir a tu familia... empezando por ti —brama Gallo.

Se acabó. Ya he tenido bastante. Moviéndome más rápido de lo que esos dos matones con algo de sobrepeso son capaces de reaccionar, entro barriendo en la habitación, agachado y veloz, y le disparo una bala a cada esbirro. Caen antes de saber siquiera qué coño les ha alcanzado.

Mientras tanto, Gallo se tira al suelo para cubrirse y se arrastra a toda velocidad, desapareciendo en una habitación contigua. Tengo la fugaz oportunidad de dispararle en el culo, pero en lugar de eso me vuelvo hacia Carlotta.

—¿Estás bien? —pregunto, examinándola rápidamente. No parece herida y el alivio me inunda.

Me mira fijamente, boquiabierta, y parpadea.

—Tú... eres el de la fiesta —termina con voz débil, porque todavía no tiene ni idea de quién soy.

Asiento y entonces decido que debería ir a por Gallo.

—Espera un momento, cielo.

Irrumpo en la habitación contigua, esperando que sea un baño, y me doy cuenta de que es exactamente eso. Solo que conecta con otra habitación y Gallo debe de haber huido por ella y escapado. Aun así, me aseguro y lo sigo. La puerta trasera ahora está abierta de par en par, lo que confirma mi sospecha.

Da igual. Se lo haré saber a Miceli y alguien se encargará de Gallo muy pronto. Ese gilipollas acaba de firmar su propia sentencia de muerte al cruzarse de nuevo con la familia Rossi.

Una vez que hago un barrido más exhaustivo y me aseguro de que de verdad se ha ido, vuelvo con Carlotta. Me guardo la pistola en la

parte trasera de la cinturilla del pantalón y saco el Ka-Bar que llevo metido en una funda en la bota.

—Quédate quieta —murmuro y corto las bridas, liberando sus delicadas muñecas. Me está mirando como si yo fuera un actor famoso y ella estuviera deslumbrada. Casi puedo ver los corazoncitos flotando en sus ojos mientras le ofrezco la mano.

—Tenemos que irnos —digo, y ella inmediatamente pone su pequeña mano en la mía. El hecho de que confíe en mí hace que saque un poco de pecho.

—¿Quién eres? —susurra.

Pero no respondo, simplemente tiro de ella para sacarla de la casa por la puerta principal.

—Vamos, he aparcado aquí abajo —le digo. Una vez que llegamos a mi Challenger, le quito el seguro y le abro la puerta del copiloto—. Sube y llamemos a tu hermano.

Después de que ella se mete dentro, cierro la puerta y doy la vuelta. Ya en el asiento del conductor, saco el móvil. Ella se estira y me pone una mano en el brazo.

—¿Quién eres? —pregunta de nuevo.

—Archer —le digo. El reconocimiento brilla en sus ojos, aunque nos acabamos de conocer esta noche. Debe de haber oído mi nombre antes, probablemente de boca de Miceli.

—Ah —resuella.

Mientras ella asimila mi revelación, busco el número de Miceli y le doy a llamar, asegurándome de poner el manos libres para que Carlotta también pueda oír la conversación.

—Rossi —responde al instante.

—Acabo de rescatar a su hermana de las garras de Gallo —digo y procedo a contarle la historia de lo que ha pasado. Bueno, la parte

de su secuestro en la fiesta de máscaras, no la de cómo le he provocado un orgasmo con los dedos.

Miceli está cabreadísimo, tal y como sabía que estaría, y Carlotta le asegura que está bien.

—Gallo ha dicho que va a destruir a nuestra familia, Miceli —le dice Carlotta, inclinándose hacia delante, retorciéndose las manos en las faldas—. No estoy segura de lo que me habría hecho en realidad...

—Iba a matarte —la interrumpo, siendo directo, necesitando que ambos comprendan la gravedad de la situación—. No te engañes pensando lo contrario ni dudes de él. He oído la ira en su voz. No se anda con hostias y sus dos hombres estaban armados. Creo que hay que llevar a Carlotta a un lugar seguro.

La miro de reojo y la expresión de su cara es completamente indescifrable.

—¿Tiene un sitio? —pregunta Miceli.

—Sí. Un lugar fuera del radar que nadie conoce.

—De acuerdo, llévela allí y yo voy a hablar con Gallo.

¿Hablar o encargarse de él?, me pregunto. Pero no lo pregunto en voz alta. No estoy seguro de cuánto sabe Carlotta sobre lo que ha hecho su hermano mayor, hasta dónde ha llegado para proteger a la gente que quiere. Sin embargo, tengo la sensación de que pronto llegará el momento en que le arrancarán las gafas de color de rosa. Le guste o no.

Porque no somos un grupo de hombres buenos. Miceli y sus hermanos harán lo que sea para proteger a la gente que les importa y da igual cuántos cadáveres aparezcan para conseguirlo. Y yo soy el tipo que les ayudará a encargarse del asunto.

De hecho, mataré a quien sea necesario si el pago o la motivación son los adecuados. Perdí la conciencia hace mucho tiempo.

Después de tantos años en equipos de operaciones encubiertas realizando misiones secretas y letales, apretar el gatillo y neutralizar objetivos ya no me afecta. Supongo que le hago un favor al mundo eliminando a la escoria, a los cabrones y a los malos.

—¿Tengo yo algo que decir en todo esto? —pregunta Carlotta.

—No —respondemos Miceli y yo al mismo tiempo.

Ella suelta un bufido de frustración y luego nos recuerda fríamente que no tiene ropa y que lleva un vestido de gala.

—Yo tengo cosas —digo con voz ronca. Aunque mi mente sucia ya se está imaginando qué turgentes encantos se podrían esconder bajo ese vestido y deseando que pudiera estar simplemente desnuda.

—Ya, pero quiero mis cosas —insiste.

—Lottie, por favor, vete con Archer. Te mantendrá a salvo y fuera del radar mientras yo me ocupo de Gallo. Solo será por un par de días. Tres como mucho. ¿Puedes hacer eso por mí?

Carlotta suspira.

—Sí —acepta finalmente, y yo frunzo el ceño.

¿Cuál es el problema? Unos días alejada de todo conmigo no la van a matar. Además, creía que le gustaba. Bueno, supongo que sí, antes de que supiera mi identidad.

Tras asegurarle a Miceli que la mantendré sana y salva en un lugar remoto, cuelgo la llamada y arranco el coche. Tengo una cabaña en el norte del estado de Nueva York que será perfecta para refugiarnos un tiempo. No es nada del otro mundo, solo una vieja cabaña de caza rodeada de bosque, pero no necesita el Ritz-Carlton. Solo un lugar tranquilo donde estar, lejos de los peligros de la ciudad de Nueva York y de Carmine Gallo.

Aprieto con fuerza el volante, giro hacia la autopista e intento no aspirar su dulce olor a caramelo. Porque ahora que sé quién es — Carlotta Rossi—, sé que está prohibida.

Solo espero que mi polla entienda que tiene que quedarse en los pantalones.

CARLOTTA

Me giro en el asiento y estudio el perfil increíblemente atractivo de Archer con atención, ahora que el antifaz ha desaparecido por completo.

Archer.

Dios, jamás en la vida habría imaginado que el hombre con el que me lié apasionadamente en la fiesta era el misterioso contacto de mi hermano. Por lo que he oído decir a Miceli, Archer es como un fantasma y, muy probablemente, exmilitar. Pero no sabe nada a ciencia cierta. Ni siquiera su nombre completo.

—Así que tú eres el misterioso Archer... —murmuro, pensativa—. ¿Es ese tu verdadero nombre?

—Claro —responde con evasivas.

Suelto un resoplido de incredulidad.

—No suenas muy convincente.

—Puedo ser quien tú quieras que sea, Carlotta —afirma con suavidad mientras se incorpora a la autopista.

—¿De qué conoces a mi hermano?

—Conozco a todos tus hermanos.

Es tan evasivo que me cruzo de brazos.

—¿Adónde vamos exactamente?

—Al norte del estado.

La frustración me invade. Responde a mis preguntas, pero, al mismo tiempo, no me da ninguna información nueva. Durante los siguientes diez minutos, se concentra en conducir y yo me muerdo el labio inferior hasta que empieza a sangrar. Mierda.

Siento cómo se distancia, cómo se cierra en banda conmigo. Y eso es lo último que quiero, porque me siento muy atraída por él. Lo nuestro era pura pasión, pero ahora está tan fresco como una lechuga. Y sé perfectamente por qué.

Es porque soy la hermana pequeña de Miceli Rossi.

—¿Por qué importa que sea la hermana de Miceli? —pregunto, optando por la franqueza y poniendo las cartas sobre la mesa. Porque el hombre sentado a mi lado no se parece en nada al que conocí en la fiesta de máscaras. Mi apasionado desconocido es ahora un vago recuerdo. En su lugar hay un hombre que ni siquiera me habla, y mucho menos me mira.

Durante un largo momento no dice nada. Se limita a darle vueltas a mi pregunta. Luego me lanza una rápida mirada de reojo y dice:

—Importa, y mucho.

—¿Pero por qué? —insisto, sin dejarle que se escape tan fácilmente.

—Es una línea que no quiero cruzar.

—¿No crees que ya hemos cruzado esa línea?

—No la más importante. No.

Frunzo el ceño. Básicamente, me está diciendo que se arrepiente de lo que hicimos y que ahora no me tocará ni con un palo. Muchas gracias, Miceli. ¡Dios, vaya corta-rollos! ¿Por qué todo el mundo le tiene tanto miedo al temible Miceli Rossi? Es decir, sí, es enorme e intimidante, pero Archer no se queda corto. Él también tiene un factor de intimidación oscuro que juega a su favor. Por no mencionar que mide más de metro ochenta y es puro músculo. Supongo que es de complexión más delgada que mi hermano, pero aun así, muy atlético.

—¿Le tienes miedo a mi hermano? —pregunto, cruzándome de brazos y yendo directa al grano.

—No le tengo miedo a nadie —dice sin dudar.

Entonces, el peor pensamiento posible se me cruza por la cabeza. Quizá, después de verme sin el antifaz, ya no se siente atraído por mí. Me llevo una mano al corazón y me entran ganas de llorar. ¿Es por eso que se muestra tan frío ahora? Simplemente, no cree que sea guapa y ya está.

De repente, me siento tan avergonzada que no quiero ni mirarlo. Me giro hacia el otro lado, de cara a la ventanilla, y contemplo la noche y los coches que pasan. El rechazo duele y eso lo sé mejor que nadie. El único chico con el que he salido me rechazó y se acostó con otra mujer justo antes de que yo estuviera a punto de acostarme con él. Fue humillante.

Recuerdos dolorosos de Rendall y del fiasco que fue aquella relación —si es que se le podía llamar así— me invaden y me duele el corazón. ¿Qué me pasa? ¿Tan poco deseable soy? Parecía que Archer me deseaba, pero eso fue cuando no sabía quién era y quizá solo era emocionante porque éramos desconocidos con antifaces.

La verdad es que no tengo ni idea. Una parte de mí quiere preguntárselo. Pero ni de coña voy a someterme a más vergüenza. No, gracias. Ya he pasado suficiente bochorno por esta noche.

Como no digo nada para mantener la conversación, el resto del trayecto transcurre en un silencio absoluto. En algún momento, cierro los ojos, apoyo la cabeza en la ventanilla y entro y salgo de un sueño ligero.

No estoy segura de cuánto tiempo pasa cuando oigo el crujido de la grava bajo los neumáticos y abro los ojos. Un rápido vistazo a los números luminosos del salpicadero me dice que han pasado un par de horas y bostezo, incorporándome e inclinándome hacia delante para ver mejor por el parabrisas.

Está todo oscuro y estamos en medio de la nada. Nos rodean árboles altos y, tras recorrer un largo y sinuoso camino de entrada, aparece una pequeña cabaña.

—¿Dónde estamos? —pregunto, somnolienta. El vestido me aprieta demasiado y lo único que quiero es quitármelo y meterme en una cama cálida y cómoda.

—En mi casa. Es un lugar seguro —me asegura.

—Siento ser una molestia tan grande.

—No pasa nada.

—No pretendía arruinarte la noche.

Archer detiene el coche frente a la cabaña y me mira.

—¿Arruinarme la noche? —repite, arqueando una ceja oscura—. Cariño, has sido lo mejor de la noche.

El corazón me revolotea en el pecho y me mira tan fijamente que no puedo ni articular una frase.

—Venga, entremos —dice, y sale.

Abro la puerta y una brisa fría me levanta el pelo y la falda, helándome. Me froto los brazos desnudos mientras lo observo abrir el maletero y sacar una bolsa de lona.

—Vaya, qué preparado vienes —comento—. ¿Por qué traes una bolsa de viaje? ¿Pensabas venir aquí después de la fiesta?

Pero él niega con la cabeza. —No. Es que siempre tengo una bolsa preparada.

—¿Por qué?

—Por si necesito irme deprisa. —Me mira directamente—. ¿Por qué haces tantas preguntas?

—Soy curiosa —le digo con una sonrisa pícara.

—Claramente. —Su tono es seco, pero me regala un atisbo de sonrisa—. Venga, vamos adentro antes de que te congeles. Tengo ropa que puedo prestarte para que te quites ese vestido.

—Oh, gracias —digo efusivamente mientras lo sigo por los escalones y espero a que abra la puerta—. Me muero de ganas de quitarme esto. Por muy bonito que sea, no hay nada que me apetezca más que un chándal cómodo y una camiseta.

—Eso tiene arreglo.

Entramos y Archer enciende una luz para luego cerrar la puerta con llave. Hay un frescor en el aire y él pone la calefacción mientras yo avanzo, mirando a mi alrededor. Es un lugar pequeño, pero absolutamente encantador. Una gran chimenea ocupa una de las paredes y frente a ella hay un sofá desgastado y de aspecto cómodo. Hay una pequeña cocina americana y unas escaleras que suben a un altillo que supongo que es el dormitorio. Parece que hace tiempo que no viene, porque me doy cuenta de que hay una fina capa de polvo en la mesa de la entrada.

—Qué bonito —digo, juntando las manos delante de mí y frotándolas enérgicamente.

—Puedo encender un fuego —me dice, al ver que tengo frío—. Te aviso de que calentará este sitio muy rápido.

—No le diré que no a una buena lumbre calentita. —Lo observo inclinarse, abrir la cremallera de la bolsa de lona y empezar a rebuscar dentro. Su culo respingón asoma por debajo de la chaqueta del traje, ofreciéndome unas vistas espectaculares, y me lamo los labios.

«Cariño, has sido lo mejor de esta noche».

Sus palabras se repiten una y otra vez en mi cabeza, haciéndome dudar si de verdad está interesado. Tiene que estarlo, ¿no? ¿Por qué si no habría dicho algo así?

Archer se reincorpora y se da la vuelta. Por supuesto, me pilla mirándole su delicioso culo, que se convierte en su entrepierna porque ahora está de frente. Y, madre mía, hay mucho que mirar ahí. Se me sonroja la cara y fuerzo la vista hacia arriba, encontrándome con sus ojos, que parecen aún más oscuros que antes. Algo destella en su mirada de color café, pero no estoy segura de qué es.

¿Deseo, tal vez?

Él se aclara la garganta y me tiende una camiseta y unos pantalones de chándal.

—Gracias —mascullo, cogiéndolos.

—Ve tú primero al baño mientras yo enciendo el fuego. Puedes quedarte con la cama del altillo.

—¿Y tú dónde dormirás? —pregunto, sintiéndome mal si solo hay una cama.

—En el sofá.

—Yo puedo dormir en el s...

—No pasa nada. —Le lanzo una mirada dubitativa. Tiene unas piernas ridículamente largas que le van a colgar por el borde—. De verdad, no me importa.

—Solo si estás seguro —insisto.

—Lo estoy. Ahora ve a asearte. Es tarde.

Tiene razón y estoy agotada. Dándome la vuelta, me dirijo a lo que supongo que es el baño y entro. Como el resto de la cabaña, es pequeño, nada elaborado, hasta que veo la ducha.

—Oh, vaya. —Me acerco para echarle un vistazo. No tiene puerta, es completamente abierta, con una pared de piedra lisa y una gran alcachofa de ducha tipo cascada en lo alto—. Qué elegante.

Estoy demasiado cansada para usarla ahora, pero sin duda la probaré mañana. En este momento, solo quiero cambiarme. Después de quitarme los tacones de una patada, me llevo las manos a la espalda e intento bajarme la cremallera. No me va muy bien. Tras forcejear durante unos minutos, suelto una leve maldición.

No voy a poder quitarme este vestido sin ayuda.

Haciendo acopio de valor, abro la puerta del baño y miro hacia fuera para ver a Archer inclinado de nuevo, encendiendo la leña. Joder, qué espectáculo es ese culo suyo.

—Eh, ¿Archer?

Su cabeza se gira de golpe. —¿Sí?

—¿Puedes, eh, ayudarme?

Se levanta inmediatamente, se sacude las manos en los pantalones del traje y se acerca. —Claro. ¿Qué necesitas? Debería haber un cepillo de dientes nuevo en el armario.

—En realidad, necesito que me bajes la cremallera.

Sus ojos recorren mi cuerpo con avidez y el calor parece encenderse en sus oscuras profundidades. A menos que sea solo mi imaginación hiperactiva, parece muy, muy interesado.

—Ah, claro. —Asiente con la cabeza y me hace un gesto para que me dé la vuelta.

Me giro, ofreciéndole mi espalda, y él agarra la cremallera y tira lentamente de ella hacia abajo. Y algo se enciende dentro de mí. Sus nudillos cálidos y ligeramente ásperos me rozan la piel, como una ligera caricia que recorre mi espalda. Un escalofrío me recorre el cuerpo y aprieto los ojos con fuerza, juntando los muslos.

Dios santo, este hombre tiene el poder de destrozarme. Todo tipo de pensamientos perversos empiezan a llenar mi cabeza. Como cómo sería tener a Archer como mi primer amante.

—Ya está. —Su voz suena más ronca de lo habitual y un latido lento y constante hace que mi coño palpite.

Tragando saliva, me vuelvo a girar, sujetándome el vestido contra el pecho para que no se abra y le ofrezca un espectáculo. Aunque estoy ligeramente tentada de dejar que se deslice un poco. Quizá dejarle echar un vistazo.

—Gracias —murmuro. Él asiente secamente, se da la vuelta y se va. Con un suave suspiro, me apoyo en el borde de la encimera.

Mis pensamientos se arremolinan mientras encuentro el cepillo de dientes nuevo junto con un poco de pasta. Archer es el hombre más delicioso que he visto en mi vida y estoy debatiendo qué hacer con esta situación.

Después de lavarme los dientes, encuentro un gel facial y me quito todo el maquillaje. Se me ocurre tardíamente lo diferente que debo de parecer, porque esta noche me he esmerado con ojos ahumados, purpurina y labios rojos. Ahora, me miro al espejo y siento que acabo de tirar la mayor parte de mi confianza por el desagüe.

¿Y si Archer ya no me encuentra atractiva? Además, parezco mucho más joven con la cara limpia y fresca. Oh, bueno. No hay mucho que pueda hacer al respecto. Pero una cosa se ha arraigado firmemente en mi mente: estoy atrapada en esta cabaña durante los próximos

días con el hombre más bueno que he conocido, que me provoca algo más que unas pocas mariposas. Más bien un millón.

Siento que es el momento adecuado para animar un poco las cosas. Y, sinceramente, ¿qué tengo que perder? ¿Aparte de mi virginidad? Mi vida ha sido aburrida y predecible durante tanto tiempo, y Archer me excita de una forma que Rendall nunca lo hizo.

Por supuesto, puede que no esté interesado. Eso sería trágico y sin duda destrozaría mi ego. Pero es un riesgo que estoy dispuesta a correr. Haciendo acopio de todo mi valor, tomo una decisión: voy a seducir a Archer.

ARCHER

El fuego crepita con fuerza, desprendiendo calor, y no tarda en caldearse la habitación principal. No puedo dejar de pensar en cuando le he bajado la cremallera del vestido a Carlotta y en lo suave que sentí su piel contra mis nudillos. La tentación de hacer algo más casi ha sido mi perdición. Pero me he contenido y no le he arrancado el vestido como deseaba desesperadamente.

Es la hermana pequeña de Miceli, me recuerdo con severidad. Joder, ese hombre me arrancaría las pelotas y me las haría tragar por hacer la mitad de las cosas que se me han pasado por la cabeza. Cosas sucias que la harían gritar de placer y que acabarían con los dos corriéndonos con una fuerza brutal.

¡No! Olvídalo.

Joder, estoy empezando a sudar del calor que hace ya aquí dentro. Tiro la chaqueta del traje, me arranco la corbata, me desabrocho las mangas y me las subo, dejando al descubierto las flechas cruzadas que llevo tatuadas en el antebrazo izquierdo. Todo mi equipo de operaciones fantasma se hizo el mismo tatuaje. De ahí salieron nuestros apodos: estaban Flecha, Arco, Pluma, Perno, Perforador y yo, Archer. El nombre de nuestro equipo era Sagitario y nos

especializábamos en matar al enemigo en silencio. Como si fuéramos un arco y una flecha, nos deslizábamos en la noche, encontrábamos a nuestro objetivo y lo abatíamos rápidamente.

Aquellos días parecen tan lejanos... Echo de menos a esos tíos. Pero, después de que nos separamos, conocieron a mujeres, formaron familias y empezaron a vivir de verdad. Mientras que yo, por otro lado, me quedé en la sombra.

—Hace mucho calor.

Levanto la vista y veo al objeto de mi lujurioso deseo entrar de nuevo en el salón. Coloca con cuidado su vestido sobre una silla y ahora lleva mi camiseta y mis pantalones de chándal. Y, joder, apenas aparenta veinte años. El maquillaje ha desaparecido, se lo ha quitado todo, y tiene la cara tan lavada y desprende una juventud tan hermosa que hace que se me oprima el pecho y se me contraiga la entrepierna a la vez.

—¿Demasiado calor? —pregunto, forzándome a centrar mi atención en el fuego que ahora arde con furia. Igual que mis hormonas descontroladas—. Puedo quitar un leño.

—No, se está de maravilla. Solo me sorprende lo rápido que se ha calentado.

Se acerca y trago saliva. Mi cuerpo ya está reaccionando a ella, deseándola, y esto no es bueno. Pero es absolutamente deslumbrante y yo no soy más que un hombre. Uno que no ha follado en un tiempo. Es una situación explosiva; siento que yo soy el fuego y ella, yesca seca y ardiente. Y, maldita sea, quiero encenderla de todas las formas posibles.

Aprieto la mandíbula, rechinando los dientes, e intento ignorar el creciente bulto en mis pantalones. —Seguro que estás cansada —digo a la fuerza—. La cama está arriba, en el altillo. Así que... buenas noches.

Sé que es una evasiva, pero no estoy seguro de cuánto más puedo aguantar. Así que, sí, por favor, sube ahí para que yo pueda desaparecer en el baño y hacerme una paja. Pero, en lugar de dirigirse al altílo, se acerca más a mí. Su dulce aroma a caramelo se infiltra en mis sentidos y cierro las manos en puños.

—Archer —dice en voz baja, con timidez—, no me importa que te acuestes conmigo.

¿Qué? Mis ojos se clavan en los suyos y ahora está justo delante de mí, su mirada recorriendo mi cuerpo como una caricia, y es casi más de lo que puedo soportar. Recuerdo el sabor de sus labios, la avidez con que me devolvió el beso cuando la tuve sobre la mesa de la sala de conferencias. Lo bien que sentó restregarme contra sus bragas mojadas y luego hundir los dedos en su coño caliente y resbaladizo.

A punto de sobrecalentarme, mando todo el sentido común a la mierda, la agarro de la muñeca y tiro de ella contra mi cuerpo duro y desesperado. Mi boca se estrella contra la suya, necesitada y exigente, y fuerzo mi lengua más allá de sus labios. Está tan ansiosa... Su lengua se encuentra y se bate en duelo con la mía, y ella se pone de puntillas, devolviéndome los besos con la misma intensidad que recibe. Por supuesto, su excitación me pone aún más a mil y la hago retroceder hacia el sofá.

No puedo pensar con claridad cuando se trata de esta mujer. Al menos mi cerebro no puede y deja que mi polla tome el control. Grave error, pero estoy perdido, sumido en las sensaciones. Es una locura y, antes de que pueda comprender lo que está sucediendo, la tengo tumbada en el sofá y me coloco sobre ella, besando su dulce boca como si mi vida dependiera de ello. Besando a mi Reina de Corazones hasta hacerla perder el puto sentido.

Profundizando el beso, siento cómo envuelve sus piernas alrededor de mi cintura, atrayéndome justo donde me quiere. Lenta y seductoramente, frota su centro ardiente contra mi polla dura y gimo en su boca.

—Me estás volviendo loco —gruño, embistiendo contra su coño necesitado, incapaz de olvidar lo húmeda que se puso antes por mí. Tan estrecha, tan empapada, tan receptiva.

—No estaba segura de gustarte —murmura, moviendo las caderas con más fuerza y respirando más deprisa.

Levanto la cabeza para poder mirarla, para mirarla directamente a sus bonitos ojos marrones. Y odio la duda que veo en ellos. —¿Estás de broma? —digo con voz ronca—. He querido follarte desde el momento en que te puse los ojos encima en la mesa de los postres.

Parpadea, con la boca ligeramente abierta, como si no estuviera muy segura de haberme oído bien. —¿En serio?

—Cariño, te deseo tanto que duele —admito.

—Pues cógeme —dice, arqueándose bajo mi cuerpo, ofreciéndose a mí.

La realidad de nuestra situación detiene el descenso de mi mano, que se dirigía a uno de sus deliciosos pechos. Se me ha confiado su cuidado y protección, no que me aproveche de ella. Es como si alguien acabara de echarme un cubo de agua helada por encima y me obligo a retroceder. A refrenar mi lujuria y a controlarme. Todo en mí se rebela, pero sé que no tengo elección.

Carlotta Rossi no es mía para cogerla y, aunque nada me gustaría más que disfrutar de su dulce cuerpo, no puedo.

—Joder —siseo y me aparto. No estoy seguro de dónde viene esta repentina crisis de conciencia. O tal vez sea solo la incómoda idea de que Miceli me mate. Me aparto de ella, me levanto y me paso una mano frustrada por el pelo.

—¿Archer?

Cierro los ojos con fuerza y hago lo único que puedo: rechazarla. —Vete a la cama, Carlotta.

La oigo incorporarse, pero no me atrevo a darme la vuelta con la erección descomunal que gasto.

—¿He... he hecho algo mal? —pregunta, con la voz cargada de duda.

Odio lo tímida que suena ahora y me regaño mentalmente. —Tengo que enviarle un mensaje a tu hermano. Sube al desván. Ahora —espeto con mucha más dureza de la que pretendía.

La oigo levantarse de un salto del sofá y la veo subir las escaleras por el rabillo del ojo. Luchando contra mi lujuria y mi lealtad, me doy la vuelta y entro furioso en el baño, cerrando la puerta de un portazo detrás de mí. Me quito la ropa de un tirón, abro la ducha, me meto bajo el agua y me agarro la polla dura.

Sí, habría sido mucho mejor encontrar alivio dentro del cuerpo suave y dispuesto de Carlotta, pero eso sería cruzar una línea que todavía no estoy dispuesto a cruzar. Siendo realista, no puedo decir que no lo haré con el tiempo. Nunca digas nunca, ¿verdad? Ahora mismo, sin embargo, voy a mantener las distancias, aliviar este dolor y luego hacerle saber a Miceli que estamos a salvo.

Bueno, no estoy seguro de lo a salvo que está Carlotta de mis pensamientos impuros, pero, por el momento, nadie va a hacerle daño. Me aseguraré de ello. No mientras yo esté aquí.

De pie bajo el chorro de agua, bombeo mi miembro de acero hasta que estallo, disparando espesos chorros de semen contra la pared de azulejos. Gimiendo durante mi liberación, dejo caer la cabeza contra el frío azulejo y me pregunto cuánto tiempo más podré evitar follarme a Carlotta. Es demasiado tentadora.

Claro, esta noche he sido un caballero. Bueno, todo lo caballero que puedo ser. Me he contenido para no coger lo que ella me ofrecía libremente. Pero si lo vuelve a hacer, no voy a ser capaz de decir que no.

Y aquí está el problema. No tengo relaciones después de lo que pasó con Caitlin. Así que, ¿en qué lugar nos deja eso a Carlotta y a mí? Nos deja en el territorio de los líos de una noche. O de dos noches, lo más probable... y eso es algo que no puede pasar. Bueno, puede, pero no debería. Si me queda una pizca de decencia, debería respetar a la hermana pequeña de Miceli, ¿no?

Sin embargo, no soy un buen tipo. Nunca lo he sido y nunca lo seré. Y eso me pone en un buen aprieto.

Después de encontrar un poco de alivio, salgo de la ducha, me seco con la toalla y me pongo un pantalón de pijama de franela. Aunque prefiero dormir en bóxers o sin nada, me pongo los pantalones porque lo último que quiero es encontrarme con Carlotta y estar desnudo. Eso no acabaría bien.

Técnicamente, acabaría con nosotros probablemente teniendo sexo en el suelo. O contra la pared. O, tal vez, sobre la mesa.

—Joder —siseo y me paso una mano por el pelo mojado—. ¿Por qué demonios le dije a Miceli que podía traer a Carlotta aquí y mantenerla a salvo unos días? Porque la verdad es que conmigo no está a salvo. Para nada.

A pesar de eso, vuelvo al salón y miro hacia el desván. Está oscuro y en silencio, así que supongo que está en la cama. En mi cama. Y está dejando su olor a algodón de azúcar por todas mis sábanas. Una puta tortura.

Sí, es muy importante que me quede aquí abajo, donde no pueda tocarla, ni olerla, ni alcanzarla.

Cojo el móvil, busco el nombre de Miceli y le envío un mensaje corto para hacerle saber que hemos llegado y que estamos a salvo. No necesita saber que estoy a un segundo de seducir a su hermana pequeña.

Después de darle a enviar, dejo el teléfono en la mesita de centro y me estiro en el sofá. Las piernas me cuelgan por el borde, pero no

es demasiado incómodo. Hace tanto calor aquí, frente a la chimenea, que ni siquiera necesito la manta que hay en el respaldo del sofá. Además, sigo demasiado caliente por Carlotta.

Con una mano detrás de la cabeza y la otra sobre el pecho, repaso las últimas horas. Joder, ojalá mi reina de corazones no hubiera resultado ser una Rossi. No es que les tenga miedo ni nada por el estilo, pero Miceli, sus hermanos y yo tenemos una relación que no quiero joder. Porque si me follara a Carlotta, todo se iría al carajo rápidamente.

Y no les culparía por cabrearse conmigo.

Sé que puedo ser un cabrón y, cuando llega el momento de ser despiadado, no tengo ningún problema en serlo. Pero, por regla general, no me gusta marear a las mujeres ni hacerles daño. La pura verdad es que intenté tener una relación una vez y acabó en algo más que un desastre. Acabó con su muerte.

Quién soy, lo que hago... es jodidamente peligroso. Siempre lo ha sido. Así que lo mejor que puedo hacer es mantenerme bien lejos de Carlotta Rossi. Va a ser difícil, pero es lo mejor. Cuando me lío con una mujer, tiene que entender que todo lo que puedo darle de mí es una noche. Será un momento cojonudo, pero no me voy a quedar para nada a largo plazo. Siempre lo dejo meridianamente claro y ciertas mujeres también disfrutan de ese tipo de relación. Una en la que se intercambia placer y luego cada uno sigue su camino tan ricamente.

Pero Carlotta es una mujer de otra pasta. Es una dama y merece ser tratada como tal.

Con una maldición, doy un puñetazo a la almohada, me giro de lado y vuelvo a apoyar la cabeza para mirar las llamas. Ojalá las cosas pudieran ser diferentes, pero no lo son. Excepto que...

Hay una situación que podría hacerme cambiar de opinión sobre acostarme con Carlotta. Si ella aceptara una sola noche y entendiera

perfectamente las reglas y las consecuencias, entonces las cosas podrían ser diferentes. Necesitaría que los dos estuviéramos exactamente en la misma onda y tuviéramos las mismas expectativas. Además, tendríamos que mantenerlo en secreto.

Una noche gloriosa follándonos hasta reventar. Luego, cada uno por su lado una vez que volvamos a la ciudad.

Supongo que es posible, pero desde luego no voy a sugerirle un lío de una noche, por muy épico que sepa que sería. Sin embargo, si ella lo saca a colación y acepta mis condiciones, entonces no hay ni la más remota posibilidad de que pueda resistirme.

La pelota está en su tejado, pienso, mientras los ojos se me vuelven pesados y el crepitar del fuego me arrulla hasta dormirme.

Y la parte cabrona de mí de verdad espera que intente seducirme de nuevo.

CARLOTTA

Sola en la cama de Archer, me pongo boca arriba y suspiro. Después de darle mil vueltas a todo y analizarlo hasta el último detalle, llego a una única conclusión: a Archer le gusta besarme y tocarme, pero no le gusta que sea una Rossi. Por la razón que sea, está anteponiendo su lealtad a mis hermanos a su deseo por mí. Es la única explicación de por qué no para de apartarse desde que descubrió mi verdadera identidad.

Y eso no es aceptable.

De alguna manera, voy a convencerlo de que me dé una oportunidad y deje a un lado lo que sea que lo frena. No es justo ni correcto que mis hermanos dicten mi vida amorosa. Soy una mujer adulta y hecha y derecha, y se me debería permitir acostarme con quien yo elija. Desde luego, ellos siempre han hecho lo que les ha dado la gana en lo que respecta al sexo opuesto.

Sin embargo, una parte de mí se siente rechazada, y es una sensación horrible. Pero de verdad creo que Archer solo duda porque nuestra familia es poderosa e intimidante. Me niego a rendirme tan pronto porque estoy bastante segura de que le gusto. Y este hombre me interesa a todos los niveles. Lo único que quiero es conocerlo

mejor. Así que ese es mi plan. Durante los próximos días, voy a abrumarlo con encanto y con todo el atractivo sexual que sea capaz de reunir. Pienso usar todas las herramientas de mi arsenal para vencer su resistencia.

A la mañana siguiente, pongo en marcha la Operación: Activar la Libido de Archer. Decido que son los pequeños detalles los que, inevitablemente, podrían empujarlo al límite: pasar rozándolo, tocarlo ligeramente cuando surja la oportunidad, coquetear sin pudor, decirle que aprecio todo lo que hace, dejar que me pille mirándolo de arriba abajo y cualquier otra oportunidad que se me presente.

Al final del día siguiente, me doy cuenta de que es un hombre muy testarudo. Cada vez que me acercaba o tenía la oportunidad de tocarlo, la aprovechaba. Hubo tantos momentos en los que vi la pasión y el interés parpadear en la profundidad de sus ojos oscuros, pero luego los extinguía tan rápido que me daba vueltas la cabeza.

Para la hora de la cena, estoy más que frustrada e intento averiguar qué más puedo hacer. La situación empieza a parecer desesperada, pero ya sabía que sería un reto y no voy a rendirme.

No hay mucho en la despensa, solo algunos productos no perecederos, así que acabamos haciendo unos macarrones con queso de paquete. Encuentro una cacerola y pongo agua a hervir mientras Archer pone la mesa con cuencos y cubiertos.

—¿Con qué frecuencia vienes aquí? —pregunto, tratando de iniciar una conversación.

—Hace unos meses que no venía —responde, sacando dos botellas de agua fría de la nevera—. Me gusta alejarme de la ciudad, pero he estado muy ocupado últimamente.

—¿Ocupado con una novia? —Mantengo el tono lo más inocente posible, pero si me dice que tiene pareja, voy a montar un escándalo.

—¿Qué? No. —Frunce el ceño. Aprieto los labios, pero no comento nada más—. Para que lo sepas, si tuviera novia, no te habría besado.

—Dos veces —le recuerdo.

—Sí. Además, creo que hicimos algo más que besarnos —murmura por lo bajo.

—En la fiesta. —Le dedico una sonrisa pícara.

—Me acuerdo. —Nuestras miradas se cruzan—. Con bastante claridad.

—Creía que te gustaba.

—Sí que me gustas. —Frunce el ceño y apoya una cadera en la encimera—. ¿Por qué sigues dudando de ti misma?

—Costumbre. —La verdad es que no quiero hablar de Rendall ahora mismo. Cojo la caja de pasta y la vierto en el agua hirviendo. Tomo la cuchara y remuevo lentamente para que no se pegue a la cacerola—. ¿No beso bien?

—¿Qué?

Me encojo de hombros.

—No has intentado volver a besarme en todo el día, así que me pregunto qué he hecho mal. Aparte de ser una Rossi, claro —añado con picardía.

Un músculo se tensa en su mejilla.

—Porque estoy pensando que ese es el problema —afirmo con audacia.

—Ya te he dicho que no tengo miedo de tus hermanos. Pero, por respeto a ellos, voy a mantener las distancias contigo.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir con «por qué»?

—Si yo te gusto y tú me gustas, ¿a quién le importa lo que piensen ellos?

—A mí me importa —declara con terquedad, y yo pongo una mueca.

—O sea, que si ahora mismo me ofreciera a ponerme de rodillas y a chupártela, ¿dirías que no? ¿Por mis hermanos?

—Joder, Carlotta. —Se pasa una mano por su espeso pelo oscuro y aparta la mirada. Pero no se me escapó el destello de deseo que cruzó su rostro primero—. No digas esas cosas.

—Solo intento entender qué pintan mis hermanos en esto. Porque, Archer, soy una mujer de veinticinco años que puede tomar sus propias decisiones. Sobre todo cuando se trata de mis parejas sexuales. O de la falta de ellas —no puedo evitar añadir en voz baja.

Su cabeza se vuelve bruscamente.

—¿Qué quieres decir con «falta de ellas»? ¿Una mala racha?

—Más bien el desierto del Sáhara —admito.

Se cruza de brazos sobre el pecho, estudiándome de cerca.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

Trago saliva para calmar los nervios y suelto:

—Oh, unos veinticinco años.

Ladea la cabeza como si no estuviera muy seguro de haberme oído bien; su boca se abre y luego se cierra. Supongo que se ha quedado sin palabras, y siento cómo se me sonrojan las mejillas de la vergüenza.

—Humillante, lo sé —digo, concentrándome en los macarrones y removiéndolos con demasiada fuerza.

—¿Carlotta?

Le lanzo una mirada, sintiéndome de repente tímida.

—¿Mmm?

—¿Me estás diciendo que eres virgen?

—Dios, no me hagas decirlo. —Pongo los ojos en blanco y dejo la cuchara con un tintineo—. Sí, vale. Los hombres me evitan como a la peste. Bueno, excepto uno, pero apenas se le podía llamar relación y al final acabó por romperme el corazón.

Apago el fuego, llevo la olla al fregadero y echo los macarrones en un colador.

—¿Qué pasó? —pregunta él en voz baja.

Sacudo el colador, viendo cómo sube el vapor, y luego me doy la vuelta y los vuelvo a echar en la olla. —El queso, por favor.

Archer abre el sobre, se pone a mi lado y espolvorea el queso sobre los macarrones calientes. Deja el sobre vacío en la encimera y está tan cerca que puedo oírlo respirar. Puedo sentir el calor de su cuerpo, que prácticamente está tocando el mío.

—¿Qué pasó, cariño? —pregunta de nuevo con voz queda.

Remuevo el polvo naranja y los macarrones y dejo escapar un suave suspiro. —Hubo un chico, Rendall, y salimos durante unos meses. Sin embargo, yo siempre me contenía, no conseguía confiar plenamente en él. Algo no me cuadraba. Pero pensé que quizá eran tonterías mías. Justo cuando decido que voy a acostarme con él, descubro que me está engañando.

—Rendall era un maldito idiota.

—Y que lo digas.

—Un capullo integral.

—Rompí con él y ahí se acabó todo. El desierto del Sáhara —enfático, negando con la cabeza con tristeza.

Archer coge la olla y divide los macarrones con queso en los dos cuencos que hay en la mesa. Nos sentamos, cojo una cucharada y me la como. No es la comida más apetitosa, pero tengo hambre y estoy agradecida de que haya algo que comer. Siento que Archer me observa y finalmente levanto la vista hacia él.

—¿Qué? —pregunto suavemente.

—Me alegro de que no te acostaras con ese idiota.

—Rendall.

—Sí, como se llame. No te merecía. Y tenía un nombre estúpido.

No puedo evitar sonreír. Es un nombre estúpido.

Él traga y bebe un sorbo de agua. —No pasa nada por esperar, ¿sabes?

Enarco una ceja y suelto un bufido poco femenino. —iTengo veinticinco años! A estas alturas, empiezo a preguntarme qué me pasa.

—Absolutamente nada —afirma con rotundidad—. Eres guapa, atrevida, inteligente... Cuando sea el momento adecuado, pasará.

—Para ti es fácil decirlo. ¿Con cuántas mujeres te has acostado?

Se atraganta con la comida. —Yo no soy como tú.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Yo no busco una relación ni un futuro con nadie —explica, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Mis encuentros se limitan más o menos a una sola noche.

—Quizá eso es todo lo que yo quiero también —digo con terquedad.

Noto que no me cree. Y puede que no sea exactamente la verdad. Cuando veo lo felices que son mis hermanos con sus mujeres, cómo resplandecen, me entran ganas de tener lo mismo. Además, no hay

nada más dulce que mis sobrinos y sobrinas. Puede que no esté preparada para tener un bebé mañana, pero quizá algún día sí lo esté. Y estaría bien que el padre se quedara.

—Te mereces a alguien que te quiera para siempre, que se case contigo y te dé hijos. No a alguien como yo.

—Para que lo sepas, Archer, no pienso quedarme embarazada la primera vez que tenga sexo. Quiero que sea un encuentro tórrido e inolvidable con un hombre que sepa exactamente lo que hace. Alguien que pueda enseñarme cosas y darme placer. No convertirme en madre al instante.

Traga saliva con dificultad y yo doy un bocado a la comida, observándolo atentamente. Un rubor le sube por el cuello y se aclara la garganta. —Hace calor aquí.

Se levanta bruscamente y va hacia la chimenea, se agacha y empieza a jugar con un leño. Reprimiendo una sonrisa, termino mi cena y espero haber dejado claro que no busco un para siempre por el momento. Solo un ahora mismo al rojo vivo.

Un momento después regresa, termina su cena y luego recojo los platos. Caemos en una rutina silenciosa en la que yo los lavo y él los seca y los guarda.

Después de cerrar el grifo del agua, me seco las manos y digo: —Me apetece algo dulce. ¿Hay algo de postre?

—Deja que mire.

Archer va a la despensa y hace un inventario rápido. —¿Qué tal unos s'mores? —sugiere.

—Uy, nunca he probado los s'mores —exclamo.

Se da la vuelta, sosteniendo una bolsa de nubes de azúcar. —¿En serio?

—Tampoco he ido nunca de acampada. Soy más bien una chica de ciudad, supongo.

—¿Quieres probarlos?

Asiento con la cabeza con entusiasmo. —Me encantaría.

Me lanza la bolsa de nubes y luego coge una caja de galletas y un poco de chocolate. —Podemos prepararlos aquí dentro, ya que el fuego ya está encendido.

—Me parece bien.

Coge un par de palos largos de un cajón y lo sigo hasta la chimenea, donde nos sentamos en el suelo. Él lo coloca todo sobre el hogar y me explica cómo hacer los s'mores perfectos. Está tan adorablemente serio que no puedo evitar soltar una risita.

—Pareces un profesional —bromeo—. No es ninguna ciencia.

—Oh, no tienes ni idea, señorita Rossi. Si no lo haces bien, acabarás con un desastre o se te caerá todo al fuego. Así que presta mucha atención y haz lo que yo haga.

No puedo evitar sonreír ante su encanto juvenil. No lo muestra muy a menudo, pero me encanta verlo. Después de guiarme sobre cómo montar el s'more perfecto, los sostenemos sobre el fuego.

—Sostenlo un poco más alto —me dice, alcanzando mi codo y levantándolo. Su cálido contacto me produce un cosquilleo que me recorre el brazo.

No pasa mucho tiempo antes de que el chocolate y la nube se derritan juntos y la galleta se tueste justo en su punto. Archer comprueba el suyo y luego me hace un gesto para que retire el mío del fuego.

—Ya está —me dice—. Va a estar muy caliente, así que ten cuidado. Deja que se enfríe.

Soplo ligeramente mi pegajosa delicia. Los sacamos con cuidado del palo y entonces le doy un bocado a una esquina. —Oh, qué bueno —murmuro—. Entonces, ¿quién te enseñó a hacer unos s'mores tan increíbles?

—Mi padre. —Una sonrisa triste asoma a la comisura de sus labios.

—¿Estáis muy unidos?

—Lo estábamos. Murió hace mucho tiempo.

—Oh, lo siento mucho.

—Gracias. Mis padres fallecieron cuando yo solo tenía diez años. Un accidente de coche.

—Oh, no. Qué horror. —No puedo imaginar perder a mi madre y a mi padre a la vez y siendo tan joven. Quiero a mis padres y a mis hermanos más que a nada en el mundo y algo así sería devastador—. ¿Tienes hermanos?

—No.

Me remuevo en el suelo, estudiándolo con atención, y se me ocurre que Archer es un hombre solitario. Un hombre que ha estado solo durante muchísimo tiempo. Con razón no cree que necesite o quiera una relación.

—¿Qué pasó después de que murieran tus padres? ¿Adónde fuiste?

—Me fui a vivir con mi tío. No era muy amable ni cariñoso. En cuanto cumplí los dieciocho, me alisté. Me faltó tiempo para irme de allí. Las operaciones especiales se convirtieron en mi vida.

Tengo la clara sensación de que no comparte mucho de sí mismo con los demás, y el corazón se me encoge de ternura. Acercándome más, decido ser atrevida. Alargo la mano y la poso sobre su mejilla sin afeitar.

—Gracias por compartir eso conmigo. —Sin pensar, me inclino y deposito un suave y casto beso en sus labios. Cuando me estoy

apartando, él gruñe, me detiene y estrella su boca contra la mía.

El calor me inunda, lanzándose como una flecha hacia el sur, e intento seguirle el ritmo mientras me devora. Besar a Archer hace que me derrita por completo, más que la nube de azúcar que acabo de tostar. Desde que descubrí mi verdadera identidad, ha intentado mantener las distancias. Pero ahora que está cediendo, voy a animarlo.

Porque una cosa tengo muy clara: Archer no se parece a ningún hombre que haya conocido y me está haciendo sentir cosas como nunca antes había experimentado. Quiero explorar lo que sea que esté pasando con él y ver hasta dónde podría llegar esto. Si es solo una noche, que así sea. Pero si existe la posibilidad de tener más, estoy dispuesta a arriesgarme y lanzarme de cabeza.

ARCHER

Oh, Dios mío, ayúdame. Ese único beso inocente es todo lo que hace falta para que pierda el control. La dulce forma en que Carlotta ha presionado sus labios contra los míos, y estoy perdido. Todo mi autocontrol se desvanece y, mientras se aparta, la detengo, le sujeto la cara y la beso con toda mi alma.

No tengo suficiente y, como un hombre poseído, profundizo el beso, introduciendo mi lengua entre sus suaves labios. Sabe a gloria bendita. A chocolate y nubes de azúcar, y no puedo contenerme. Bebiendo de ella profundamente, saqueo su boca, empujándola hasta tumbarla en el suelo.

Cuando gime suavemente y desliza los dedos por mi pelo, cambio de postura y coloco mi rodilla entre sus piernas. Sé que no debería, pero la atraigo hacia mí, colocando su sexo contra mi muslo y la animo a moverse.

—Eso es, cariño. —Le guío las caderas, ayudándola a moverse y a encontrar el punto exacto y el ritmo que le den la mejor fricción justo donde ella quiere—. Coge lo que necesites. Frótate ese coñito dulce así.

El hecho de que sea virgen y nunca haya hecho estas cosas con otro hombre me la pone dura como una piedra. Su inocencia es un afrodisíaco potentísimo y me alegro mucho de que el gilipollas con el que salía lo jodiera todo. Ahora está en mis brazos, cabalgando sobre mi pierna, y voy a hacer que se sienta increíblemente bien. Haré que se dé cuenta de que la espera ha merecido la pena.

Lleva puestos mis pantalones de chándal, que le quedan enormes, y me agacho y se los desato. Su respiración se acelera y decido que prefiero que se corra en mi boca antes que en sus bragas, frotándose contra mi muslo. Se merece más y voy a asegurarme de que lo tenga.

Aparto mi conciencia a un lado, ignorando esa vocecita que me dice que no la toque y que mantenga las manos quietas. Que le den a esa vocecita. Este coño es mío, pienso. Entonces me echo hacia atrás, tomándome un momento para mirarla y admirarla. Debe de pensar que me he detenido, porque me busca con un suave sonido de decepción.

—Espera, cariño. Voy a hacer que esto sea aún mejor para ti.

Engancho los dedos en los bordes elásticos de sus bragas y, lentamente, se las bajo para dejar al descubierto su dulce y rosado coño. Todo en Carlotta es delicioso y estoy dispuesto a apostar que sabe tan dulce como imagino. De rodillas, me centro en esos bonitos pliegues y luego la insto a que separe más las piernas.

—Archer —sisea, tratando de apartarse.

—Quieta y ábrete a mí, cariño. Estoy a punto de lamerte hasta llevarte al orgasmo. ¿Te parece bien?

Deslizo ligeramente el pulgar sobre su clítoris y ella grita, arqueándose.

—Sí —susurra.

—Bien. —Abriéndola para mí, me inclino y recorro con la lengua su centro húmedo, lamiendo sus jugos—. Joder, qué rica estás. —Incluso mejor de lo que había imaginado.

—Oh, Dios mío —musita, con las manos hechas un puño y las caderas meciéndose contra mi cara.

La lamo rápido y luego despacio, midiendo sus reacciones, tratando de averiguar qué le gusta y qué provoca la mayor reacción. Decidido a hacerle sentir la intensidad, rodeo lánguidamente con la lengua su clítoris, tomándome mi tiempo y succionándolo hasta que gimotea. Entonces la atravieso con la lengua y froto ese pequeño y tenso clítoris hasta que está casi llorando. En el momento en que deslizo un dedo en su interior, ambos gemimos. Es una sensación increíble: tan caliente y húmeda, tan estrecha y palpitante. Añado un segundo dedo, estirándola, haciendo que me acoja hasta los nudillos.

—¡Archer!

De la nada se me ocurre que no quiero que me llame por el mismo nombre que todos los demás. Lo que estamos haciendo... los lugares a los que estamos llegando... es demasiado íntimo para que use mi apodo.

—Damon —le digo—. Llámame Damon.

Lleva la mano a mi cabeza, enreda los dedos en mi pelo y tira con fuerza, y levanta la vista, clavando sus ojos en los míos.

—Damon —dice con voz ronca.

Al oírla decir mi nombre de esa manera, casi me corro. Obligándome a mantener el control, tratando de ignorar la palpitante erección en mis pantalones, me concentro en ella y en llevarla al orgasmo. Mis labios envuelven de nuevo su clítoris y succiono con fuerza, usando la lengua para provocarla y estimularla.

Carlotta llega al orgasmo con un grito, arqueándose contra mi boca, y sigo acariciándola con la lengua y metiendo suavemente los dedos

en su centro resbaladizo, ayudándola a bajar de ese clímax.

Sus manos caen al suelo y gime un suave: —Oh... Dios... mío.

Subo por su cuerpo, me apoyo en los codos y la beso con fuerza, haciéndole probar su propia dulzura.

—¿Ves qué rica estás? —le digo, lamiendo la comisura de sus labios.

—Eso ha sido... intenso —murmura.

La miro a sus ojos marrones, tan llenos de confianza, y de repente me odio a mí mismo. Soy un gilipollas y debería haber mantenido mis manos —y mi lengua— quietas. La tentación era demasiado fuerte, sin embargo, y no he podido resistirme.

—Lo siento —digo, sintiéndome como la mayor mierda del mundo—. Quiero su inocencia, la anhele a un nivel primitivo, pero no me corresponde a mí tomarla.

Frunce el ceño.

—¿Lo sientes? ¿Por qué? ¿Por ser el primer hombre que me come el coño?

Con un profundo suspiro, me quito de encima de ella a regañadientes y me quedo mirando al techo.

—No debería haberte tocado.

—¡Oh, Dios mío! ¿En serio? —Se incorpora, mirándome como la mujer feroz que es—. Deja de jugar conmigo a este juego de dar una de cal y otra de arena. Es confuso y no entiendo cómo puedes desearme en un momento... cómo puedes hacer lo que acabas de hacer... y luego apartarme al segundo siguiente.

—No podemos involucrarnos más —insisto con terquedad—. De alguna manera, tengo que encontrar la forma de estar cerca de ella y no dejar que esta poderosa química entre nosotros explote en algo que no pueda manejar. Siempre he estado tan centrado, he sido tan

fuerte, pero Carlotta tiene el poder de hacer añicos todo eso con un solo beso.

—¿Por qué? —me desafía, entrecerrando los ojos.

Qué cosita más temperamental. Mis pensamientos se dirigen al instante a Caitlin y al modo tan épico en que le fallé. No es algo de lo que quiera hablar, así que simplemente me encojo de hombros y digo:

—Yo no tengo relaciones.

Parece la excusa más fácil que puedo darle porque sé que no es lo que quiere oír. La protegeré, pero eso es todo. No puede ocurrir nada más entre nosotros en el plano sexual. Por mucho que mi polla esté suplicando por la oportunidad de hundirse en su dulce coño, tengo que pensar con la cabeza que toca.

—No me mientas, Damon. Admite que no me deseas. No de verdad.

—Antes de que pueda decir una palabra más, se levanta y sale corriendo por la puerta principal, cerrándola de un portazo tras de sí.

¡Maldita sea! No lleva pantalones ni zapatos, solo un par de calcetines. Joder, por mi culpa, ni siquiera lleva bragas. Y hace demasiado frío ahí fuera. Apretando los dientes, cojo mi abrigo y salgo corriendo tras ella. Pero no ha ido muy lejos, solo hasta el borde del porche, y veo cómo le tiemblan los hombros.

Joder. La he hecho llorar. El trocito de corazón que me queda se me encoge dolorosamente. —Carlotta, lo siento —digo en voz baja. Acercándome por detrás de ella, le pongo el abrigo sobre los hombros—. Por favor, no llores, cariño. No puedo soportarlo.

Sorbe por la nariz y luego se pasa una mano por la cara mientras se gira para mirarme. —¿Es que no te entiendo? En un segundo pareces desearme y al siguiente no... ¿por mis hermanos? Eso es una jodida estupidez.

—Es más que eso —le digo—. No quiero entrar en detalles, pero necesito que entiendas que esto tiene que ver conmigo y con mis problemas. Tú eres perfecta, cariño. Yo soy el capullo jodido que no es digno de tu virginidad.

Se acerca más el abrigo, envolviéndose en él, y se estremece. —No estoy de acuerdo. Mi virginidad es un regalo y puedo dársela a quien yo elija. Y te elijo a ti, Damon.

Joder. ¿Y qué cojones se supone que debo responder a eso? Es tan malditamente sincera y la deseo más que a nada. Y rechazarla... bueno, sería cruel y un golpe devastador para su ego.

Antes de que pueda comentar nada, levanta una mano. —Perdona si estoy siendo demasiado directa, pero siento algo contigo, y pensaba que tú también lo sentías. Está claro que no. Es que tengo una suerte malísima con los hombres. Mi único novio —y uso el término con reservas, ya que solo duramos tres meses— me puso los cuernos. Él no me deseaba, así que supongo que no me sorprende que tú tampoco.

—Carlotta...

—No, está bien. ¿Pero puedo hacerte una pregunta?

—La que sea.

—¿Tan poco deseable soy? ¿Tan imposible de querer? ¿Qué me pasa para que siga siendo virgen a los veinticinco años?

—No te pasa absolutamente nada —afirmo con rotundidad.

Ella resopla con incredulidad.

—La verdad es que te deseo muchísimo. Más de lo que debería —admito.

—No te creo.

—Cariño, te he comido y te he follado con los dedos hasta hacerte correr dos veces en las últimas veinticuatro horas y hay mucho más

que quiero hacerte. Me está costando todo mi autocontrol no arrancarte la ropa ahora mismo. —Doy un paso hacia ella, le agarro los bordes del abrigo con los dedos y tiro de ella para acercarla, directamente a mis brazos—. Por favor, no dudes de ti misma porque eres la mujer más increíble que he conocido jamás.

Ella inclina la cabeza hacia atrás para mirarme, con los ojos llenos de incredulidad e inocencia. —¿Entonces por qué no me deseas?

—Sí que te deseo —digo entre dientes, atrayéndola aún más y presionando un beso duro en su frente—. Simplemente, no soy el hombre que necesitas.

—Sí que te necesito, Damon. Te quiero a ti y te elijo a ti. Incluso si eso significa solo una noche.

Me aparto y le estudio el rostro. ¿Lo dice en serio? Porque si es capaz de compartir una noche de felicidad y no esperar más, ¿cómo demonios puedo decirle que no a eso? Joder, estoy en una pendiente resbaladiza y noto que me estoy deslizando.

Voy a ceder. Es inevitable.

—No quiero que dudes de ti misma porque te deseo con locura. Más de lo que he deseado a nadie jamás —susurro—. Pero necesito que entiendas y estés de acuerdo en que lo que pase aquí, se queda aquí. Cuando volvamos a casa, cada uno seguirá su camino.

—Con recuerdos increíbles.

—Sí. Pero necesito que estés segura, Carlotta.

Se pone de puntillas y presiona sus labios contra los míos. —Estoy segura, Damon —me dice en voz baja.

Esa última confirmación, susurrada contra mi boca, lanza al viento mis últimas reservas. Me agacho, la cojo en brazos y me doy la vuelta para volver a entrar en la cabaña. Esta noche será una noche que ninguno de los dos olvidará jamás.

Me aseguraré de ello.

CARLOTTA

He tomado una decisión y ya no hay marcha atrás. Deseo a Damon más que a nada y ahora sé que él también me desea a mí. Y si eso significa solo una noche, que así sea. Estoy lista.

Me levanta en brazos y yo le rodeo la cintura con las piernas. Una vez que volvemos a entrar en la cabaña, cierra la puerta de una patada, echa el cerrojo y me lleva de vuelta a la chimenea. Con una mano, coge la manta, la sacude y la extiende en el suelo. Luego se agacha despacio, me tumba con delicadeza y captura mi boca en un beso lento y sensual que envía deliciosas descargas por todo mi cuerpo.

Me encanta cómo puede ser tan exigente en un momento y al siguiente bajar el ritmo, moviéndose tan despacio, con tanta provocación, que me dan ganas de llorar. Nuestras lenguas se exploran y él recorre la comisura de mis labios con la suya antes de empezar a besarme el cuello. Se está tomando su tiempo, es increíblemente meticuloso y yo estoy a punto de derretirme y convertirme en un charco en el suelo.

En el momento en que lame y luego succiona suavemente el punto justo debajo de mi oreja, gimo. No sé por qué, pero, madre mía, ese

punto hace que pierda un poco la cabeza.

—¿Es ese tu punto débil, cariño? —pregunta con voz ronca. Pero antes de que pueda responder, su mano se desliza entre mis piernas y pierdo toda capacidad para formar una frase coherente. Sus dedos empiezan a acariciarme y me arqueo contra su mano, necesitando más.

Como si pudiera leerme la mente, desliza un dedo, y luego dos, dentro de mí y los mete y los saca. El calor y la fricción empiezan a aumentar y, cuando su pulgar me toca el clítoris, frotando y encontrando la presión justa, todo mi cuerpo se tensa y explota de la forma más maravillosa.

Grito y él me besa con fuerza mientras me sube la camiseta y me la quita, tirándola a un lado. El fuego crepita y todo está muy caliente: las llamas, mi cuerpo, su contacto. El resplandor de la lumbre ilumina mi cuerpo, recordándome que ahora estoy completamente desnuda. Él retrocede y su mirada recorre lentamente mi desnudez, empapándose de cada una de mis curvas.

—Eres jodidamente preciosa —dice, deslizando las manos por mis costados y sobre mis caderas—. Voy a besarte cada una de las curvas de tu cuerpo. A darte tanto placer... a hacerte gritar...

Siento que mis entrañas se licúan y necesito sentir su piel contra la mía. Alargo la mano hacia su camisa, se la subo con manos temblorosas y él me ayuda, pasándosela por la cabeza. Luego se tumba sobre mí, cubriéndome con su pesado cuerpo, y lame la curva de mi pecho. Al cabo de un minuto, se desliza hacia el otro, enroscando la lengua alrededor del pezón erecto. Cuando lo introduce en su boca, me alegro de estar ya tumbada o me habría caído al suelo al flaquearme las rodillas. Sienta tan rematadamente bien que tiemblo como un flan.

Sus labios, su boca y su lengua son una auténtica maravilla y cada terminación nerviosa de mi cuerpo responde a sus toques, a sus caricias. Me estoy perdiendo en una neblina sensual. Llego hasta el

bulto enorme y durísimo que abulta en sus pantalones cargo y le paso la mano por encima. Cuando lo aprieto ligeramente, gime, empujando las caderas hacia delante y llenando mi mano con su polla, que es mucho más grande de lo que había imaginado.

Oh, vaya. Mordiéndome el labio inferior, enrosco las piernas a su alrededor, engancho un pie en su pantorrilla e intento atraerlo más cerca. Justo donde lo necesito, rozándome, girando mis caderas.

—Por favor —murmuro, sin siquiera reconocer mi propia voz. Suena tan desesperada y ronca, goteando necesidad. Igual que mi centro.

—Me estoy tomando mi tiempo contigo —dice, bajando por mi cuerpo y dejando besos por todas partes.

Dios, estoy tan acalorada que lo único que puedo hacer es retorcerme, girar y gemir. Deslizo los dedos por su pelo y él me separa más las piernas y, antes de que pueda decir nada, su boca se aferra a mi coño de nuevo. Lamiéndome hasta llevarme a un auténtico frenesí. Estoy tan sensible que no sé cuánto más de esta dulce tortura podré soportar.

—Por favor... no puedo... —Me retuerzo y siento cómo una intensa presión vuelve a crecer. Joder, este hombre sabe cómo provocar orgasmos.

Tras otra lamida, se aparta, se levanta y dice:

—Espera, cariño.

Mi visión es borrosa mientras lo observo alejarse, con un andar un poco desigual, y luego agacharse para rebuscar en su bolsa de lona. Dios, ese culo suyo es una obra de arte y quiero morderlo. Cuando se da la vuelta, veo el preservativo en su mano y mi corazón empieza a latir al doble de velocidad. Este es el momento: estoy tumbada en el suelo frente a un fuego crepitante, desnuda y reluciente, y estoy a punto de tener sexo. Con ojos codiciosos, lo veo quitarse los pantalones cargo y los calzoncillos tipo bóxer negros, y contengo la respiración.

El cuerpo de Damon es aún más increíble de lo que jamás hubiera imaginado. Literalmente perfecto en todos los sentidos: desde su rostro cincelado hasta sus anchos hombros, esos abdominales perfectamente marcados y esa monstruosa polla erecta. Se me hace la boca agua.

Lo deseo desesperadamente y está a punto de ser todo mío.

Por una preciosa noche, me recuerda una vocecita. Así que disfrútala mientras puedas.

Sí, pienso disfrutar cada increíble segundo.

Levanto los brazos, buscándolo, y él se arrodilla, me coge las manos y me besa los nudillos. Luego me suelta, rasga el envoltorio y desenrolla el preservativo a lo largo de su miembro. No puedo evitar fijarme en su punta goteando y en la ligera mueca de su cara. Creo que le duele tanto como a mí.

Se apoya sobre los codos, acomodándose entre mis piernas, y me besa profundamente. El primer contacto de su polla de acero contra mi coño empapado y suelto un gemido suave y necesitado. Me ha dejado al borde de un orgasmo y necesito liberarme tanto como él. Me arqueo, intentando meterlo en mi cuerpo, y lo siento empujar hacia delante.

Mi cuerpo se estira y, por un momento, me entra el pánico, sin saber si podré acogerlo. Pero él se retira de inmediato y vuelve a entrar, esta vez más profundo. Una punzada aguda me hace jadear.

—Puedes, cariño. Tú relájate —me engatusa.

Mis piernas se abren más y su dedo encuentra mi clítoris. Su tacto descontrola mis sentidos y mi cuerpo responde, estirándose, acogiéndolo por completo. Una vez que ha entrado del todo, le clavo las uñas en los hombros, intentando acostumbrarme a él.

—¿Ves qué bien me acoges? —Sale casi por completo y vuelve a entrar, mientras sus dedos obran su increíble magia.

Oh, Dios mío. No sé cuánto más de esto podré soportar. La sensación de escozor ha desaparecido y ahora cada terminación nerviosa hormiguea, palpita, baila como si estuviera concursando en el mismísimo «¡Mira quién baila!» y marcándose un chachachá. O, en este caso, el mambo horizontal.

Se mueve con lentitud y delicadeza, embistiéndome con largas y profundas embestidas que me están llevando al límite a toda velocidad. Aguanto todo lo que puedo, pero no soy rival para su experiencia, para la destreza que tiene sobre mí. Está tocando mi cuerpo como un maldito violín y me encanta cada segundo.

Un instante después, mi orgasmo me golpea con fuerza. Con un grito, me dejo llevar por la ola de placer que inunda mi cuerpo, con escalofríos que recorren cada una de mis extremidades y terminan en las yemas de los dedos de las manos y los pies, y en los folículos pilosos. Dios santo, esto es mejor de lo que jamás imaginé, pero sé por qué. Es por Damon. No me cabe duda de que el que se haya tomado su tiempo y haya sido tan cuidadoso conmigo es la razón por la que ahora mismo me estremezco con un orgasmo de cuerpo entero.

¿Habría hecho eso Rendall? Ni de coña. Lo único que hacía era darme besos desganados y meterme mano de vez en cuando. No tenía la pasión de Damon. Nunca me sentí bien ni a gusto, y estoy tan agradecida de no haber cedido y haberme acostado con él solo para perder la virginidad.

Sobre mí, Damon eleva más mis caderas y empieza a embestir más fuerte, más rápido, en busca de su propio orgasmo. Le llega rápido y levanto la vista. Nuestras miradas se conectan y él me mira a los ojos, al alma, mientras sus caderas siguen bombeando y se vacía por completo. Todo su cuerpo se tensa y luego se estremece. Después, se inclina y me besa. Es un beso profundo y lento, y aún puedo sentirlo palpitando dentro de mí.

No quiero que este momento acabe nunca. Nunca me he sentido tan conectada a otra persona. Es casi... mágico.

Durante un largo rato, ninguno de los dos se mueve. Pero entonces él se retira lentamente y, tras otro beso suave, se levanta. Lo observo alejarse, incapaz de apartar la mirada de su culo prieto. Tira el preservativo y luego coge un paño de cocina. Se arrodilla y me limpia con delicadeza la sangre de los muslos. Trago saliva, incómoda porque no estoy acostumbrada, pero agradecida.

Hace una bola con el paño, lo tira a un lado, coge unos cojines, se vuelve a tumbar y me atrae a sus brazos.

—¿Estás bien? —susurra, pasándome una mano por la cabeza y el pelo. Enrosca los dedos en un mechón, jugando con él, y suspiro suavemente.

Asiento con la cabeza, con la mejilla apoyada en su firme pecho. — Sí. Ha sido...

—Increíble —termina él, estrechándome en sus brazos.

Me alegro de no ser la única que lo piensa.

Estar en sus brazos es tan cómodo, tan sumamente perfecto, que mis párpados se cierran. Sigue jugando con mi pelo y me arrulla hasta dormirme. La sensación de sus brazos cálidos y fuertes a mi alrededor, abrazándome, me hace saber que estoy a salvo y, antes de darme cuenta, me quedo dormida mientras el fuego crepita a nuestro lado.

Mis sueños están llenos de Damon. Solo veo sus ojos oscuros e intensos y su olor ligeramente especiado me invade. Todavía puedo saborear sus besos y, en mis sueños, me arqueo ante sus caricias. Nunca pensé que encontraría a alguien como él. Me sosiega a todos los niveles y, aunque sé que nos hemos precipitado, dejó claro que solo puede prometerme una noche gloriosa.

Aunque, técnicamente, dijo que lo que pasara aquí, se quedaba aquí. Como en Las Vegas. Así que estoy pensando que, si tenemos un par de noches más, lo lógico es disfrutar de nuestra mutua compañía. No hay nada de malo en eso, ¿verdad? Sobre todo

cuando la atracción entre nosotros es peligrosa, incontrolablemente combustible y arde sin control.

Pase lo que pase, me niego a arrepentirme de haberme acostado con Damon y, dure lo que dure esto, voy a deleitarme en todos y cada uno de los momentos.

No sé cuánto tiempo duermo, pero en algún momento mis ojos se abren y ya no estoy en los brazos de Damon. Debe de ser mitad de la noche. Miro a mi lado y veo a Damon tumbado, con la vista fija en el fuego.

—¿Por qué estás despierto? —pregunto, frotándome los ojos y acercándome.

—He echado otro leño al fuego —dice—. Y no quería despertarte al volver a abrazarte.

Me estiro sobre su cuerpo. —Siempre puedes despertarme..., con abrazos, con besos o como te parezca.

Enarca una ceja. —¿Ah, sí?

—Desde luego. —Trazo perezosamente un dedo alrededor de su pezón plano y luego deslizo la mano por la ligera capa de vello de su pecho. Es tan masculino y sexi a más no poder en todos los sentidos posibles. Cuando pienso en las cosas que hicimos, en las cosas que todavía quiero hacer con él, se me hace la boca agua—. La noche aún no ha terminado, ¿sabes?

Recorre mi columna con los dedos en una caricia ligera como una pluma. —¿No estás dolorida?

—Un poco —admito—, pero se me ocurren algunas cosas que todavía podemos hacer. Que yo puedo hacer por ti.

El calor se enciende en sus ojos. —No tienes que hacer nada, Carlotta. Quiero que esta noche sea para ti.

—Pero...

—Sin peros, cariño. Si te sientes juguetona —y estás dispuesta—, voy a ocuparme de ti.

—¿Pero y tú?

—Yo estoy bien por ahora.

Vaya, eso sí que es inesperado. Estaba insinuando una mamada y no me imagino a muchos hombres diciendo lo que acaba de decir Damon. Dios, es un caballero además de un amante consumado. ¿Cómo voy a ser capaz de alejarme de este hombre?

—Así que, dime. ¿Hay algo que necesites..., algo que quieras? —pregunta, con la voz ronca. Una vez más, empieza a jugar con mi pelo y dejo escapar un suave suspiro.

Asiento, lanzándole mi mirada más seductora.

—¿El qué?

Oh, Dios, va a hacer que lo diga. —A ti —murmuro, esperando salirme con la mía con esa simple respuesta. Pero, por supuesto, no la acepta sin más.

—No, cariño, necesito que lo digas. Dime exactamente lo que quiere mi niñita traviesa. Y entonces te lo daré.

Hay una cosa que he disfrutado especialmente, pero ¿cómo le digo que quiero sexo oral? Dios, qué vergüenza.

—Lottie, dímelo —ordena.

Dejo escapar un suspiro y parpadeo. —Quiero... —Pero las palabras se me atascan en la garganta.

—¿Qué quieres, cariño? —Desliza la mano por mi culo, lo agarra y lo aprieta.

—Eh..., quiero tu boca sobre mí —logro decir.

—¿Dónde exactamente te gustaría que pusiera la boca? —Como no respondo de inmediato, me da un beso en el pelo—. ¿Aquí?

Niego con la cabeza.

—¿Aquí? —Sus labios me rozan el hombro desnudo.

Me aclaro la garganta. —Más abajo —le digo, y él me dedica una sonrisa pícaro.

—¿Qué tal aquí? —Sus dedos me recorren el vientre y rodean el ombligo. Hundo el índice y siento una descarga eléctrica que me atraviesa directa hasta el coño.

—Te estás acercando.

—Dímelo, Carlotta. —Su mano se desliza más abajo, entre mis muslos, y gimo.

—Casi —murmuro. Cuando no la sube para tocar mi centro húmedo, sé que está esperando a que le diga exactamente dónde. Lo único que puedo hacer es rendirme—. Quiero tu boca en mi coño, chupándome hasta llevarme a un orgasmo como has hecho antes.

—¿Y mis dedos? —pregunta.

—Esos también puedes usarlos.

Él se ríe entre dientes. —Así me gusta, mi niña buena.

Entonces me aparta de su pecho y me tumba bocarriba. Lo observo mientras se desliza por mi cuerpo, que ya tiembla de anticipación. Sus ojos se encuentran con los míos y esboza una sonrisa. Luego desliza las manos bajo mi culo, levantándose las caderas del suelo, y hunde la cabeza entre mis piernas.

Y se da un festín y otro y otro. Hasta que grito su nombre y suplico clemencia.

ARCHER

Me encanta darle placer a Carlotta, llevarla hasta el límite y luego verla explotar en espasmos cuando le llega el orgasmo.

A veces lo alargo todo lo posible, llevándola al borde del abismo y obligándola a esperar para hacerlo todo mucho más intenso. Pero, fiel a mi palabra, hago que el resto de la noche gire solo en torno a ella. Por mucho que me gustaría hundirme de nuevo en su cuerpo caliente y húmedo, sé que está dolorida y no quiero hacerle daño.

Joder, supongo que es lo menos que puedo hacer.

Por muy fuerte, independiente y descarada que sea, la pequeña de los Rossi también tiene un lado vulnerable. Quizá porque siempre ha vivido a la sombra de sus extraordinarios hermanos o posiblemente porque posee una naturaleza dulce y amable que a veces la vuelve tímida. Sea lo que sea, la noche entera me ha sorprendido.

Sería una buena madre, pienso, mientras juego con su pelo y la observo dormir.

Oh, joder, ¿de dónde ha salido ese pensamiento? Suelto el mechón castaño y me alejo un poco más. El matrimonio y los hijos no

forman parte de mi futuro. Siempre lo he sabido. Mi vida es demasiado peligrosa como para planteármelo.

¿Por qué me hace pensar cosas tan impropias de mí?

Carlotta tiene algo diferente. Me gusta, y mucho, y no me esperaba la lujuria irrefrenable que se apodera de mí cuando estoy con ella. Y no puedo negarlo: el sexo es excepcional. Jodidamente alucinante, y todavía estoy intentando averiguar por qué es tan bueno. He dormido con mujeres con más experiencia que me han regalado noches memorables. Pero, de todas ellas, es de esta pequeña fiera a mi lado de la que quiero más.

Joder. Ese es un pensamiento muy peligroso. Tú no quieres más, Archer. Has follado, has tenido tu noche con ella. Ahora podéis seguir cada uno por vuestro lado.

¿No?

Es más fácil responder que sí a esa pregunta cuando estamos en pleno apogeo frente a la chimenea durante toda la noche. Sin embargo, cuando amanece y la luz se cuela por las cortinas, es mucho más difícil. ¿Cómo demonios se supone que no voy a volver a tocarla? ¿Que simplemente me aparte y finja que nada de esto ha pasado?

Imposible. Sobre todo mientras seguimos aquí juntos.

Sé que lo de una noche fue mi brillante idea, pero también mencioné que lo que pasa aquí, se queda aquí. Así que, mientras sigamos en la cabaña y en la misma onda, supongo que está bien seguir teniendo sexo. Porque la pura verdad es que estar dentro de ella una sola vez no ha sido suficiente.

Necesito más. Mucho más. Quiero tomarla de nuevo, en diferentes posturas y en varios lugares. Hay tanto que quiero mostrarle, enseñarle.

Me siento tan bien con ella que me devano los sesos para entender por qué. La idea de que nunca se haya acostado con nadie más que conmigo es muy atractiva y saca a relucir mi lado posesivo incluso más de lo habitual. Tiene que ser eso. Es la única explicación que tiene el más mínimo sentido para mí.

Carlotta emite un sonido suave y se estira como una gata satisfecha, prácticamente ronroneando. Sus bonitos ojos oscuros se abren con un aleteo y una sonrisa tímida curva su boca.

—Buenos días —digo, encantado de lo relajada y contenta que parece. Tiene la expresión de una mujer muy satisfecha, gracias a mí, y mi pecho se hincha un poco. De alguna manera, siempre consigo que me sienta orgulloso de mí mismo.

—Buenos días. —Se apoya en un codo, sujetando la manta sobre el pecho. Me siento tentado a bajarla y chupar esos preciosos pechos suyos, pero consigo contenerme—. ¿Qué haces despierto tan temprano?

—Admirándote.

—Oh, por favor, para. Por la mañana soy un desastre.

—No, estás preciosa —insisto.

Por un momento, nos miramos el uno al otro.

—Sobre lo de anoche... —empiezo.

—Por favor, no me digas que te arrepientes de lo que hemos hecho. Por favor —añade en voz baja—, porque probablemente ha sido la mejor noche de mi vida.

—No, para nada, cielo. Solo quiero saber qué piensas y cómo te gustaría que procediéramos.

—¿Procediéramos? —repite, ladeando la cabeza.

Me encojo de hombros. —Sé que dije que solo una noche, pero he pensado que mientras estemos aquí...

Mi voz se apaga y, por la mirada en sus ojos, sabe exactamente lo que estoy diciendo. O, en este caso, no diciendo.

—Para que me quede claro, ¿estás sugiriendo que continuemos lo de anoche mientras estemos en la cabaña?

Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. Si dice que no, no podré culparla. Pero, joder, me va a matar. —Sí.

Su boca se curva hacia arriba. Seductora, desafiante. —¿Mmm? ¿Te lo pasaste bien anoche, Archer? —bromea. Tan descarada.

Pequeña diabla. Sabe de sobra que sí. —Sí. Mucho. —Estoy a su merced y espero impaciente su decisión.

Se tumba boca arriba. —Voy a tener que pensármelo —murmura, y por su tono juguetón sé que no habla en serio.

—Diablesa —digo, y luego me arrastro hacia ella y empiezo a dejar besos donde encuentro piel desnuda. Su hombro, la clavícula, el cuello, la mejilla. Finalmente, mi boca captura la suya y nos besamos durante varios momentos muy largos y deliciosos.

Carlotta se echa hacia atrás, escudriñando mi rostro, y pasa los dedos por mi pelo. —Tú eres el que sigue queriendo ponerle un límite de tiempo a esto, no yo —me recuerda en voz baja.

Aparto la mirada, sabiendo que tiene razón, pero sabiendo también que es porque no hay otra opción. —Porque no quiero que te pase nada malo. Lo que hago es peligroso y el estilo de vida que llevo no es propicio para una relación.

—¿A qué te dedicas exactamente? —pregunta.

—Mi trabajo consiste en saber cosas. Y por la cantidad de dinero adecuada, comparto mi información.

Ella asiente lentamente. —¿Y compartes información con Miceli?

—Sí. Constantemente.

—Debe de pagarte bien —supone ella.

—Lo hace.

—Así que en realidad no sois amigos. Más bien socios.

Miceli me cae bien, sí, pero ella tiene razón. —Es más seguro así —le digo—. La gente que se acerca demasiado a mí...

Mi voz se apaga y ella frunce el ceño.

—¿Qué? —insiste.

—Tienen la manía de morirse —digo sin rodeos, y sus ojos se abren como platos—. Y, cariño, me niego a que eso te pase a ti. Por eso mantenemos esto, lo nuestro, en secreto y, sí, podemos darnos el gusto durante los próximos días. Pero eso es todo lo que puedo prometerte.

Parece que está sopesando mis palabras y luego vuelve a asentir. —¿Archer es tu apellido?

—Lo es. También es mi nombre en clave.

—Del ejército. —Sus dedos rascan suavemente el pelo de mi nuca—. ¿Y dijiste de qué rama eras?

Qué lista. —No lo dije. Pero estuve en el Ejército y luego me uní a la Fuerza Delta.

No estoy seguro de por qué estoy respondiendo a sus preguntas, pero por la razón que sea, lo hago. Quizá porque espero que la ayude a entenderme mejor. Aunque en realidad no importa. Tenemos suerte si nos quedan tres días enteros juntos.

Ese pensamiento me da una punzada en el corazón. No tiene sentido y no lo entiendo, pero mentiría si lo negara.

—No sé mucho sobre la Fuerza Delta. ¿A qué se dedica?

—Es una unidad de operaciones especiales de élite. Mi equipo se encargaba de las cosas más secretas. Eliminábamos objetivos de alto valor, desmantelábamos células terroristas, rescatábamos rehenes. Muchas misiones encubiertas en las que trabajábamos directamente con la CIA. Misiones de acción directa, también.

—¿Qué son esas?

—Incursiones, sabotajes, ese tipo de cosas —le explico. Nadie me ha preguntado nunca por mi época en la Delta y nunca pensé en contárselo a nadie. Pero algo en Carlotta hace que quiera hablar, abrir esa parte de mí que clausuré hace años después de dejar las operaciones especiales.

—¿Te gustaba?

Pienso detenidamente en su pregunta antes de responder. —Sí y no. El entrenamiento era de primera categoría y me enseñó todo lo que necesitaba saber para acabar con el enemigo. Mi equipo era el mejor. Hice muy buenos contactos y los he mantenido. Es una de las razones por las que puedo conseguir información tan rápida y fácilmente. Y nada me daba mayor satisfacción que eliminar a otro de los malos.

—Estoy escuchando un «pero» por ahí —dice en voz baja.

—Pero me pasó factura. Algunos días, todavía me la sigue pasando.

—¿Cómo? ¿Te refieres a pesadillas? ¿O a remordimientos?

—Ninguna de las dos cosas —le digo, intentando encontrar la mejor manera de explicar lo que quiero decir—. No me arrepiento de nada de lo que he hecho o he tenido que hacer para proteger a otros. Y no pierdo el sueño por los malvados a los que he matado.

—Entonces, ¿a qué te refieres con que te pasó factura?

—Por lo que he hecho y por lo que he pasado, me es imposible tener una relación normal. —Ella frunce el ceño y noto que no me cree—. Estoy roto, Carlotta. De una forma tan significativa que nunca podré

volver a sentirme completo. Acepto quién soy y lo que he hecho, pero no espero que nadie se conforme con los pedazos que quedan de mí.

—Creo que a veces dos personas rotas pueden unirse y ayudarse mutuamente. Pueden llenar los agujeros y los espacios vacíos. Pueden ofrecer sus pedazos y, de alguna manera, completarse el uno al otro.

—Quizá en las películas y en los libros. Pero en la vida real, eso no pasa. No hay un «y vivieron felices para siempre» para alguien como yo.

—Quizá necesites tener un poco de fe, Damon Archer.

Estoy harto de hablar de cosas tan serias y de perder el tiempo. Nunca podré arreglarme y no importa lo que Carlotta crea. Conozco la triste verdad y nada puede reparar de verdad mi alma. He visto y he hecho demasiado.

—Soy un hombre sin fe, Lottie. —Mantengo un tono ligero y le doy una palmada en el culo—. Y ahora, ¿qué tal un café? ¿Quizá un paseo por el bosque esta mañana?

Me levanto y camino hacia la pequeña cocina, cogiendo mis pantalones de pijama por el camino. Siento sus ojos en mi trasero y miro por encima del hombro.

—¿Ves algo que te guste, cariño? —pregunto.

—Sí —ronronea ella, levantándose también. Pero mantiene la manta envuelta alrededor de su cuerpo desnudo. Veo atisbos de piel aquí y allá, pero desde luego no lo suficiente.

—¿Por qué no dejas esa manta aquí fuera? —sugiero, poniéndome los pantalones mientras ella se dirige al baño.

Suelta una risa grave y gutural. —Ah, te encantaría, ¿a que sí?

—Puedes apostar tu dulce y mordible culo a que sí —gruño.

—¿Mordible? —Enarca una ceja—. No te atreverías.

—¿Eso crees? —la desafío.

En el momento en que rodeo la isla y empiezo a caminar hacia ella, chilla, corre al baño y cierra la puerta.

—Más te vale correr —murmuro por lo bajo, con la polla endureciéndose al pensar en todas las cosas que aún nos quedan por hacer.

Espero que esté preparada porque no pienso malgastar ni un solo minuto en los próximos días. Pienso aprovechar al máximo ese cuerpo delicioso que tiene y asegurarme de que esté satisfecha de todas las maneras posibles.

CARLOTTA

Mientras me miro en el espejo lavándome los dientes, llego a varias conclusiones. La primera es que parezco más feliz que nunca. Como una mujer a la que han follado de maravilla, y eso, al ser la primera vez que me pasa, lo hace deliciosamente excitante. Tengo las mejillas sonrosadas y un cosquilleo agradable me recorre la piel. Como una corriente que hace que me hormiguee todo el cuerpo. Todavía siento una punzada entre las piernas, pero no es desagradable. Es solo un recordatorio sexi de lo grande que es Damon y de lo que puede hacer con esa polla mágica que tiene. Me alegro de haber esperado por él; su experiencia hizo que la noche de ayer fuera inolvidable en todos los sentidos.

La segunda, que me hace feliz que esté empezando a abrirse a mí. Si tuviera que adivinar, diría que probablemente rara vez, o nunca, se sincera con nadie. Quizá, al hablar de su pasado, pueda encontrar algún tipo de sanación. Dijo que está roto y haré todo lo que pueda para ayudarlo a sentirse completo de nuevo. Piense lo que piense de sí mismo, sé que es un buen hombre. Un protector hasta la médula que defenderá a la gente a la que quiere.

Y la tercera, que voy a disfrutar de cada momento que pasemos aquí arriba, aislados juntos en esta cabaña. Él insiste en que no podemos

volver a vernos cuando regresemos a la ciudad, pero yo no estoy para nada de acuerdo con esa idea. De hecho, mi plan es hacerle ver poco a poco lo bien que estamos juntos. Porque si lo de anoche sirve de indicio, no veo cómo podría marcharse sin más.

Me llega el delicioso aroma a café recién hecho y estoy lista para mi dosis de cafeína. Después de ponerme de nuevo el pantalón de chándal y la camiseta de Damon y de recogerme el pelo en un moño despeinado, salgo del baño y me dirijo a la isla donde está sentado.

Saco el taburete que hay a su lado, me siento y cojo la taza humeante que me espera. La levanto, soplo un poco y doy un sorbo. —Gracias —digo. Estoy acostumbrada al café dulce y de sabores, pero, sorprendentemente, me doy cuenta de que este café solo no me disgusta.

—De nada.

Lo miro de reojo y el corazón se me acelera. Está empezando a afectarme, y eso me asusta. Sobre todo porque no quiere nada a largo plazo. Pero ¿cómo no va a afectarme? Su barba de unos días es ahora más espesa, casi una barba corta, y todavía recuerdo cómo me rozaba los muslos por la cara interna. Sus largos dedos rodean la taza; se la lleva a la boca y bebe. Esa misma boca que se aferró a mi coño una y otra vez anoche y me hizo gritar.

Me estoy poniendo cachonda y necesito refrescarme ya.

—¿Qué tal ese paseo? —sugiero.

Me mira y sonrío con suficiencia, como si pudiera oír mis pensamientos lascivos.

—¿Estás lista?

Asiento. —Sí. ¿Puedo llevarme el café?

Me lanza una mirada extraña. —Claro. Puedes hacer lo que quieras.

Supongo que ha sido una pregunta tonta, pero estoy tan acostumbrada a pedir permiso antes de hacer algo... No sé muy bien por qué. Quizá porque soy la pequeña y estoy acostumbrada a que me manden. O quizá porque es de buena educación.

—Asegúrate de abrigarte bien —me dice, y se termina el café—. Va a hacer frío ahí fuera.

Lo sigo hasta el armario y saca una chaqueta y una bufanda para mí. Me abrigo y lo observo mientras se pone su cazadora de cuero.

—¿Y tú? —le pregunto, dándole un codazo con el hombro.

—No necesito más capas. Ya me das suficiente calor tú.

Un agradable sonrojo me caldea las mejillas mientras salimos. Me alegra saber que le afecto tanto como él a mí. Bajamos los escalones y contemplo el cielo perfecto sobre nosotros. Hace sol, no hay ni una nube en toda esa belleza azul, pero desde luego hace frío. Uno de esos días frescos de finales de otoño en los que las hojas crujen bajo tus pies y la mente se te llena de ideas de chocolate caliente. Las fiestas se acercan a toda velocidad y me pregunto con quién piensa pasarlas Damon, ya que no tiene familia. La idea de que esté solo me inquieta. Mucho.

Tanto que decido sacar el tema.

Damon nos aleja de la cabaña, hacia el bosque. —Por aquí —dice, señalando un sendero.

—No me puedo creer lo rápido que ha pasado este año. Antes de que te des cuenta será Navidad.

Se limita a asentir.

—¿Algún plan para las fiestas este año? —pregunto, mirándolo de perfil. Inspiro hondo, admirándolo. Es demasiado guapo, por su propio bien.

—La verdad es que no —responde—. La Navidad es como cualquier otro día, ¿sabes?

Se me oprime el pecho. Pero no lo es. Debería pasarse con los amigos y la familia, intercambiando regalos, comiendo juntos, creando recuerdos. Damon Archer no tiene eso y se me rompe un poco el corazón por él.

Me mira. —Apuesto a que los Rossi os reunís todos para celebrarlo, ¿eh?

—Sí. Vamos todos a Sicilia para estar con mamá y papá. Es un lugar mágico en las fiestas; está todo decorado y hay muchísimas tradiciones que todo el mundo sigue.

—¿Cómo cuáles? —pregunta, pareciendo interesado.

—Bueno, fuera de las iglesias, montan belenes vivientes y encienden hogueras para mantener calentito al niño Jesús. Y hay procesiones. Una muy grande es la de Santa Lucía en Siracusa, y las calles se llenan de velas y flores de Pascua. Diciembre en Sicilia es increíble.

—Suenan bien —dice con voz más baja y pensativa.

—Lo es. Pero mientras esté con mi familia, no me importa dónde estemos. —Dudo un instante y luego suelto—: Sabes que siempre serás bienvenido si quieres venir.

Durante un largo momento, no dice nada y empiezo a sentirme tonta por habérselo ofrecido. Pero entonces me coge la mano, entrelaza sus dedos con los míos y dice: —Gracias. Es una oferta muy amable.

Cierro los ojos con fuerza e intento ignorar cómo estoy reaccionando a él... a su contacto... a sus palabras. Me gusta mucho más de lo que debería y siento que me estoy adentrando en un territorio muy peligroso.

Se supone que esto es solo un rollo, me recuerdo a mí misma con severidad.

Bueno, si eso es todo, ¿entonces qué coño hacemos de excursión? Deberíamos estar en la cama. Estoy lista para el segundo asalto y tengo que hacérselo saber, por si se está conteniendo porque cree que podría hacerme daño.

Dejo de andar en seco, tiro de él para acercármelo y alzo la vista hacia sus ojos, que me miran sorprendidos. Sin querer perder ni un segundo más, le agarro la chupa de cuero y me pongo de puntillas. —Pega tu boca a la mía, Damon —le ordeno con voz ronca.

El calor estalla entre nosotros y no tengo que pedírselo dos veces. Su boca se estrella contra la mía en un beso abrasador y lleno de necesidad. Me levanta del suelo y enrosco las piernas alrededor de su cintura. Nos devoramos y muevo las caderas contra las suyas para que sepa que lo deseo. Ahora.

La pasión nos consume. Me empuja contra un árbol cercano, desliza una mano por debajo de mis bragas y yo me froto contra él sin pudor.

—Joder, cariño. Estás empapada.

Mis dedos se aferran a su chupa y seguro que mis uñas están dejando marcas de media luna en el cuero. Me acaricia, desatando un frenesí absoluto, y gimo cuando desliza los dedos dentro de mi núcleo empapado. Estoy lubricada y dolorida, deseando el orgasmo que solo él puede darme.

—Dios, Damon..., por favor... —gimo, mientras sus dedos embisten y estimulan mi clítoris al mismo tiempo.

—¿Qué necesitas, cariño?

Va a hacer que lo diga, que se lo diga, y esta vez no siento ni pizca de vergüenza o duda. Le bajo la mano, le rodeo la polla dura con los dedos y se la aprieto. —Quiero tu polla hasta el fondo de mi coño. Ahora —exijo.

Mi respuesta, rápida y traviesa, debe de sorprenderlo, porque sus dedos dejan de moverse y sonrío contra mis labios.

—Esa es mi chica. No te cortes nunca a la hora de decirme lo que quieres.

—¿Y tú qué quieres? —replico, apretándosela con más firmeza.

—Joder, nena, lo quiero todo —dice con voz áspera, arrancándome los pantalones de chándal y las bragas.

Le doy tirones a los pantalones, forcejeando para bajárselos lo más rápido posible porque estoy salivando por este hombre. Caliente, desesperada y llena de un deseo lascivo. —Yo también quiero eso.

Me ayuda a bajárselos y su gloriosa polla queda libre. Me levanta más, su punta ingurgitada me roza la entrada, me agarro a sus hombros con fuerza y me dejo caer mientras él embiste hacia arriba.

Ambos soltamos un gemido ahogado y aprieto las piernas alrededor de su cintura, con la espalda apoyada contra la áspera corteza. Pero la chupa la protege, así que me elevo y vuelvo a hundirme, tragándomelo hasta la empuñadura.

—Te necesito —le susurro contra los labios—. Duro y rápido. Por favor...

—Pues eso tendrás —me asegura—. Agárrate, cariño.

Me agarra las caderas, clavándome los dedos en los costados, y empieza a embestir hacia arriba. Esta vez no se contiene y yo me quedo sin aliento. Quizá sea demasiado, pero, ¡oh, Dios mío!, la sensación es increíble. Un poco salvaje y sin restricciones, sus poderosas caderas bombean, estirándome al máximo, haciéndome sentir cada centímetro.

Es brusco y pura fuerza bruta, y me encanta. Incluso mejor que la noche anterior.

—Sí, oh, Dios, sí —grito, atrayéndolo hacia mí con cada dura embestida. Siento que voy a estallar en un rayo de luz.

No tengo ni idea de cómo se las arregla para sostenerme en vilo, colocar nuestros cuerpos en el ángulo perfecto y seguir embistiéndome, pero me da igual. Está claro que tiene múltiples talentos, porque también consigue encontrar mi punto dulce y darle una y otra vez. Grito, apretando los brazos a su alrededor, aferrándome a su cuerpo grande y fuerte como si me fuera la vida en ello. Mi coño se contrae con fuerza, ordeñándolo, y echo la cabeza hacia atrás mientras el orgasmo me golpea con la fuerza de un huracán.

Sí, el huracán Archer acaba de aterrizar y grito su nombre a las ramas casi desnudas de los árboles que se alzan sobre nosotros.

Siento el momento en que su control se quiebra y es delicioso. Maldice, gime contra mi cuello y muerde la suave piel de esa zona, calmándola inmediatamente con la lengua mientras todo su cuerpo se estremece y estalla.

Pero entonces noto una sensación diferente. Se me ocurre tardíamente que acaba de explotar dentro de mí... sin protección. Cierro los ojos con fuerza y nos mecemos el uno contra el otro mientras me llena, corriéndose con fuerza. Chorros húmedos, calientes y palpitantes.

La idea de quedarme embarazada se vuelve de repente muy real. Y si solo nos hemos prometido unos días, ¿entonces qué demonios estamos haciendo?

Eso es lo que dice mi lado lógico. Pero mi coño está llorando y apretándolo con fuerza, y está jodidamente feliz. Supongo que siempre ha sido una zorra ilógica.

Bueno, lo hecho, hecho está. Levanta la cabeza y nuestras miradas se encuentran; ambos somos conscientes de las posibles consecuencias de lo que acabamos de hacer. Pero no se retira, se

queda hundido en mi interior, y entonces captura mi boca en un beso lento y profundo que hace que se me encojan los dedos de los pies.

Sin ninguna duda, sé que me estoy enamorando de él. Y me estoy enamorando tan fuerte y tan rápido que da miedo. Durante un largo rato, nos abrazamos y seguimos besándonos como si nos fuera la vida en ello. Después de lo que parece una eternidad, me levanta lentamente, retirándose, y me vuelve a poner de pie.

—No hemos usado nada —susurro.

—Lo sé, no tengo excusa. Lo siento. Si pasara algo...

—Ya lo solucionaríamos —lo interrumpo, agachándome para coger las bragas y ponérmelas. Tengo la entrepierna caliente, pegajosa y húmeda, pero intento ignorarlo. Sin embargo, es un poco difícil ignorar su semen goteando de mi cuerpo, pero hago todo lo posible por actuar con naturalidad.

Cuando volvemos a estar completamente vestidos, me atrae hacia él y me besa con fuerza.

—No debería habértelo hecho a pelo, nunca lo hago. Quiero que sepas que estoy limpio y que no he tenido sexo sin protección desde Caitlin.

—¿Caitlin? —frunzo el ceño.

—Mi exnovia. Salimos hace cinco años.

—Ah —o sea, ¿qué coño se supone que debo decir a eso? Acabamos de tener un sexo ridículamente increíble sin condón y ahora me está diciendo el nombre de su exnovia cuando yo podría estar embarazada.

Se me cae la cara de la decepción.

—¿Carlotta?

—¿Mmm?

—Mírame, cariño.

Como no me muevo, me pone un par de dedos bajo la barbilla, levantándola y obligándome a mirarlo a los ojos.

—Si pasa algo, no te abandonaré.

Asiento, agradecida, pero al mismo tiempo, consumiéndome de celos por una chica con la que se acostó hace cinco años. Es una tontería y no tiene ningún sentido. Sobre todo porque no nos hemos prometido nada. Bueno, nada más que unos gloriosos días de follar.

Sin embargo, siento que quiero más —necesito más— de él. Y eso me está llevando a un terreno muy peligroso.

—Hoy en día hay muchas opciones —digo de forma distraída, aunque sé que nunca sería capaz de abortar. ¿Acabar con la vida de un bebé inocente? Ni hablar. La culpa me perseguiría para siempre. Además, la idea de un hijo que sea mitad yo y mitad él...

Me muerdo el labio inferior; la idea me gusta mucho más de lo que debería.

Damon no dice nada y echamos a andar de nuevo. Cada paso me recuerda lo que acabamos de hacer. Estoy dolorida y tengo las bragas empapadas. Salir de esta sin quedarme preñada sería un milagro, porque ese hombre me acaba de follar con tanta fuerza que me tiemblan las piernas y todavía tengo la vista nublada.

Mentalmente, calculo a toda prisa en qué punto de mi ciclo estoy y si un embarazo es siquiera una posibilidad real.

Joder. La respuesta es que sí. Un sí rotundo. Sinceramente, no creo que pudiéramos haber elegido un momento mejor para hacerlo, porque debería estar ovulando ahora mismo. Mordiéndome la uña, me doy cuenta de que cinco minutos de empotramiento contra un árbol podrían haber cambiado el rumbo de mi vida por completo.

Y, aun así, no me arrepiento ni de un solo instante. De hecho, si tener un hijo suyo significa mantener a Damon en mi vida, me

parece bien. Porque me he dado cuenta de que es un hombre herido y no hay nada que desee más que ayudarlo.

Sé mejor que nadie que, a veces, la familia puede ayudar de la forma más milagrosa. Te da un hogar y un lugar al que siempre puedes retirarte para reponerte a salvo cuando el mundo se vuelve demasiado hostil. No te juzga y te quiere con locura.

Quizá eso sea exactamente lo que Damon necesita. Una buena familia que lo acoja.

ARCHER

Después de nuestro paseo por el bosque, o quizá debería decir nuestro revolcón por el bosque, Carlotta y yo volvemos a la cabaña. Me dice que va a ducharse y todo tipo de pensamientos e imágenes lascivas me llenan la cabeza. No puedo dejar de pensar en la gran ducha rústica, con el agua cayendo sobre su cuerpo desnudo. Sé que nuestro tiempo se está agotando y quiero aprovecharlo al máximo.

Como la bestia insaciable que soy, me quito la ropa, me aseguro de coger un condón esta vez y entro tranquilamente en el cuarto de baño. Ella me mira, sus ojos se abren como platos y después sonrío para darme la bienvenida.

—¿Te importa que me una a ti? —pregunto con voz ronca mientras me acerco.

—Esperaba que lo hicieras —dice ella, recorriendo mi cuerpo con la mirada. Ya estoy medio empalmado y es imposible ocultarlo.

Tomo a Carlotta en mis brazos y, durante los siguientes cuarenta minutos, me encuentro perdido en ella, perdido en un paraíso que nunca antes había conocido. Por eso parece que nunca tengo suficiente de ella. Hay algo tan increíble que sucede cuando estamos

juntos, en el momento en que nuestros cuerpos se unen, y es más allá de lo indescriptible. Diferente a todo lo que he experimentado antes. Lo único que sé es que llena mis espacios vacíos y ya no me siento tan destrozado ni tan solo.

Cuando el agua empieza a salir fría, la cierro, cojo una toalla y la envuelvo con ella. Luego la llevo en brazos al dormitorio del desván y la tumbo en la cama. Me estiro a su lado, nos besamos, nos tocamos y exploramos nuestros cuerpos a fondo. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Después de pasar la mayor parte del día en la cama, estoy muerto de hambre. Decidimos bajar a la cocina y preparar un plato fácil y reconfortante. Nuestras opciones son limitadas, pero encuentro una pizza congelada grande y nunca nada me ha sabido tan bien. La devoramos y hablamos mientras comemos. Nunca me he abierto tanto con una mujer, pero confío en Carlotta. Incluso le hablo de mi tío, con quien viví después de que mis padres murieran.

—Mi tío Bill era un exmilitar y estoy agradecido de que me acogiera cuando no tenía adónde ir, pero no era un hombre cariñoso. Me dio de comer, me procuró un techo y se aseguró de que fuera al colegio, y poco más.

—Todos los niños necesitan saber que se les quiere —dice Carlotta—, con palabras y gestos. Mi familia es muy cariñosa. Siempre nos estamos abrazando y gastando bromas. No me la imagino de otra manera.

—Mi tío no tenía hermanos y mi tía no podía tener hijos, así que, para ser sincero, no creo que supiera qué hacer conmigo. Llegué a su casa después de que la tía Sue ya hubiera muerto y la mitad del tiempo creo que le hubiera gustado entregarme a un orfanato o algo así.

—Qué horror.

—No era una mala persona. Simplemente... me ignoraba.

Y a veces eso es lo peor que se le puede hacer a un niño. Joder, a cualquiera. Hacer que alguien se sienta invisible y como si no importara es una sensación terrible.

—Lo siento mucho, Damon —dice, posando una mano sobre la mía.

—No podía hacer gran cosa al respecto —digo, encogiéndome de hombros—. Probablemente por eso soy tan solitario. No necesito mucho en lo que respecta a la gente y las relaciones.

Me aprieta ligeramente la mano. —Necesitas más de lo que crees y eres digno de amor y cariño.

Siento una opresión en el pecho —o quizá sea mi corazón, normalmente frío y vacío— y sus palabras me golpean con fuerza, a un nivel visceral. ¿Tiene razón? ¿Soy digno de ello? Durante tanto tiempo me he cerrado a los demás, diciéndome siempre que no necesito a nadie, que la vida es más sencilla cuando estoy solo. El recuerdo de Caitlin me golpea como un puñetazo en el estómago y dejo caer mi porción de pizza, con el apetito hecho polvo.

Aún puedo ver su cuerpo tendido en el suelo del dormitorio, su sangre empapando la alfombra beis. Unas manchas carmesí que nunca saldrían y una imagen espantosa que quedaría grabada en mi mente para siempre.

—¿Qué pasa? —pregunta en voz baja, percatándose de mi pesadumbre.

El impulso de contárselo me obliga a hablar. Nunca le he confiado a nadie la muerte de Caitlin, y no he hablado de ello desde que llegó la policía aquel día, hace ya cinco años.

—Tuve una novia una vez —le digo a Carlotta en voz baja, y ella se inclina hacia delante, escuchando atentamente—. Se llamaba Caitlin.

Dejo escapar un suspiro, deseando siempre que la situación hubiera podido terminar de otra manera. Que hubiera tenido las narices de romper con ella cuando sabía que las cosas no funcionaban. Pero

supongo que, en el fondo, siempre supe que no teníamos futuro juntos. Nuestra relación era algo del aquí y ahora, nada que yo viera como permanente y que llevara al matrimonio y a los hijos. Pero en lugar de enfrentarme a ella como un hombre y poner fin a las cosas, simplemente huía a la siguiente operación.

—Sí, la mencionaste. ¿Qué pasó? —pregunta en voz baja.

Nuestros dedos se entrelazan y bajo la mirada, necesitando su contacto más de lo que ella se imagina. —Bueno, aprendí que era un novio terrible.

—¿Por qué dices eso?

—Siempre puse mi trabajo en primer lugar, algo que tenía que hacer cuando era un agente de operaciones especiales. Teníamos que irnos de misión de un momento a otro. Así eran las cosas, para eso me había alistado. Pero, en retrospectiva, me doy cuenta de que usaba mi trabajo como una excusa, como una muleta.

Ella espera pacientemente mientras ordeno mis pensamientos, intentando encontrar la mejor manera de compartir mi historia. La mejor manera de que sepa lo gilipollas que fui.

—Nos fuimos a vivir juntos y, después de unos meses, sentí que me distanciaba. Quizá perdí el interés o quizá fue porque estaba muy centrado en el trabajo. Pero sabía que debía romper con ella. Sin embargo, no lo hice, porque no quería lidiar con su disgusto y con el drama de que se mudara y probablemente me odiara. Así que, en lugar de afrontar nuestra relación fallida, me escapaba a las misiones y descargaba mi ira y frustración con el enemigo.

Dios, cómo me gustaría tomarme una cerveza. Tener que enfrentarme a mis fracasos pasados sobrio es un poco abrumador. ¿Y compartirlos con Carlotta? No es lo más fácil que he hecho en mi vida. De hecho, es jodidamente brutal y me hace sentir como la peor escoria.

—Así que estaba fuera en una operación y, durante todo el tiempo, no dejé de pensar en cómo iba a romper con ella cuando volviera. Estaba decidido a hacerlo esta vez. A veces las cosas no funcionan, así es la vida, ¿no? Sencillamente, no quería seguir fingiendo. Quizá ambos sabíamos que se había acabado. No lo sé. Normalmente, de camino a casa, solía llamarla para avisarla, pero esta vez no me molesté. El teléfono sonó cuando ya casi estaba en casa y vi su nombre, pero... no contesté. Supuse que la vería en un par de minutos, ¿no? Cuando entré en el camino de entrada, aparqué y me quedé sentado un minuto, preparándome para enfrentarme a ella y decirle que se había acabado.

Se me revuelven las tripas al recordarlo.

—¿Cómo se lo tomó?

—Nunca llegó a escuchar mi rollo. A mitad del camino de entrada, me di cuenta de que la puerta principal estaba entreabierta. Dejé caer mi bolsa de lona, cogí mi Glock y entré. El sitio era un desastre, como si alguien lo hubiera destrozado. Faltaban cosas, otras estaban rotas, y supe que nos habían robado. Recuerdo que la llamé por su nombre, avanzando por la casa, pero no contestó.

Hago una pausa y respiro hondo para tranquilizarme. Carlotta sigue sujetando mi mano y eso me da fuerzas para continuar.

—Intuí que algo iba mal y, cuando entré en el dormitorio, la vi. Tumbada en el suelo en un charco de sangre, con un par de heridas de bala en el pecho. Tenía el móvil aferrado en la mano. Había intentado llamarme y yo no le había hecho caso.

—Oh, Dios mío.

—Llegué demasiado tarde. Ya se había ido, los ladrones ya se habían ido y no había nada que pudiera hacer, salvo llamar a la policía. Al final, atraparon a los cabrones responsables y fueron a la cárcel por su asesinato. Dejé el ejército poco después porque mi concentración estaba completamente dispersa. Me culpé a mí mismo por lo que

pasó. No estuve allí y sé que podría haberlo evitado. Habría detenido a esos cabrones y Caitlin seguiría viva.

—No es culpa tuya —dice Carlotta en voz baja—. ¿Y si no hubieras podido detenerlos? Podrías haber salido herido o algo peor.

—Los habría detenido de un puto balazo en la cabeza. Te lo aseguro —afirmo con voz sombría, y no se me escapa el escalofrío que recorre su cuerpo.

—Quizá, pero no tienes ni idea de lo que podría haber pasado. Fue algo horrible lo que ocurrió, pero no puedes culparte.

—Pero lo hago. Cada día durante los últimos cinco años. Y me odio por no haber estado allí para protegerla y, aún más, por querer romper con ella.

—Oh, Damon, siento muchísimo que tuvieras que pasar por eso. Pero, por favor, créeme cuando te digo que no fue culpa tuya. Fue una tragedia, sin más, y no tuvo nada que ver con que quisieras terminar la relación.

—Nunca la quise —admito con voz baja y torturada—. Ella decía las palabras con tanta libertad y yo ni siquiera era capaz de pronunciarlas. Me dijo que las diría cuando estuviera preparado, pero no fui capaz de darle lo que ella quería o merecía. Nunca se las dije. No creo que sea capaz de una emoción tan profunda. Con nadie.

Nuestras miradas se encuentran y ella niega con la cabeza.

—Querías a tus padres, ¿verdad? —pregunta.

—Supongo. Fue hace tanto tiempo y apenas los recuerdo. Simplemente he aceptado que estoy roto, Carlotta. Nada puede arreglarme.

Carlotta me suelta la mano y se pone de pie, con las manos en las caderas. Tan peleona, tan decidida a demostrarme que me equivoco. —El amor puede arreglarte, Damon Archer. Puede sellar las grietas y

reparar tu alma. No dudes de su poder. He visto su fuerza sanadora de primera mano con todos mis hermanos. —Su voz se suaviza, volviéndose más dulce—. Quizá no siempre es amor romántico. Podría ser el amor de un amigo, el amor de una familia o el amor de un hijo. Prométeme que no te rendirás.

Extiendo las manos y ella las coge al instante. —¿Cómo te has vuelto tan sabia? —pregunto, tirando de ella para que se siente en mi regazo.

—Soy sabia —declara con picardía, acunándome la cara y mirándome directamente a los ojos—. Y mi primera perla de sabiduría para ti es que beses a la mujer que tienes en tus brazos inmediatamente.

—Parece un consejo bastante bueno —bromeo.

—Oh, lo es —me asegura con una sonrisa traviesa.

Incapaz de resistirme, capturo su boca en un beso que calma mi alma y da esperanza a mi corazón. Quizá tenga razón. Quizá algún día sea capaz de perdonarme y dejar atrás el pasado. Ahora mismo, sin embargo, estoy decidido a disfrutar del presente. Tampoco quiero pensar en el futuro. Lo único que quiero es absorber la luz y la energía positiva de Carlotta.

En algún momento, sé que esta burbuja perfecta que hemos creado va a estallar. Solo que no esperaba que fuera tan pronto. El beso desemboca en un encuentro tórrido en la isla de la cocina y todavía estamos en la nube de nuestros orgasmos cuando suena mi teléfono. Me subo los pantalones del chándal y lo cojo de la mesa de la cocina.

—Archer —contesto, mientras mi mirada se desliza por las esbeltas piernas de Carlotta. Solo lleva puesta mi camiseta y haberla tomado en la encimera ha sido el mejor postre que podría haber pedido.

—Soy Miceli.

—Hola, Miceli, te pongo en altavoz. —Activo el altavoz y ambos nos sentamos a la mesa—. ¿Qué pasa? ¿Alguna novedad sobre Gallo?

—Por eso llamo. El cabrón ha desaparecido. Nadie puede localizarlo y eso nos pone nerviosos.

Intercambio una mirada con Carlotta. —¿Así que quiere que nos quedemos aquí un poco más? —No tengo ningún problema con eso y le cojo la mano. Nos sonreímos y ya estoy empezando a pensar en cuántas cosas perversas podemos hacernos durante la próxima semana. Joder, quizá incluso más. Voy a tomármela en cada superficie de esta cabaña.

—No —dice, interrumpiendo mis sucios pensamientos—. Queremos mantener a Carlotta a salvo, así que hemos decidido que la mejor opción es enviarla a Sicilia para que se quede con nuestros padres hasta que podamos encargarnos de Gallo.

—¿Qué? —prácticamente chilla Carlotta.

—Hola, Lottie —dice Miceli con sequedad.

—No me vengas con «holas» —dice ella, enfadándose a toda prisa—. Estamos perfectamente a salvo aquí arriba y no quiero ir corriendo a esconderme a Sicilia.

—Lo siento, hermanita. El jet está esperando y Archer te va a llevar de vuelta a la ciudad para que hagas una maleta y luego vayáis directamente al aeropuerto. Sin discusiones. Tu seguridad es nuestra máxima prioridad, especialmente después de que Gallo lograra secuestrarte antes. ¿O es que te has olvidado de eso convenientemente?

—Por supuesto que no me he olvidado —espeta. Luego, suaviza su voz de inmediato—. Pero, Miceli, aquí me siento segura.

—Me alegro, pero te vas a Sicilia.

Está que echa chispas, por supuesto, pero no puedo llevarle la contraria a Miceli. Carlotta es su hermana y sacarla del país es

probablemente la mejor decisión. Pero este es el momento que tanto temía. Despedirme de Carlotta va a ser una putada de las gordas. En estos últimos días, me ha empezado a gustar muchísimo. Cuanto más la conozco, más tiempo quiero pasar con ella. Pero todo eso se va a acabar.

Miro el reloj. —Nos iremos de inmediato —le digo a Miceli, y Carlotta golpea la mesa con el puño, pero la ignoro.

—Gracias, Archer. ¿Y, Carlotta?

—¿Qué? —espetea ella con los dientes apretados.

—Pórtate bien y nos vemos en diciembre por las fiestas.

Antes de que pueda soltar una respuesta airada, ambos colgamos la llamada.

—Carlotta, tiene razón. Te guste o no, ir a Sicilia es lo más seguro.

—¿Así que a ti te parece bien?

No, pero ¿qué puedo decir?

—Tiene que parecerme bien —le digo—. Tus hermanos han puesto tu cuidado en mis manos y no voy a ponerlo en peligro por unos cuantos polvos más.

En el momento en que las palabras salen de mi boca, me arrepiento. Al instante.

Mierda.

Sus ojos oscuros se entrecierran, sus cejas se fruncen y aprieta la mandíbula. —Ah, claro. Aquí solo estamos follando, así que no es para tanto, ¿verdad? Además, oye, qué buena manera de librarte de mí: hacer lo que te ordena mi hermano.

—No me refería a eso —digo, intentando rectificar—. No quiero librarme de ti. Estoy disfrutando del tiempo que pasamos juntos y...

—Mi voz se apaga al ver la expresión furiosa de su cara.

No hago más que meter la pata y probablemente debería callarme.

—Seguro que sí —dice con desdén y se levanta—. Me alegro de saber que te lo has pasado bien follándome, pero vámonos. Mis hermanos han hablado.

Mientras se aleja a grandes zancadas, sé que es mejor no decir nada. Al menos si no quiero que me mande a la mierda. Mi pequeño huracán acaba de tocar tierra y necesito cerrar las escotillas. El viaje de vuelta a Nueva York va a ser movidito, de eso estoy seguro.

CARLOTTA

Empiezo a marchar hacia la puerta principal, pero Damon me coge del brazo y me hace girar para que me encare con él.

«Tus hermanos han puesto tu cuidado en mis manos y no voy a ponerlo en peligro por unos cuantos polvos más».

Quizá tenga razón, pero, vaya, eso sí que me ha dolido. Por mucho que nos hayamos conocido esta última semana, esa frase me hace dudar de si estamos remotamente en la misma onda. O en el mismo planeta. A pesar de que acordamos que lo que pasa en el norte se queda en el norte, mi tonto corazón esperaba un resultado diferente.

—Carlotta, espera —dice—. Necesito que entiendas que tu seguridad es la máxima preocupación para mí y para tu familia. Gallo sigue ahí fuera y tienen que llevarte a un lugar seguro.

—Lo entiendo, pero no soy la única a la que quiere. Dijo que va a destruir a toda la familia Rossi; eso nos incluye a mí, a mis hermanos, a sus mujeres y a sus hijos, ¿no? Y, aun así, ¿por qué soy la única a la que meten en un avión y envían a Sicilia?

—Tus hermanos pueden proteger a sus mujeres y a sus hijos. Tú no tienes eso.

Su recordatorio me chirría como las uñas en una pizarra. Básicamente, me está diciendo que no estará conmigo cuando volvamos a la ciudad y, aunque ya lo sé, de repente estoy furiosa. Con él, con mis hermanos, con Gallo y con la situación.

—Pues vámonos —siseo, dándome la vuelta de nuevo. Estoy que echo chispas y sé que no es justo. Todo el mundo solo intenta protegerme, pero no puedo evitarlo. Todo este asunto no hace más que recalcar que estoy sola, que soy vulnerable y que es hora de volver corriendo con mis padres porque no tengo un marido o un novio que me proteja. Porque está claro que esta familia piensa que todas las mujeres necesitan ser protegidas por un hombre o, de lo contrario, son unas indefensas. Presa fácil. Grr.

Conteniendo mi frustración, lucho mentalmente con el arma de doble filo que es mi feminidad mientras Damon recoge sus cosas y las mete en su bolsa de deporte, preparándose para nuestra partida. Como yo no tengo nada, salvo el vestido, me quedo sentada, macerando mi enfado.

Ser una mujer en la familia Rossi no es fácil, sobre todo cuando tengo a cuatro hermanos sobreprotectores respirándome en la nuca todo el tiempo. Agradezco su preocupación, pero, al mismo tiempo, tienen que entender que pueden confiar en que tome mis propias decisiones. Porque creo que eso es lo que más me molesta: que no tengo ni voz ni voto en lo que está pasando.

Y eso es frustrante por encima de cualquier otra cosa.

Cuando Damon está listo, salimos y cierra la puerta con llave. No puedo fingir que no voy a echar de menos esta pequeña cabaña y el tiempo que hemos pasado aquí. Ha sido realmente mágico. Pero la fría y dura realidad acaba de darme de bruces y ahora toca decir adiós a todo lo que me ha hecho tan feliz esta última semana.

Y, por desgracia para mí, no estoy preparada para hacerlo.

Me meto en el Challenger mientras él echa la bolsa de deporte en el maletero y suspiro profundamente. Una parte de mí está furiosa porque mis hermanos me obliguen a esconderme en Sicilia con mis padres, una parte más grande está agradecida porque sé que tienen buena intención y una parte aún mayor de mí está enfadada con Damon por seguir sus órdenes e ignorar lo que yo quiero y necesito.

Puede que me esté portando como una niñaata o puede que sea una mujer que intenta reafirmar su independencia. Sea como sea, me apetece discutir y desahogar mis frustraciones, y la única persona con la que puedo pelearme es Damon.

En cuanto se acomoda en el asiento del conductor y arranca el coche, me vuelvo hacia él. Espero que esté preparado, porque tengo mucho que decir. Y probablemente no le vaya a gustar nada de ello.

—Te das cuenta de que te estás portando como el perrito faldero de Miceli, ¿verdad? —le digo.

Se le tensa un músculo de la mandíbula, pero se abstiene de hacer comentarios.

—Aunque les guste pensar que lo saben todo, mis hermanos no son mis jefes.

—Vas a ir a Sicilia —afirma con voz rotunda—. Nada de lo que digas va a cambiar eso.

—¿Y si me niego?

—Carlotta, los matones de Gallo ya te pillaron una vez. Tu familia no quiere que eso vuelva a ocurrir, lo que significa que mi trabajo es meter tu culo en el jet que está esperando para llevarte a un lugar seguro. Ahora deja de ser una niñaata o, te lo juro por Dios...

Su voz se apaga en esa amenaza y me enderezo. —¿O qué? ¿Qué crees que harías?

—No creo nada —dice con voz sombría, volviéndose para mirarme—. Digo que si sigues portándote como una niñaata, te trataré como tal.

—¿Y qué significa eso exactamente? —presiono. Intento sonar quejumbrosa, pero la voz me empieza a salir ronca.

—Significa que te voy a azotar el culo y te voy a arrastrar hasta ese avión.

Contengo el aliento y sé que se supone que sus palabras no deben excitarme, pero lo hacen. Su palma en mi trasero no es para nada una amenaza. Me gustaría que estuviera ahí.

—No te tengo miedo, Damon. Y tu amenaza... bueno, creo que está teniendo el efecto contrario al que pretendes.

Se limita a gruñir y vuelve a centrar su atención en la carretera.

Pero no pienso dejar que se salga con la suya tan fácilmente. — ¿Porque qué pasa si quiero que me azotes? ¿Qué pasa si la idea de tu mano en mi culo me está poniendo húmeda y...?

—Joder, Carlotta. Basta ya. —Su voz suena forzada y no se me escapa cómo se remueve en el asiento. Está tan incómodo como yo. Deseándolo tanto como yo.

—¿Pero de verdad basta, Damon? —insisto—. Porque no importa cuántas veces te hayas corrido dentro de mí, sigo anhelando más. Sigo queriendo sentir el placer que solo tú puedes darme.

—Acordamos que, una vez que volviéramos a la ciudad, tú y yo seguiríamos caminos separados —me recuerda, pero no suena tan convencido como antes. Probablemente, porque es una idea terrible.

—Sé lo que has dicho, pero no es lo que quiero. Creo que nos debemos el uno al otro explorar esto que tenemos entre manos más a fondo. ¿No crees?

Pero él niega con la cabeza. Menudo cabezota. —No —dice entre dientes—. Es imposible. Tú te vas y ya te he dicho que yo no puedo hacer eso.

—¿Por qué? ¿Por lo que pasó con Caitlin? Esto es totalmente diferente...

—No quiero una relación contigo, Carlotta. —Siento que el corazón se me hace pedazos en el pecho al oír sus crueles palabras; entonces, su voz se suaviza. Pero ya es demasiado tarde—. No puedo. Lo siento. Creía que lo había dejado claro.

Durante un largo momento no digo nada. Entonces se me ocurre el pensamiento más absurdo. —Me he dejado el vestido en la cabaña.

—Puedo enviártelo —se ofrece.

—No te molestes —replico con tristeza—. No quiero que nada me recuerde a esa noche. Ni a ti.

Por el rabillo del ojo, creo ver cómo se estremece. Pero quizá sea solo mi imaginación. Después de todo, me había imaginado que querría intentar salir juntos una vez volviéramos a casa. Está claro que me equivocaba de lleno y eso duele más de lo que puedo expresar.

Quizá toda esta semana no ha sido más que una distracción para él. Para mí ha significado mucho más, pero eso es porque me permití ser vulnerable. Menudo error. Apartándome de él, encojo las piernas y me quedo mirando por la ventanilla durante el resto del trayecto a casa. No hay nada más que decir y el corazón se me rompe en mil pedazos por lo que podría haber sido.

Cuando llegamos a la ciudad, le doy la dirección de mi piso en el Village y casi parece sorprendido. —¿Qué? —le pregunto mientras para junto al bordillo.

—Nada —dice—. Es que no me había dado cuenta de lo cerca que estás de mi casa.

«¿Qué conveniente sería eso si estuviéramos saliendo?». Quiero preguntarle dónde vive exactamente, pero ¿qué sentido tiene? Salgo

del coche, cierro la puerta y él me sigue hasta el edificio. Suspiro, abro la puerta principal y luego continúo hasta mi piso.

—No esperes nada lujoso —le advierto, abriendo mi puerta—. No soy ni de lejos tan extravagante como el resto de mi familia.

—Yo tampoco vivo en la Milla de los Multimillonarios —murmura mientras entramos y echa un vistazo a su alrededor.

—Es todo lo que necesito. Y es acogedor.

Él asiente, entrando en el salón para inspeccionarlo.

—Voy a hacer la maleta.

—Hazlo rápido, ¿vale?

—Vaya. No puedes esperar a librarte de mí —afirmo con un tono apagado.

—No tiene nada que ver con librarme de ti —dice—. Este sitio no es seguro y cuanto antes nos vayamos, mejor.

—Sí, sí —refunfuño y me dirijo a mi dormitorio. Toda mi vida me han mandado y, me atrevería a decir, me han dado por sentada. Una parte de mí quiere mantenerse firme y luchar. Luchar para quedarme aquí, en mi casa, y luchar para quedarme con Damon.

Quizás debería volver a llamarlo Archer. Podría ayudarme a poner distancia entre nosotros. Aunque también duele considerarlo.

Entro en mi habitación, miro a mi alrededor, me fijo en mi cama y suspiro profundamente. Esa cama podría haber visto mucha acción, pienso con tristeza. En fin. Estoy acostumbrada a dormir sola, así que será una vuelta a la normalidad. O, quizá, debería decir vuelta a la no-normalidad sexual.

Abro el armario y saco la maleta, debatiendo qué debería llevarme para el viaje cuando oigo un ruido detrás de mí. Echo un vistazo por encima del hombro y veo a Damon de pie en el umbral.

—Date prisa, Carlotta —me dice, y frunzo el ceño.

—¿Por qué? ¿A qué viene tanta pri...?

El resto de la frase se me atasca en la garganta cuando oigo un fuerte estruendo en la otra habitación. Suena como si alguien acabara de echar la puerta abajo con un ariete. Doy un respingo y el estómago se me encoge de forma nauseabunda, como si cayera por la primera bajada gigantesca de una montaña rusa, mientras Damon saca su pistola.

—¡Cierra la puerta! —sisea, corriendo de vuelta hacia el salón.

Ojalá pudiera decir que soy obediente, pero no lo soy. En lugar de eso, corro tras él, pero solo porque temo por él y quiero ayudar. Me niego a ser la mujer indefensa que corre a esconderse en el armario, esperando que los malos no la encuentren.

De eso nada. Esa no soy yo. Mientras corro tras Damon, cojo del armario la raqueta que uso cuando Angelo y yo jugamos al raquetbol todas las semanas, y me preparo para machacar a unos cuantos gilipollas. Porque no pienso rendirme sin luchar. Si algo he aprendido de mis hermanos es a no mostrar nunca miedo ni a retroceder ante una amenaza, ya sea en los negocios o en mi vida personal.

Tampoco soy estúpida. Sé que probablemente soy más pequeña que la mayoría de los hombres y que no llevo pistola. Aprieto con más fuerza el mango de la raqueta, me detengo en seco en el arco que da al salón y me quedo paralizada momentáneamente.

Tres hombres están peleando con Damon y de ninguna manera es una pelea justa. Lo está haciendo genial, lanzando puñetazos y patadas, pero ¿dónde demonios está su pistola? Doy un paso adelante, mi mirada recorre el suelo y entonces la veo. Está cerca del sofá, parte de ella oculta debajo; se le debe de haber caído de las manos de un golpe.

Mientras Damon se defiende de los matones, corro hacia el sofá. Justo cuando me agacho para coger la pistola, alguien se acerca por

detrás y me clava algo en la espalda.

—No te muevas —gruñe una voz profunda.

El terror me inunda porque sé que debe de ser el cañón de una pistola. Levanto las manos en el aire automáticamente mientras Damon suelta un grito de dolor.

Oh, Dios mío.

Miro por encima del hombro y lo veo caer al suelo. Su cuerpo se contrae y me doy cuenta de que uno de los matones lo ha derribado con una pistola eléctrica. El pánico amenaza con consumirme y solo puedo pensar en su seguridad. Si le disparan mientras está inmovilizado, nunca me lo perdonaré. Nunca lo superaré.

—¡Parad! —grito—. ¡Dejadlo en paz!

Todos los ojos se vuelven hacia mí y trago saliva.

—Es a mí a quien queréis, no a él. No lo toquéis y me iré con vosotros. Pero si le ponéis una mano encima, lucharé y gritaré y tendréis que matarme a tiros primero.

Agito la raqueta delante de mí para dar más énfasis, porque no estoy de broma. Mi instinto me dice que la vida de Damon está en juego y que necesito protegerlo.

—¿Por qué estáis ahí parados mirando como pasmarotes? Vámonos, idiotas. Llevadme con Carmine Gallo como los matoncitos buenos que sois —me burlo.

Una mano fuerte me rodea la parte superior del brazo, apretándolo con fuerza. —Habéis oído a la zorra —gruñe—. Cuanto antes la llevemos a Gallo, antes nos pagarán.

—¿Y qué hay de él? —pregunta el grandullón, dándole un empujón con la bota a Damon. De la nariz del matón gotea sangre y me alegro de que Damon haya conseguido darle un buen golpe antes de que la pistola eléctrica lo derribara.

—Dejadlo. No es nuestro problema —responde el otro hombre; luego me arranca la raqueta de las manos y la lanza al otro lado de la habitación—. Pero dadle otra descarga.

Mientras el hombre de Gallo me saca a rastras del apartamento, veo cómo el grandullón aturde a Damon de nuevo y luego le da una fuerte patada en el costado, y se me encoge el corazón. Pero, por lo menos, los he convencido de que lo dejen en paz. Va a estar bien —me digo a mí misma—. Tiene que estarlo.

¿Pero yo? Bueno, tengo mis dudas. Gallo está empeñado en vengarse y parece que está decidido a acabar conmigo primero.

Pero puedes apostar a que pienso cantarle las cuarenta antes de que lo haga. Y venderé cara mi piel.

ARCHER

Lúcido y tumbado en el suelo, soy consciente de todo lo que sucede a mi alrededor, pero no puedo moverme. La pistola Taser ha interferido temporalmente mis señales neuronales. Inmovilizado e indefenso, oigo a Carlotta gritarles que me dejen en paz, pero me preparo para recibir un tiro en la cabeza. Milagrosamente, no sucede. Después de otra descarga, me dejan respirando y se llevan a Carlotta.

Un error garrafal. Un puto error garrafal.

La cabeza me da vueltas mientras mis músculos se contraen, intentando funcionar, pero fallando estrepitosamente. Debería haber sabido que venir aquí era un error. Empecé a ponerme nervioso después de que Carlotta entrara en su dormitorio. Esos matones debían de estar vigilando su apartamento.

Pero sigo respirando, lo que significa que voy a salvar a mi mujer. Porque, sí, en algún momento Carlotta Rossi se ha convertido en mía. Quizá me pertenecía desde el momento en que nos besamos en la fiesta de máscaras. No lo sé. Lo único que sé es que voy a tener que arrastrarme suplicando y esperar que me perdone, porque he sido un idiota.

Un completo y absoluto idiota por alejarla de mí.

Ese pensamiento me ha golpeado en toda la puta cabeza en el mismo instante en que esa pistola Taser me ha derribado. Quizá la descarga me ha despejado la mente y debería estar agradecido. No lo sé. Lo único que sé es que más vale que nadie le haga daño a mi chica. Voy a por ella y quien se interponga en mi camino puede darse por muerto.

Le rezo a Dios para llegar a tiempo a Carlotta, porque no me cabe la menor duda de que está en serios problemas. Gallo la cagó una vez y perdió su oportunidad porque yo intervine y la rescaté. Eso significa que esta vez será extremadamente cuidadoso y diligente. No va a parar hasta que apague su hermosa luz y me niego a permitir que eso ocurra.

Ni de puto coña.

Mis músculos empiezan a responder a medida que el efecto paralizante desaparece, así que me siento y saco el móvil de la chaqueta. Con manos temblorosas, marco el número de Miceli.

—Archer —dice al responder—. ¿Está en el avión?

—No exactamente. —Mierda. Odio tener que decirle a su hermano que la he cagado—. Llegamos a su casa y, menos de cinco minutos después, unos hombres de Gallo echaron la puerta abajo.

Miceli maldice.

—Me han dado con una pistola Taser y se la han llevado. Tenemos que encontrarla, y rápido.

—¿Alguna idea de adónde han ido? —pregunta Miceli, muy profesional y listo para la acción, lo cual agradezco.

—No, pero puedo contactar con mis fuentes.

—Ofrezca una recompensa indecente por cualquier información que conduzca a mi hermana.

—Recibido.

—Mientras tanto, venga a mi casa. Llamaré a mis hermanos.

—Sí, voy de camino. Y, Miceli... —mi voz se apaga. Joder, me siento fatal. Si algo le pasa a Carlotta...

Mierda. Ni siquiera puedo permitir que mi cerebro piense en eso.

—¿Qué?

—Lo siento. Deberíamos haber ido directamente al aeropuerto. Debería haberlo sabido.

—No es culpa suya. Fui yo quien dijo que la llevara a su apartamento para que hiciera una maleta. En todo caso, la culpa es mía.

—Vamos a recuperarla —le aseguro, con la voz cargada de convicción.

—Llame a sus contactos, Archer. Y después mueva el culo para acá.

—Recibido.

Colgamos e inmediatamente salgo del apartamento y bajo a mi coche. A estas alturas ya se han ido y la única manera de encontrar a Carlotta es esperando y rezando para que uno de mis informantes dé con una buena pista. Y rápido, porque el tiempo se agota.

Una vez sentado en mi Challenger, abro una aplicación de mensajería encriptada y envío un mensaje a todos los que tengo en mi lista. Por supuesto, también me aseguro de mencionar el nombre de Miceli Rossi y que ofrece un enorme incentivo económico por cualquier información que lleve a su hermana. Tras enviar el mensaje, arranco el coche y me dirijo a Billionaire's Row, donde viven Miceli y Alessia.

Su hermana.

Esas palabras me golpean con fuerza porque no solo la cagué al permitir que se llevaran a Carlotta, sino que también la jodí a base de bien al acostarme con ella y luego soltarle mis insensibles exigencias de que lo que pasara en la cabaña se quedaba en la cabaña, bla, bla, bla.

Dios, me siento como un auténtico gilipollas. Era virgen y me entregó su cuerpo y, creo, un pedacito de su corazón. ¿Y qué hago yo? Se lo tiro a la cara y le repito una y otra vez que no puedo estar con ella porque mi estilo de vida es demasiado peligroso.

Sí, eso es cierto. Bueno, en parte. Llevo una vida peligrosa y nunca quiero ponerla en una situación precaria. Pero lo que acaba de pasar no tiene nada que ver conmigo ni con mi trabajo en la sombra. Carmine Gallo está empeñado y decidido a plantar su gordo culo en la mesa con las Cinco Familias. Para ello, planea hacer lo que sea necesario para usurpar el puesto de la familia Rossi.

Aunque yo no estuviera en escena, Carlotta seguiría en peligro. Pero como sí estoy involucrado, ahora sus posibilidades de ser encontrada mucho más rápido han aumentado. Así que es bueno que esté en su vida, ¿no?

—Joder, claro que sí —mascullo—. Encontrar a Carlotta y devolverla sana y salva a su familia es mi máxima prioridad. Y quizá, solo quizá, que yo esté en su vida no sea algo malo. Si estoy con ella, siempre estará protegida y cuidada y... amada.

El corazón me da un vuelco extraño al pensarlo. Nunca me he enamorado, así que no puedo decirlo con seguridad, pero creo que estoy a un paso de enamorarme de Carlotta..., si es que no lo estoy ya. La vulnerabilidad es algo que siempre he evitado porque pensaba que hacía que un hombre pareciera débil. Pero estoy aprendiendo que tener estos sentimientos tan fuertes por Carlotta no me hace sentir débil en absoluto.

El problema con Caitlin fue que yo no estuve ahí, ni emocionalmente ni, la mayor parte del tiempo, tampoco físicamente. Por supuesto,

siendo realistas, no hay dos personas que puedan estar siempre juntas las veinticuatro horas del día. Pero, por primera vez, estoy empezando a darme cuenta de que tenerme cerca no es necesariamente algo malo. Tengo contactos, tengo habilidades y, lo más importante, tengo la experiencia necesaria para hacer lo que haga falta. Y sin remordimiento alguno.

El tráfico es un coñazo, como de costumbre, pero no dejo que me frene. Sé que estoy conduciendo demasiado rápido, de forma temeraria, pero la vida de Carlotta está en juego. Estoy casi en casa de Miceli cuando me asalta el peor pensamiento del mundo.

¿Y si no podemos salvarla? ¿Y si pierdo a Carlotta?

La idea de que Gallo la mate hace que se me encoja y se me revuelva el estómago. Es tan dulce, tan buena, tan inocente. No puedo permitir que se convierta en un daño colateral como Caitlin. De repente, los peores escenarios posibles empiezan a bombardearme como metralla. ¿Y si ninguno de mis contactos responde? ¿Y si llegamos demasiado tarde y, al igual que con Caitlin, entro en una habitación en alguna parte y encuentro el cuerpo sin vida de Carlotta en el suelo, con la sangre manando de sus heridas mortales y empapando el suelo?

—Joder —piso con más fuerza el acelerador, esquivo un coche parado en un stop y me salto la intersección tras un rápido vistazo. No tengo tiempo para detenerme, ni para ceder el paso, ni para esperar, y siento cómo cada precioso segundo se escapa como la arena de un reloj.

Y eso me aterroriza de cojones.

Haciendo todo lo posible por mantenerme centrado, reprimo el pánico punzante que amenaza con hacerme perder el control. Es importante, ahora más que nunca, mantener la cabeza fría y estar preparado, tanto mental como físicamente.

—Contrólate, Archer —me regaño a mí mismo—. No sirves de nada y no puedes ayudarla si entras en pánico.

En todos mis años en operaciones fantasma, nunca entré en pánico. Ni una sola vez. Siempre he permanecido tranquilo, sereno y dueño de la situación bajo presión. Pero la idea de perder a Carlotta me está volviendo un poco loco y muy preocupado.

Sí, nos acostamos, pero fue mucho más que eso. Pensar en el breve tiempo que pasamos juntos en la cabaña hace que el corazón se me encoja dolorosamente. No sé cuándo ni cómo, pero ese pequeño petardo me hechizó. Me embrujó para que sintiera cosas que nunca antes había sentido y ahora todo lo que quiero es rodearla con mis brazos y mantenerla a salvo.

Por desgracia, no puedo hacerlo. Al menos, todavía no. En lugar de eso, estoy atrapado en un horrible juego de espera, sin saber las consecuencias de lo que va a pasar, y me está matando por dentro.

Después de lo que parece una eternidad, aparco en una plaza de visitante en el edificio de Miceli y salgo del coche de un salto. Una vez dentro del alto y extravagante edificio, me meto en el ascensor, que me sube directamente a su planta.

Con el corazón en un puño y aferrándome al móvil como si fuera un salvavidas, llamo a la puerta e, inmediatamente, se abre.

—Archer, entre. ¿Ha recibido alguna noticia? —pregunta Miceli, con el ceño fruncido y la mirada intensa mientras cierra la puerta tras de mí. Puedo ver la preocupación en cada arruga de su cara y desearía tener mejores noticias que darle, pero mis contactos aún no han respondido. Apenas han pasado veinte minutos, así que no es nada raro. Solo jodidamente frustrante.

—Todavía no —le digo—. Esperemos que muy pronto.

Me indica con un gesto que lo siga al salón, donde están reunidos sus hermanos y sus esposas, junto con Leo Amato, su guardaespaldas y mejor amigo, y su mujer, Gia DeLucca, la hermana

mayor de Alessia. Todos parecen muy serios y apesadumbrados. Me desgarran el puto corazón. Me culpo a mí mismo, deseando haber podido hacer más y detener a esos cabrones. Pero no puedo centrarme en eso porque los «y si...» y los «podría haber...» no van a ayudar a Carlotta ahora mismo. Tengo que mantener una actitud positiva y tenemos que unirnos y hacer lo que sea necesario para recuperar a mi chica.

Porque, sí, es mía. No tiene sentido negarlo. Estoy cayendo o quizás ya he caído. Para ser sincero, no sé qué coño está pasando. Mi corazón es un caos y estos sentimientos que ella ha despertado en mi interior son completamente nuevos. Sea como sea, necesito a Carlotta Rossi como nunca antes he necesitado a nadie.

Necesito a mi chica como el mismo aire que respiro.

La revelación golpea mi corazón normalmente sereno como un mazo y un fuego empieza a arder en mis venas. Haré cualquier cosa para encontrarla. Incluso si eso significa ponerme en peligro o sacrificar mi vida para salvar la suya.

Siempre he sido un protector y un guerrero, y he sacrificado mucho por mi país. Pero esto es extremadamente personal. No es un trabajo más. Si esta misión de rescate se va al traste y acaba en desastre, nunca lo superaré. La culpa será mi perdición y perder a Carlotta significa que me perderé a mí también. Y esta vez no habrá vuelta atrás.

No puedo quedarme de brazos cruzados y seguir sin hacer nada o me volveré loco de remate. Necesitamos trazar un plan. Necesitamos encontrarla. Apoyado en la pared, me cruzo de brazos mientras sus hermanos empiezan a hacer un millón de preguntas sobre lo que pasó en su casa.

Los pongo al día tan rápida y exhaustivamente como puedo. No hay mucho que contar porque estuve fuera de combate la mayor parte del tiempo. Pero les digo que tres hombres armados derribaron la

puerta y que cuando entré corriendo en el salón, me estaban esperando.

—Le dije a Carlotta que se escondiera, pero vuestra hermana no es que haga mucho caso —digo con tono seco.

—¿Quién? ¿Lottie? —Angelo pone una cara de falsa confusión—. ¿Lo dice en serio?

—Desde luego, es un petardo —murmuro, imaginando la forma adorable en que frunce el ceño y arruga la nariz justo antes de ponerse hecha una fiera por algo.

—Ah, ¿así que ya ha sido testigo de Carlotta la Trituradora? —pregunta Vin con ironía.

Resoplo, conteniendo una carcajada.

—Es un apodo que le va al pelo.

—Sí, nuestra hermanita puede aplastar las pelotas más grandes con facilidad —afirma Enzo.

—Vaya que sí puede —murmuro. El corazón se me encoge de la emoción y bajo la vista a la pantalla de mi móvil, deseando que aparezca un mensaje con información sobre el paradero de Carlotta. Joder, cualquier pista en este momento sería algo.

Resoplando con frustración, me paso una mano por el pelo y, al levantar la vista, me doy cuenta de que todo el mundo me está mirando fijamente. Sus hermanos me observan con curiosidad, mientras que sus esposas intercambian sonrisas cómplices.

No sé en qué momento me he vuelto tan fácil de leer, pero hago lo que puedo por ocultar cualquier expresión de mi rostro. Nadie tiene por qué saber lo que ha pasado entre Carlotta y yo en la cabaña. Joder, la cosa no acabaría nada bien para mí si a cuatro hombres Rossi se les ocurre matarme por haber tocado a su hermanita pequeña.

—De acuerdo, escuchad todos —dice Miceli, aclarándose la garganta y haciéndose con el control de la sala—. Repasemos exactamente lo que sabemos y qué vamos a hacer para recuperar a Lottie. Porque si los contactos de Archer no dan resultados, actuaremos de todos modos.

Miceli Rossi es extraordinario, el más grande físicamente de todos nosotros, y se adueña de una habitación y cautiva al público como nadie. Por eso es capaz de liderar tan bien a las Cinco Familias. La gente acude a él en busca de guía y es respetado por muchos líderes y empresarios importantes de esta ciudad.

Sin embargo, Carmine Gallo no es uno de ellos. Y va a caer.

Porque la alternativa sería dejarle ganar y ni de coña vamos a permitir que eso ocurra. Es la maldad personificada y su plan de hacerse con el control de la mesa no puede traer nada bueno.

Mientras la familia de Carlotta analiza cada uno de los ángulos y las posibles opciones que tenemos —y sin información no son muchas —, deseo con todas mis fuerzas que mis contactos respondan. Una sensación de angustia me corroe el estómago como una úlcera maligna. Si no llegamos pronto hasta Carlotta, me aterra que vaya a correr la misma suerte que Caitlin. Y si eso ocurre, no me lo perdonaré jamás.

CARLOTTA

Voy dando botes en el asiento trasero de un todoterreno y no tengo ni idea de adónde nos dirigimos, pero estaría dispuesta a apostar hasta el último céntimo a que veré la jeta de Carmine Gallo muy pronto. Aunque lo que más me preocupa es Damon. Desde que salimos de mi edificio, no he parado de dar gracias mentalmente a todos los santos del cielo por no haberle apuntado con sus armas.

Todavía puedo verlo tirado en el suelo, completamente indefenso y a su merced. Dios, me mata pensar en lo que podría haber pasado. Mi único objetivo era sacar a esos tres matones de allí antes de que decidieran hacer alguna estupidez. Antes de que decidieran matar a Damon.

Suelto un suspiro tembloroso y se me ocurre que habría hecho cualquier cosa para mantenerlo a salvo. Incluso si eso hubiera significado ser imprudente y ponerme delante de una bala por él. Y sí, es una locura porque ni siquiera nos conocemos desde hace mucho, pero no importa lo que Damon piense de sí mismo, yo sé que es un buen hombre. Además, después de que me rescatara, creo que le debo una.

Conducimos durante lo que parece una eternidad, pero probablemente solo son unos veinte minutos. Empiezo a ponerme nerviosa y sé que escapar va a ser más difícil esta vez porque Gallo estará mejor preparado. Vale que la última vez tuve algo de ayuda gracias a Damon, pero tengo el mal presentimiento de que esta vez estoy completamente sola.

¿Y cómo no iba a estarlo? Nadie tiene ni idea de dónde estoy, ni siquiera yo. Eso va a hacer que sea extremadamente difícil que mis hermanos y Damon aparezcan para salvarme.

Así que parece que voy a tener que salvarme yo misma. Solo tengo que ser más lista que Gallo. Y, la verdad, no creo que eso vaya a ser un gran desafío. El hombre está tan sediento de poder que comete errores a diestro y siniestro. En lugar de ser sutil y sigiloso, irrumpe en la ciudad con una agenda clara y obvia, provocando a mi familia y causando problemas. Eso me hace pensar que no tiene muchas luces. O simplemente está tan cegado por lo que quiere —poder y control sobre las familias de la mafia de Nueva York— que está metiendo la pata y siendo temerario, descarado y demasiado impulsivo para su propio bien.

Y todo eso juega a mi favor. En cuanto cometa un desliz, voy a aprovechar la situación de inmediato. Ya sea consiguiendo un arma y abriéndome paso a la fuerza o logrando liberarme y corriendo, estaré preparada para pasar a la acción.

Aprieto los puños y mantengo la atención en el paisaje que pasa por la ventanilla, buscando puntos de referencia e intentando determinar nuestra ubicación exacta. No tengo el móvil, así que no puedo llamar a mis hermanos, pero puede que consiga comunicar mi paradero en algún momento, si escapo de Gallo.

Corrección: cuando escape de Gallo.

Sé positiva, me digo a mí misma. Mi familia no puede permitir que un loco sediento de poder como Carmine Gallo gane. Ni de coña.

Y conociendo a mis hermanos como los conozco, puedo garantizar que los días de Gallo en Nueva York están contados.

Hemos salido de la ciudad y nos hemos desviado de la autovía hace un rato. Tras conducir por una carretera rural durante unos diez minutos más, el conductor mete el todoterreno por un camino de tierra. Pasamos entre unos árboles altos, con los neumáticos crujiendo sobre la grava, y aparece una granja a la vista. Es grande y de aspecto acogedor, con un porche que la rodea. El tipo de lugar que podría aparecer en una película de sobremesa. Salvo que sé que no es así. El mal que acecha en su interior nunca se encontraría en una de esas películas para sentirse bien protagonizadas por Candace Cameron Bure. No, más bien en una peli de Stephen King.

Justo detrás de la casa, vislumbro un granero. Espero que paremos en el camino de la entrada, pero continuamos por detrás y nos detenemos delante del granero. No parece tan bonito como la casa de delante y empiezo a tener malas vibraciones; un hormigueo me recorre la nuca.

Las puertas del todoterreno se abren y, un segundo después, me sacan de un tirón. Mis pies tocan el suelo con un golpe seco e intento clavar los talones, pero es inútil. El matón grandullón me sujeta el brazo con una fuerza que me rompe los huesos y no tengo más remedio que seguir su paso rápido y decidido.

Otro de los hombres abre de golpe la puerta del granero y entramos. Está en penumbra y el olor a heno me llena la nariz. También hay un olor a humedad que impregna el aire y tengo la sensación de que no ha habido animales viviendo aquí desde hace mucho tiempo. No hay herramientas colgadas en las paredes y los establos para los caballos están vacíos. Ni un solo pollo a la vista. Aunque, la verdad, no me imagino a Carmine Gallo vestido con un mono y haciéndose el granjero. Quizás este lugar pertenece a otra persona. Parece que lleva un tiempo abandonado.

—Volvemos a vernos.

Giro la cabeza bruscamente para ver a Gallo entrar pavoneándose por una puerta lateral y con la misma cara de suficiencia que recordaba. Dios, cómo odio a este tipo.

—Puede que se me escapara una vez, señorita Rossi, pero le aseguro que no volverá a ocurrir.

—Ya veremos —digo, con un matiz de desafío en la voz. Porque si cree que voy a rendirme sin más, que no voy a luchar contra él a cada paso, debe de estar olvidando que por mis venas corre sangre Rossi.

Sus ojos oscuros se entrecierran y hago todo lo posible por no escupirle. Cómo se atreve a pensar que puede atacar y destruir a mi familia. No hemos hecho nada para provocarlo.

—Subidla —ordena.

¿Subirla? Por un momento, estoy confundida porque no he visto un piso de arriba, pero mientras el matón grandullón me guía bruscamente hacia la parte trasera del granero, me fijo en un desván. Está bastante alto, a unos seis metros, y me empujan contra la escalera de mano.

—Suba —ordena el imbécil gigantesco, y yo me irrito. Odio que me den órdenes. Especialmente los hombres grandes y brutos sin modales que trabajan para un gilipollas como Carmine Gallo.

Pero tengo que ser lista y jugar bien mis cartas. Lo ideal sería darle a Gallo una falsa sensación de seguridad, hacerle creer que solo soy una mujer estúpida e inofensiva sin ninguna intención oculta. Y entonces, atacaré cuando menos se lo espere.

Suelto un suspiro, echo la cabeza hacia atrás y miro hacia la oscuridad. Mal asunto. El corazón me empieza a latir con más fuerza y me pregunto por qué quiere que suba al desván. Tengo el presentimiento de que nada bueno puede salir de esto, pero ¿qué otra opción me queda?

Cierro los ojos con fuerza un instante y luego me obligo a agarrarme a un peldaño, subir y empezar a escalar. No tengo miedo a las alturas, pero, una vez que estoy en el segundo nivel, se me acelera el pulso al mirar el granero que hay debajo. Tengo una vista de pájaro de toda la primera planta, y está terriblemente alto y es más que intimidante.

Me alejo del borde, echo un vistazo a mi alrededor y no veo mucho más que un suelo cubierto de heno, algunas balas de paja apiladas y grandes vigas de madera que se entrecruzan sobre mi cabeza.

¿Por qué estoy aquí arriba?, me pregunto. No tengo ni idea de lo que trama o planea, pero sé que no puede ser nada bueno.

Como si respondiera a mi pregunta, aparece Gallo, cruza el borde y me dedica una sonrisa malévola. Me advierto mentalmente de que no subestime a este hombre. Todo en mí grita que es un idiota, pero es un idiota peligroso y posiblemente trastornado, y esa es una combinación muy mala.

Aunque sé que debería estar asustada, estoy más cabreada que otra cosa. Sobre todo porque quiere arruinar a las personas que más quiero en este mundo. Y eso no puede pasar. De ninguna manera. No mientras yo esté aquí.

Me giro para encarar a mi secuestrador, me echo el pelo por encima del hombro y pongo las manos en las caderas. —¿Qué demonios quiere de mi familia? No le hemos hecho nada. —Me aseguro de que mi voz se mantenga firme y fuerte. Lo último que quiero es mostrar miedo, porque eso es como echar sangre al agua para un tiburón como Gallo. Si huele mi miedo, atacará e intentará acabar conmigo.

—¿Que no me han hecho nada? —repite. Una risa corta y áspera brota de su garganta—. Eso no es del todo cierto, señorita Rossi.

Escupe mi nombre con tanta vehemencia y odio cáustico que casi me encojo. Es como si el ácido goteara de su lengua y decido sabiamente que es hora de andarse con pies de plomo, porque está

claro que alberga una enorme sed de venganza. Quizá incluso mayor de lo que imaginaba.

Pero ¿por qué? Tiene que haber algo más en esta historia aparte de los pocos detalles que ya conozco.

—La mujer de su hermano me echó encima a asesinos y cazarrecompensas.

Bueno, donde las dan, las toman, pienso, pero mantengo la boca cerrada. Si el cabrón no hubiera puesto los nombres de Angelo y Blake en la lista de objetivos, eso no habría pasado. Ella simplemente consiguió darle la vuelta a la tortilla y ahora él está enfadado.

—Luego todos cayeron sobre mi mansión y se desató una guerra que la redujo a cenizas. Apenas escapé con vida.

Reprimo las ganas de suspirar. Esta información no es nueva y me pregunto cuánto tiempo más va a lloriquear por ello. En lo que a mí respecta, si esta es su razón para querer destruir a mi familia, es una razón de mierda. Sobre todo porque fue él quien empezó.

—Lo único que quería era una oportunidad para sentarme entre los grandes de la mafia de esta ciudad. Es lo que merezco —espeta, furioso.

Sí, sí. Quizá de verdad solo se trate de que quiere más poder. Mi instinto me decía que podría haber algo más, pero a lo mejor me equivoco. Quizá Carmine Gallo no es más que un hombre sediento de poder que quiere imponer su dominio sobre todos los demás. Supongo que no es nada nuevo y que pasa todo el tiempo. Si me dieran un dólar por cada persona que ha intentado derrocar a los pesos pesados de Nueva York para tomar el control, tendría una fortuna.

—Pero es más que eso —dice con una voz tan baja que casi no le entiendo. Pero desde luego ha captado mi atención y me descubro prestando más atención.

¿De qué demonios está hablando?

—Es lo que se me debe —continúa, con la voz cargada de furia—, y cobraré lo que es mío por derecho.

Frunzo el ceño. —No tengo ni idea de lo que habla. Nadie le debe nada...

—¡Los Rossi me deben a mi hijo! —grita, y yo retrocedo de un brinco. Completamente sobresaltada por su arrebato, doy un paso atrás con cautela—. ¡Está muerto por culpa de su familia!

Respira con dificultad, con la cara de un tono amoratado y rojizo, y aprieta y abre los puños. No le sigo, pero tiene toda mi atención. Lo último que quiero es ponerlo más nervioso o cabrearlo más, pero necesito saber de qué está hablando.

—No sé de qué habla —repito en voz baja.

Me lanza una mirada que debería hacerme temblar. Pero, sinceramente, siento más curiosidad que miedo o intimidación.

—¡Claro que no lo sabes! Carlotta Rossi no tiene ni idea de lo que pasa, ¿verdad? Es solo la dulce e inocente hermanita que no se involucra demasiado en los negocios de su familia. La pobre Lottie, que no se entera de nada —se burla, dando un paso hacia mí.

Me mantengo firme, pero busco rápidamente con la mirada un arma, algo que pueda coger y usar contra él. Solo uno de los matones está aquí arriba con nosotros, así que podría ser posible derribarlo a él o a Gallo. Por desgracia, no veo nada útil.

—Es mucho más fácil así, ¿verdad? ¿No saber? Te permite dormir en tu camita todas las noches sin culpa ni remordimientos, ¿eh? ¡Pues espabila de una puta vez, niñata! ¡Porque tu familia no es más que una panda de gilipollas asesinos y avariciosos! Y pagarán... todos ellos... empezando por ti.

—¡Espere! —levanto una mano cuando se abalanza—. Si me cuenta lo que pasó, quizá pueda ayudarle. Quizá podamos arreglar cual sea

el problema y...

—La muerte no tiene arreglo —afirma rotundamente—. Y su familia mató a mi chico.

Abro los ojos de par en par. No esperaba que dijera eso. —¿De qué está hablando?

Hago todo lo posible por sonar preocupada, incluso compasiva.

Pero no responde a mi pregunta y, en su lugar, le hace un gesto a su matón. —Ayúdeme. Coja la cuerda.

Sin dudarlo, el grandullón saca un rollo de cuerda de un rincón oscuro del desván. La lanza por encima de una de las grandes vigas de madera y se me encoge el estómago. Esto no tiene buena pinta y me doy la vuelta, intentando encontrar una forma de escapar de este embrollo.

Una mano se cierra alrededor de mi brazo y tira de mí hacia delante. —No, usted no va a ninguna parte —dice Gallo—. Déme la cuerda. Y sujétela.

Mierda. Mientras su esbirro me sujeta con fuerza con su agarre de hierro, Gallo me pasa la cuerda alrededor del cuello. Una soga. Oh, Dios mío. El pánico se desata en mi interior y forcejeo, tratando de liberarme, pero entonces la cuerda se tensa y me quedo paralizada mientras me levanta sobre las puntas de los pies.

No, no, no. No quiero morir así. Mi mente vuela hacia Damon y todas las cosas que nunca tuve la oportunidad de decirle. La idea de no poder volver a besarlo o tocarlo me da ganas de llorar y gritar y reaccionar con violencia. Pero apenas puedo moverme.

—Déjeme que le cuente una pequeña historia —dice Gallo en voz baja, acercándose. Hasta que nuestros ojos están a la misma altura—. Yo tenía un hijo de su edad. De hecho, este mes habría cumplido veinticinco. Pero ahora está a dos metros bajo tierra, gracias a su familia.

La cuerda se me clava en la garganta, haciendo que me cueste respirar, y no me atrevo ni a intentar hablar. Apenas puedo mover la cabeza. Puedo mover los ojos, pero tengo el cuello firmemente atado, lo que me obliga a mirar hacia delante. Tomo una bocanada de aire entrecortada y lo único que puedo hacer es esperar a que Gallo continúe.

—Maximo, mi hijo, trabajaba para una empresa que pasó por una mala racha. Le debía dinero a mucha gente y empezó a preocuparse. En esta ciudad, la gente va a por ti... cuando les debes suficiente dinero. Pero el dueño le dijo que todo iría bien; que la familia Rossi iba a adquirir y salvar su empresa en apuros. Todo estaba preparado y la documentación, lista para ser firmada.

Su historia empieza a resultarme demasiado familiar. Pero sigo sin entender cómo puede culpar a mi familia si el trato no se cerró. Porque tengo el presentimiento de que esto está relacionado con Holloway Corp., con Enzo y con Gabriella.

Un momento después, Gallo confirma mis sospechas.

—Cuando Enzo se retiró del trato de forma abrupta, le tocaba a Gabriella Bianche ayudar. Al fin y al cabo, fue ella quien había expresado interés en comprar la empresa en un principio. Y luego se echó atrás sin ninguna razón aparente.

Eso no es verdad, pienso. Tanto Enzo como Gabriella decidieron no adquirir la empresa de Doug Holloway porque resultó ser un mentiroso y un cerdo. Los había enfrentado y había jugado con sus mentes. Y con sus corazones. Por suerte, descubrieron quién era Holloway en realidad y ambos retiraron sus ofertas iniciales para hacerse con su empresa en quiebra.

—No es obligación de mi familia salvar todos los negocios con problemas —le digo—. Si Holloway administró mal los fondos, ¿qué culpa tenemos nosotros?

—¡Porque podrían haberla salvado, lo que a su vez habría salvado a mi hijo! —me grita, prácticamente.

Me encojo y su cara está justo delante de la mía. Nunca he visto a nadie tan lleno de rabia y odio. Le brota a borbotones.

—Siento que su hijo tuviera que buscarse otro trabajo...

—¡No se buscó otro trabajo! Dejó una nota diciendo que era un fracasado y que no podía pagar sus deudas. Y luego se tiró del puente más cercano.

Oh, Dios mío.

—Así que, en lugar de esconderse o esperar a que lo mataran por deberle dinero a la gente equivocada, o de pedirme ayuda porque no quería ser una carga, acabó con su vida.

Tardo unos segundos en asimilar lo que está diciendo: la trascendencia de perder a un hijo, por qué culpa a mi familia y lo que eso significa para mí en este momento.

Nada bueno.

—Siento lo de su hijo —digo en voz baja, y de verdad que lo siento—. Pero le garantizo que Enzo y Gabriella no tenían ni idea, o habrían ayudado.

Pero es como si ni siquiera me oyera. O no quisiera oírme.

—Ahora ves por qué tengo que destruir a tu familia —dice—. Porque los Rossi son la razón por la que mi hijo está muerto.

Menuda lógica más retorcida. Entiendo la conexión que establece, pero lo que ocurrió fue una tragedia y no debería recaer únicamente sobre los hombros de mi familia. Porque sé con absoluta certeza que si Enzo y Gabriella hubieran sabido que el hijo de Gallo estaba tan desesperado, podrían haberle ayudado a encontrar otro trabajo en otro sitio. Y lo habrían hecho.

Pero Gallo cree claramente que mi familia es responsable de la muerte de su hijo y no creo que haya forma de hacerle ver la verdad ni de que razone. Sus emociones están gobernando sus decisiones ahora mismo. Solo ve lo que quiere ver: que tenemos el cien por cien de la culpa de lo que pasó.

—Voy a eliminaros a todos, hasta el último de vosotros, y luego ocuparé vuestro lugar como parte de las Cinco Familias gobernantes. Y después, voy a hacer caer toda la mesa. Al fin y al cabo, Gabriella era una Bianche, así que ellos también tienen que caer.

Creo que Gallo ha perdido oficialmente la cabeza.

—Así que vamos a enviarles un videíto a tus hermanos, ¿te parece?

—Hay un tono burlón en su voz que me crispa los nervios y me infunde miedo en el corazón. No tengo ni idea de lo que planea, y estoy bastante segura de que tampoco quiero saberlo.

Incapaz de moverme, aprieto los ojos, rezando para despertar de esta pesadilla. Cuando los abro de nuevo, lo veo sacar el móvil. El corazón se me desboca y al instante intento negar con la cabeza, pero no puedo por la cuerda que rodea mi cuello. No quiero que mis hermanos o Damon me vean así. Se van a volver locos.

—¿Por qué? —grazno—. ¿Qué sentido tiene?

Si va a matarme, lo último que quiero que haga es grabarlo. Con el estómago revuelto, gimo, incapaz de moverme. Nunca me he sentido tan indefensa en toda mi vida. Si este es el fin, si voy a morir, no quiero que envíe un vídeo horrible de mi muerte a mi familia. Los destrozaría.

Por desgracia, no tengo ni voz ni voto ni control sobre la situación. Cuando Gallo pulsa el botón de grabar, hago todo lo posible por no llorar. Y fracaso estrepitosamente.

ARCHER

Los hermanos de Carlotta, sus esposas y yo hemos hecho todo lo posible por analizar la situación y trazar un plan de acción provisional mientras espero que alguno de mis contactos me dé una pista. He recibido algunas llamadas, pero nada útil. Las pistas vagas y muy generales —como que alguien vio un todoterreno negro— no van a ayudarnos a encontrar a Lottie. Está bien saberlo, claro, pero sigo paseando de un lado a otro como un loco porque nunca en mi puta vida me he sentido tan indefenso.

Mientras tanto, Miceli se ha puesto en contacto con las otras cuatro familias de la mafia. Han prometido ayudar y están listos para actuar en cuanto los llamemos. Y eso me tranquiliza. Me sorprende la facilidad con la que se han unido y lo dispuestos que están a ir a la guerra los unos por los otros. Pero el grupo que se sienta a la mesa ha evolucionado durante el último año. Todos los problemáticos han desaparecido y los que gobiernan ahora son leales de cojones. Y eso es algo muy bueno para nosotros ahora mismo. Lo último que quiero es que alguien ponga pegase o retrase las cosas. Todo el mundo está manos a la obra y no podría estar más agradecido.

Pero el tiempo parece pasar a cámara lenta, no puedo dejar de caminar de un lado para otro, mi móvil está en silencio total y estoy

a punto de perder los estribos. La necesidad de actuar me consume y, si no hacemos algo pronto, voy a explotar.

Joder, reduciré esta ciudad a cenizas si es lo que hace falta para encontrar a Carlotta.

De repente, los móviles de todo el mundo parecen sonar o vibrar a la vez con un mensaje. Todos abrimos los mensajes al mismo tiempo y veo que es de un número desconocido.

—¿Todos de un número desconocido? —pregunta Miceli, y Vin, Enzo, Angelo y yo confirmamos que sí.

—Es un vídeo —afirma Vin, y las mujeres se agrupan para ver las pantallas de sus maridos.

—Sí, tengo un mal presentimiento sobre esto —dice Angelo. Blake le rodea la cintura con un brazo, con la atención puesta en su móvil.

Le doy al play y un primer plano muy cerrado de Carlotta llena mi pantalla. Sus bonitos ojos castaños brillan con lágrimas y se me retuerce el estómago.

—¿Qué coño es esto? —siseo, odiando el miedo que veo en su mirada castaña. Juro por Dios que estoy a un paso de perder la puta cabeza. Ojalá pudiera saltar a través de la pantalla de mi móvil y salvarla de lo que sea que la tiene atenazada por el miedo. Porque mataría a quien la haya hecho llorar. Los mataría con mis propias manos y luego vaciaría todo mi cargador en ellos por si acaso.

Como si fuera una señal, la cámara se aleja lentamente y veo por primera vez la sogá que rodea su cuello. El estómago se me hunde y aprieto tanto la funda del móvil que la oigo crujir.

—Oh, Dios mío —susurra Alessia. Hannah ahoga un grito y Gabriella y Blake hacen una mueca.

—Como podéis ver, vuestra hermana está metida en un buen lío —dice una voz y quiero atravesar la pantalla de un puñetazo—. Se podría decir que pende de un hilo... o de una sogá.

—Gallo, hijo de puta —gruñe Miceli.

Gallo se ríe y un escalofrío me recorre la espalda. Carmine Gallo ha perdido la puta cabeza. Y la pobre Carlotta está sufriendo las consecuencias de su locura.

¿Cómo he podido permitir que esto suceda? Nunca debería haberla llevado de vuelta a su apartamento. Una vocecita en mi cabeza me lo había advertido, pero la ignoré. Pensé que entraríamos y saldríamos en menos de diez minutos. Bueno, supongo que eso es todo lo que ha hecho falta para perder a la mujer que se estaba volviendo tan jodidamente importante para mí.

Me da igual lo que digan los demás, todo esto es culpa mía. Debería haber hecho caso a mi instinto. Con náuseas, veo el resto del vídeo, que no hace más que empeorar.

—No estoy seguro de si podéis verlo —continúa Gallo con aire de suficiencia—, pero justo debajo de los pies de vuestra querida hermana hay una trampilla. —Usa el pie para apartar el heno, revelando una puerta en el suelo del desván.

Varias maldiciones llenan el aire. Me trago el vómito que me sube por la garganta.

No. Carlotta es tan inocente, tan buena, tan dulce. Gallo es un puto monstruo por hacerle esto y voy a matarlo, joder. Aunque sea lo último que haga, voy a meterlo bajo tierra.

—He preparado la trampilla para que se abra en exactamente una hora. Oh, no, esperad. Quizá solo la he programado para cuarenta y cinco minutos. —Vuelve a reír y se me eriza la piel—. Da igual. De cualquier forma, cuando la trampilla se abra, Carlotta caerá y la soga se tensará. Dudo que tengáis tiempo suficiente para evitarlo, pero quería prepararos para lo que encontraréis: el cadáver de vuestra hermanita colgando de las vigas.

—Ese cabrón enfermo —mascula Angelo.

—¿Dónde coño está? —pregunta Vin, pasándose una mano por el pelo.

—Tengo la extraña sensación de que está a punto de decírnoslo —dice Enzo, con sus ojos oscuros pegados a la pantalla.

Las fosas nasales de Miceli se ensanchan. —Y entonces lo mataremos.

Miro a Miceli a los ojos y asiento. —Voy a arrancarle el puto corazón —gruño—. Y luego lo colgaré.

No veo el momento de ponerle las manos en el cuello a Gallo. Quizá lo estrangule hasta quitarle el aliento antes de colgarlo. Hay tantas maneras de matarlo, pero ninguna parece lo bastante buena. Sin embargo, haga lo que haga, lo haré con una sonrisa en la cara.

Una rabia al rojo vivo me inunda mientras Gallo continúa provocándonos y perdiendo un tiempo precioso. Después de lo que parece una eternidad, pero que probablemente solo ha sido un minuto, por fin va al grano.

—Quiero que vengáis aquí, para poder seguir destruyendo a vuestra familia, uno por uno. No os tengo miedo, a ninguno de vosotros, y estoy listo.

—¿Qué coño le hemos hecho a este tío? —pregunta Enzo, completamente desconcertado, como el resto de nosotros.

Como si respondiera, Gallo mira directamente a la cámara y dice: —Me quitasteis algo y ahora voy a quitároslo todo. Empezando por vuestra hermana pequeña.

Clic. El vídeo termina y, unos segundos después, todos nuestros móviles reciben un mensaje suyo que revela su ubicación.

¡Bingo! Es un engreído y cree que puede vencernos. Ni de coña. Sí, nos está atrayendo a una trampa, pero no somos estúpidos. Solía hacer este tipo de mierdas todo el tiempo. Me he colado en zonas de guerra enemigas y he rescatado rehenes sin que me vieran jamás.

Era un operador Delta cojonudo. Tan bueno que mi puto segundo nombre bien podría ser Sigilo.

Así que si Carmine Gallo cree que tiene alguna posibilidad contra mí, está muy equivocado. Acaba de provocar al hombre equivocado, porque voy a eliminarlo antes de que sepa siquiera qué le ha golpeado. Igual que solía hacer mi equipo. La operación Sagitario está en marcha y van a rodar putas cabezas.

Los cinco entramos en acción. Intercambiamos palabras a toda velocidad y las mujeres se apartan tras besar rápidamente a sus respectivos hombres. Sin un segundo que perder, corro hacia el ascensor y golpeo con la palma el botón para bajar, con los hermanos de Carlotta pisándome los talones. Ha llegado el momento y todos lo sabemos. Fallar no es una opción.

La vida de Carlotta pende literalmente de un hilo.

Ya habíamos hablado de lo que haríamos en cuanto descubriéramos la ubicación de Carlotta y, en cuanto el ascensor llega al garaje y se abre, corro hacia el todoterreno de Miceli junto con Leo Amato, mientras que Enzo, Vin y Angelo se dirigen al Jeep de Blake. Es bueno para la conducción todoterreno y pensamos que podría ser mejor que conducir uno de sus coches más deportivos. Lo mejor es estar preparados, porque quién sabe qué tipo de terreno podríamos encontrarnos.

Apenas nos hemos acomodado los tres en el todoterreno de Miceli cuando ya está dando marcha atrás y saliendo disparado hacia la salida. Saco el GPS de mi móvil y meto la ubicación que nos ha dado Gallo, esperando con impaciencia a que aparezcan las indicaciones.

Todos damos por sentado que es una trampa, que está intentando atraernos hacia nuestra propia destrucción como ha dicho, así que tenemos toda la intención de ser cuidadosos. La única razón por la que Gallo ha revelado su ubicación es porque está esperando y está listo.

Pero nosotros también lo estamos. Enzo ya debería haber llamado a las otras cuatro familias de la mafia. Están a la espera, aguardando noticias tuyas, y ahora deberían estar moviéndose. Tenemos refuerzos y, he de decir, que tengo plena confianza en los peligrosos hombres que vienen en nuestra ayuda.

Solo tenemos que asegurarnos de llegar a tiempo. Si no...

Joder. No puedo ni pensarlo. No hay más opción que salvar a Carlotta y derrotar a Gallo.

—¿Hora estimada de llegada? —pregunta Miceli bruscamente, muy serio, sin apartar los ojos de la carretera. Conduce como alma que lleva el diablo y apoya una mano en el salpicadero mientras maniobra el vehículo con pericia entre el tráfico y los cruces.

—Treinta minutos —respondo con gravedad.

—Llegaremos en quince —afirma con seguridad y pisa a fondo. El Range Rover chirría al adelantar a un autobús y me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. No por la forma de conducir de Miceli, sino porque no puedo dejar de imaginarme la cara de Carlotta en ese maldito vídeo. Se notaba que intentaba ser increíblemente valiente, pero vi el miedo en sus bonitos ojos marrones.

Y las lágrimas. Aunque el vídeo estaba un poco granulado, no pude pasar por alto las brillantes lágrimas que relucían en sus ojos oscuros y se me rompe el corazón. No estoy seguro de cuándo mi corazón volvió a ser capaz de amar, no soy consciente del momento exacto en que se inundó de calidez y vida de nuevo, pero tengo una idea.

Fue en el momento en que Carlotta Rossi irrumpió en mi vida vestida como la Reina de Corazones. Es, de verdad, la criatura más encantadora que he conocido nunca y es mucho más que su belleza. Más que el sexo también. Por muy bueno que fuera, es la calidez, la sonrisa y la bondad de Carlotta lo que me atrae a ella, lo que hace

que quiera perderme en ella y absorber parte de la increíble luz que irradia.

La verdad es que me estoy enamorando tanto de ella que siento como si me hubiera atropellado un camión. Llegar a tiempo hasta ella, salvarla antes de que se abra la trampilla, va a ocurrir. Vamos a ganar a Gallo en su propio juego porque no hay otra alternativa.

Pienso cabalgar hacia el atardecer con mi mujer. Solo espero que Gallo, o sus hermanos, no me asesinen antes.

Al mirar a Miceli, con la mandíbula tensa y decidida, me pregunto si aprobaría que estuviera con su hermana. Mierda. Sinceramente, no sé qué va a hacer cuando se entere. Pero, una cosa a la vez. Primero, tenemos que salvar a Lottie.

Luego me enfrentaré a sus hermanos y les diré la verdad: que amo a su hermana pequeña.

Mi móvil vibra y miro para ver un mensaje de Enzo. Lo leo rápido y luego miro a Miceli y después a Leo en el asiento trasero. —Las otras familias lo han confirmado. Nuestro plan sigue adelante y todos los implicados saben qué hacer.

Miceli asiente bruscamente con la cabeza y luego da un volantazo, saliéndose de la autovía. Dijo que nos llevaría en quince minutos, pero creo que va a ser incluso menos. El tío conduce como si estuviera en las 500 Millas de Daytona y a mí me parece perfecto.

—Vale, primero vamos a intentarlo por las buenas —dice Miceli y pulsa un dedo contra su móvil. Está llamando a Gallo y, con cada tono del teléfono, mi corazón late un poco más fuerte.

Justo antes de que la llamada salte al buzón de voz, Gallo contesta. —¿Habéis recibido mi vídeo? —pregunta con frialdad. Puedo oír la sonrisa en su voz y me entran ganas de estrangularlo hasta dejarlo sin aliento... y luego meterle una bala entre sus ojos de rata. Haciendo un esfuerzo por mantener la compostura, miro a Miceli,

que se está esforzando igualmente por mantener la calma y no explotar.

Pero sabemos que tenemos que mantenernos serenos ahora mismo... por Carlotta. Así que lo mejor es no morder el anzuelo.

—Las Cinco Familias lo han reconsiderado y nos gustaría discutir que te conviertas en miembro de la mesa... si devuelves a Carlotta sana y salva.

Si Gallo acepta, todo esto se acaba ahora. Parece demasiado fácil, y sus siguientes palabras confirman exactamente lo que estoy pensando: que Carmine Gallo quiere algo más que un puesto en la mesa. Quiere destruir a las Cinco Familias por completo.

—Demasiado poco y demasiado tarde. Ese tiempo ya pasó y ya no me interesa. Pero gracias por la generosa oferta —su voz rezuma sarcasmo.

Bueno, se acabó lo de hacerlo por las buenas.

—¿Por qué no te lo piensas antes de descartarlo tan a la ligera? —dice Miceli, intentando ganarnos más tiempo.

—¡No hay nada que pensar! —espeta Gallo—. Prefiero mataros a todos.

El odio en su voz es pura maldad, y tiene que haber algo más profundo aquí. Simplemente no tengo ni idea de qué. Antes de que Miceli pueda siquiera responder, Gallo cuelga.

—Pues vaya plan —refunfuña Leo desde el asiento trasero.

—Está muerto —gruñe Miceli.

—Tiene que haber algo más que el simple hecho de querer un puesto en la mesa —reflexiono en voz alta—. Gallo está lleno de un odio tan despiadado y está tan empeñado en destruir a toda vuestra familia...

Mi voz se apaga mientras ellos sopesan mis palabras.

—Estoy de acuerdo —dice Leo—. Esto tiene que ser más profundo.

Miceli emite un sonido de frustración. —Si es así, y estoy de acuerdo con vosotros, no tengo ni idea de qué puede ser. Pero sí, desde luego parece algo personal y no sé por qué.

—Sea lo que sea, no importa. Lo único que importa es rescatar a Lottie —digo, sonando más vehemente de lo que pretendo.

Miceli me lanza una mirada de reojo. —¿Cuándo has empezado a llamarla Lottie?

Aunque en su voz solo hay curiosidad, siento que todo mi cuerpo se tensa. —En la cabaña —le digo con cuidado, moviéndome incómodo en mi asiento.

Miro a Leo y veo su sonrisa socarrona. Cabrón. Siempre ha sido extremadamente perspicaz.

En lugar de hacer más comentarios, Miceli comprueba el GPS y pisa el freno.

—Ya hemos llegado —declara—. ¿Estáis todos listos?

Pongo la mano sobre la pistola en mi funda y asiento. —Vamos a por Carlotta.

Hora de entrar a sangre y fuego.

CARLOTTA

Voy a morir.

Por mucho que intento ser positiva, la realidad de mi situación es desoladora. Estar de puntillas ya me duele, pero si intento apoyar más los pies, la sogá se me clava en el cuello. Saber que estoy de pie sobre una trampilla preparada para abrirse pronto hace que otra lágrima me resbale por la cara.

¿Cómo demonios se supone que voy a salir de esta horrible situación? Es imposible. Quizá lo único que puedo hacer es aceptar mi destino con dignidad y paz.

Pero esa no soy yo. Soy una luchadora hasta la médula y siempre lo he sido. Rendirme y aceptar la derrota sin más no es mi estilo. La supervivencia está grabada en mi ADN y ahora no es momento de tirar la toalla. Ahora es cuando tengo que dar un paso al frente y esforzarme más que nunca. Y eso empieza por ser valiente e inteligente.

Porque tengo una razón y su nombre es Damon Archer. Diga lo que diga, sé que le importo. Lo sé, puedo sentirlo en lo más profundo de mi alma. Hay una razón por la que se aleja y afirma que no puede involucrarse demasiado. Cree que le falló a su exnovia y se culpa de

la muerte de Cailin. Pero fue una situación trágica y, desde luego, no fue culpa suya. Yo no lo culpo por lo que pasó y, sin duda, él no debería culparse. Odio que la culpa que siente por aquella relación le haya hecho pensar que no puede tener otra. Me rompe el corazón, porque es un buen hombre, que merece y es digno de ser amado. Tengo que hacer que confíe en mí, en nosotros, en un futuro juntos.

Pero primero, tengo que largarme de aquí como sea.

Después de grabarme, Gallo se fue y no tengo ni idea de adónde ha ido. Incluso se ha llevado a su matón, así que ahora estoy completamente sola. Esta podría ser mi única oportunidad para intentar escapar y no quiero desperdiciarla.

No tengo las manos atadas y he estado agarrando la soga que rodea mi cuello, intentando aflojarla, pero sin éxito. Así que, ¿qué más puedo hacer?

Piensa, Lottie.

Mordiéndome el labio inferior, intento deslizar los dedos entre la piel y la soga, pero está demasiado apretada. Me obliga a levantar la barbilla y mi mirada se desvía hacia las vigas sobre mí, donde está pasada la soga. Si al menos pudiera serrarla... Dios, daría cualquier cosa por un cuchillo ahora mismo.

Es difícil mirar directamente hacia abajo por la postura en la que estoy, así que no puedo verme los pies en absoluto. Ni siquiera sabía que había una trampilla debajo de mí hasta que ese cabrón de Gallo lo anunció cruelmente mientras grababa su dichoso vídeo.

Dios, siento que estoy en una de esas horribles películas clandestinas e ilegales en las que matan a la pobre e inocente víctima. No quiero ser una víctima. Y, desde luego, no quiero morir así. Estos no pueden ser mis últimos momentos.

Mi cuerpo se retuerce y me digo que mantenga la calma, pero la verdad es que toda mi lógica se está desvaneciendo y el pánico empieza a consumirme. Siento cómo la esperanza que antes

intentaba mantener con todas mis fuerzas se desvanece poco a poco.

De repente, estoy tan furiosa... por mi situación, por mi impotencia y, sobre todo, por la última conversación que Damon y yo tuvimos en el coche.

—Acordamos que cuando volviéramos a la ciudad, tú y yo tomaríamos caminos separados.

—Sé lo que dijiste, pero no es lo que quiero. Creo que nos debemos el uno al otro explorar más a fondo lo que sea que tengamos.

—No. Es imposible. Te vas y ya te he dicho que yo no puedo hacer eso.

—¿Por qué? ¿Por lo que pasó con Caitlin? Esto es totalmente diferente...

—No quiero una relación contigo, Carlotta. No puedo. Lo siento. Creía que lo había dejado claro.

Dejar que las cosas terminaran así me duele en lo más profundo del corazón. Compartimos algo tan especial —desde el primer momento en que nos conocimos en la fiesta de máscaras—, y ahora todo va a terminar demasiado pronto y de una forma increíblemente trágica.

Aunque tengo la garganta rodeada por la soga, un sollozo consigue escaparse. Me concedo exactamente un minuto para perder los estribos y llorar a lágrima viva. Para estar triste y desesperada y compadecerme de mí misma. Una vez que me permito llorar por lo terriblemente mal que ha salido todo, después de sacar todas las emociones, inspiro bruscamente, me limpio los mocos que me caen de la nariz y decido planear mi huida.

Porque no soy una princesa indefensa esperando a que su caballero de brillante armadura venga a rescatarla. Soy una mujer fuerte, inteligente y feroz, y puedo hacerlo.

Tengo que hacerlo. A estas alturas, la alternativa es la muerte y no estoy lista para morir. A pesar de lo que dijo Damon, creo que todavía podríamos tener una oportunidad. Sí, tengo todas las de perder, pero es hora de mover ficha. Y, con suerte, acabará siendo un movimiento de poder que cambie el resultado de la partida.

Elevando una plegaria silenciosa, recuerdo el vídeo y lo que dijo Gallo.

—No sé si pueden ver, pero justo debajo de los pies de su querida hermana hay una trampilla.

Había apartado un poco de heno para revelar la puerta que había bajo mis pies.

—He preparado la puerta para que se abra en exactamente una hora. Oh, no, esperen. Quizá solo la he programado para dentro de cuarenta y cinco minutos. Da igual. De cualquier forma, cuando la trampilla se abra, Carlotta caerá y la soga se tensará. No estoy seguro de que tengan tiempo suficiente para evitarlo, pero quería prepararlos para lo que encontrarán: el cadáver de su hermanita colgando de las vigas.

La más pura maldad impregna sus palabras y me doy cuenta de que no estaba bromeando. Este hombre habla totalmente en serio. Sea cual sea la hora que fijara, pronto será mi hora de la verdad. Muevo mis pies, tanteando la superficie que hay debajo, confirmando que en realidad hay dos piezas de madera distintas donde antes pensaba que solo había una. Ahora la pregunta es, ¿funciona con un temporizador o con un sensor de peso?

Alzo la vista hacia la soga de nuevo. Está bien anudada alrededor de la viga, pero quizá si pudiera mover mi cuerpo de alguna manera, si me balanceara hacia adelante y hacia atrás, podría desengancharla o soltarla lo suficiente como para poder liberarme.

Es una posibilidad remota, muy remota, pero es todo lo que tengo. Así que me encomiendo a Dios y rezo para que funcione.

Sí, ya veremos eso, gilipollas, pienso. Pero me pregunto dónde está el temporizador que supuestamente marca la cuenta atrás para mi inminente muerte. A estas alturas, han pasado más de treinta minutos desde que grabó el vídeo. Quizá más bien cuarenta, y eso es aterrador si lo que ha dicho es verdad. Sea como sea, me estoy acercando rápidamente a la marca de los cuarenta y cinco minutos. Y eso no puede ser bueno.

Hago lo que puedo por mirar a mi alrededor y encontrar el temporizador. Si consigo pararlo, la trampilla no se abrirá en los próximos cinco a quince minutos. Al menos eso me dará algo más de tiempo, un poco de margen de maniobra y una oportunidad para encontrar la forma de salir de esta horrible situación.

Y entonces lo veo, arriba, en las vigas, y se me encoge el corazón. Los números rojos brillantes marcan menos de diez minutos y los segundos desaparecen tan rápido que se me revuelve el estómago. Es absolutamente imposible que lo alcance. A pesar de la absoluta inutilidad del gesto, estiro el brazo hacia arriba, forzando la mano hacia un objeto que está completamente fuera de mi alcance.

Oh, Dios mío. Voy a morir en menos de diez minutos.

¿Y qué he hecho con mi vida? No mucho, me doy cuenta con tristeza. Estaba a punto de vivir una preciosa historia de amor y me la han arrebatado antes siquiera de que tuviera la oportunidad de empezar. Las lágrimas me corren por la cara cuando pienso en lo que está a punto de ocurrir: que voy a morir sola y que luego mis pobres hermanos encontrarán mi cuerpo colgado en este granero de mala muerte.

No quiero estar sola cuando se abra la trampilla. Nunca me he sentido tan desesperanzada, tan desolada. Es el peor sentimiento del mundo, pero a estas alturas no tengo ningún control sobre mi destino. Lo único que puedo hacer es rezar por un milagro.

Alzo la vista, concentrándome en los últimos minutos que me quedan y pienso en Damon y en el tiempo que pasamos juntos. Ya

no hay nada que pueda hacer para salvarme; lo único que puedo hacer es aceptar mi situación. Y, si voy a dejar este mundo, será con el pensamiento de Damon en mi mente.

Lo amo.

Un amor puro, radiante y hermoso me inunda, y la revelación me golpea. Sabía que me estaba enamorando de él, pero la conciencia de ello es fuerte e inquebrantable. Sí, todo ha pasado muy rápido, pero no me arrepiento de ni un solo momento que hemos pasado juntos. Él me ha enseñado lo que es ser deseada, protegida, cuidada, y estaré eternamente agradecida por esos increíbles momentos que compartimos en su cabaña. Me ha hecho sentir como una verdadera mujer por primera vez en mi vida y conservaré ese sentimiento para siempre.

Nunca voy a olvidar a Damon Archer. Pero estoy increíblemente triste por no poder decirle lo mucho que significa para mí.

Observo cómo se desvanecen los segundos a través de unos ojos borrosos y llenos de lágrimas. No sirve de nada llorar. Mantén la cabeza alta, Carlotta, me digo. Afronta tu destino con toda la elegancia y dignidad que puedas reunir.

Daría cualquier cosa por ver a Damon una última vez, pero es imposible. Y aunque ingenuamente esperaba un futuro con él que no sucederá, todavía puedo rodearme de los preciosos y escasos recuerdos que creamos en nuestro corto tiempo juntos. Unos que han quedado grabados en mi corazón y en mi alma.

Con un suspiro suave y tembloroso, me resigno a lo que sea que vaya a pasar. Una extraña calma me invade, asegurándome que todo irá bien. Pero no estoy segura de dónde viene ni de cómo puede ser eso.

Miro hacia arriba y veo que el temporizador llega a los cinco minutos.

4:59.

4:58.

4:57.

Cierro los ojos con fuerza y rezo para que sea rápido y se acabe pronto.

ARCHER

Miceli aparca el Range Rover en un grupo de árboles y arbustos, ocultándolo de la carretera. Mientras tanto, Angelo, Vin y Enzo están dando una vuelta y aparcando en la parte trasera de la propiedad. Se acercarán sigilosamente en un ataque por la retaguardia y derribarán a cualquier guardia que encuentren. Y la tercera parte de nuestro plan involucra a las otras cuatro familias; solo rezo para que cumplan y no nos fallen.

Como si fuera una respuesta, un desfile de vehículos de lujo pasa de repente a nuestro lado y se adentra con audacia en el camino de entrada, justo delante de la granja de Gallo, que puedo ver a través de los árboles en la distancia.

—Aquí llega la caballería —murmura Miceli.

—Creo que la caballería somos nosotros —digo, y empiezo a correr hacia el granero—. Vamos, a por mi chica.

Miceli me alcanza y me mira, pero no le presto atención ni le doy una explicación. No hay tiempo y el poco que queda se está agotando rápidamente. Hay muchas piezas en movimiento en este plan, todas sucediendo ahora mismo, y necesitamos ir un paso por

delante de Gallo si queremos tener una oportunidad de llevarlo a cabo y rescatar a Carlotta.

—Recuérdame que retomemos esta conversación más tarde —dice, pero casi parece divertido. Ni enfadado ni molesto en lo más mínimo, lo cual es muy tranquilizador. Definitivamente, es una buena señal que no quiera partirme la cara por haberme acostado con su hermana. Demonios, es más que eso. Por querer a su hermana.

Sin embargo, es hora de aparcar esos pensamientos por ahora. Ahora, toca terminar esto y salvar a Lottie.

—Claro. —Saco la pistola de la funda, y él hace lo mismo mientras nos acercamos al granero. Gallo había dicho que Carlotta podría tener una hora o solo cuarenta y cinco minutos antes de que se abriera la trampilla. Si contamos con lo segundo, entonces tenemos que mover el culo, porque estamos jodidamente cerca de la marca de los cuarenta y cinco minutos.

Por favor, por favor, por favor, que esté bien, pienso. Hay tantas cosas que quiero decirle, tantas cosas que todavía quiero hacer con ella. Tiene que estar bien. Me niego a aceptar la alternativa. Joder, me niego.

Rodeamos el destartado granero y localizo una puerta trasera que da a los campos.

—Ahí —susurro y corro hacia allí. Tan silenciosamente como puedo, empujo la puerta para abrirla y entramos de golpe en el nivel inferior del granero. Moviendo mi pistola de un lado a otro, despejo el área principal y sigo avanzando.

Sé que Carlotta está en el segundo nivel en alguna parte y busco unas escaleras o una escalera de mano. Algo que me lleve hasta allí.

—No hay nadie —afirma Miceli, y yo asiento. Ni guardias, ni Gallo, ni nada. Pero eso juega a nuestro favor.

A no ser que ya sea demasiado tarde.

¿Dónde demonios está?

—¿Carlotta? —siseo, buscando un acceso al nivel superior. Al acercarnos al otro lado del oscuro granero, finalmente encuentro lo que busco—. ¡Ahí!

Corriendo a toda velocidad, salto a la escalera de mano y subo los peldaños de dos en dos, mis botas moviéndose rápido, una tras otra. Sí, estoy siendo imprudente porque podría haber un guardia aquí arriba. Pero el tiempo casi se ha agotado. No puedo permitirme el lujo de perderlo. Además, Miceli está debajo de mí, con el arma apuntando hacia arriba, listo para volarle los sesos a cualquiera que pudiera aparecer de repente.

Al saltar al desván, veo a Carlotta y se me cae el alma a los pies. Joder. Está de puntillas, con una tosca cuerda alrededor del cuello, y sus ojos están desorbitados por el miedo.

—¡Date prisa! —grazna ella, su cuerpo retorciéndose, sus dedos arañando la cuerda.

Corro hacia ella, la rodeo con mis brazos y luego retrocedo para salir de la trampilla. La levanto, sujetándola con fuerza contra mí, soportando su peso para aliviar la presión sobre su cuello. Un segundo después, la trampilla se abre y me tambaleo ligeramente, balanceándome justo en el borde.

—Hostia puta —susurro, fijando mi atención en el espacio vacío entre nosotros y el suelo de abajo. La idea de que hemos llegado justo a tiempo hace que abrace a Carlotta con mucha más fuerza.

Eso ha estado demasiado cerca para mi gusto.

—Oh, Dios mío —murmura Carlotta, con la voz cargada de emoción.

—Aguanta, cariño. Te bajaremos en un minuto —le aseguro.

—Damon —solloza, con los brazos alrededor de mí, agarrándose con mucha fuerza. Todavía tiene miedo de caerse, pero no mientras yo esté aquí. Ni de coña.

—Te tengo, Lottie, y no voy a soltarte. Te lo prometo, cielo.

Miceli aparece y yo inclino la barbilla hacia abajo. —Tengo un cuchillo en la bota —le digo, y él se agacha rápidamente para desenvainarlo. Es de dotación militar, afilado como una cuchilla, y hará el trabajo en un abrir y cerrar de ojos.

Poniéndose de pie de nuevo, Miceli se pone a trabajar rápidamente, usando la hoja para cortar la cuerda. Siento los dedos de Carlotta clavándose en mis hombros. Pobrecita, se está aferrando con todas sus fuerzas.

—Date prisa —le susurro.

—Ya casi está —afirma Miceli, trabajando tan rápido como puede.

Varios estallidos fuertes atraviesan el aire justo fuera del granero e intercambio una mirada preocupada con Miceli. No hay duda de ello: eran disparos. Y eso solo puede significar que Vin, Enzo y Angelo se han topado con problemas o con mala compañía.

Un instante después, la cuerda se rompe y Carlotta queda libre. Dejo que se deslice por mi cuerpo y la abrazo con fuerza. —Estaba tan preocupado por ti —susurro, pasándole las manos por la cabeza y la espalda—. ¿Estás bien?

—Sí —murmura ella contra mi pecho antes de apartarse—. Por favor, ayúdame a quitarme esta cosa del cuello. Por favor.

Su voz suena rasposa porque la cuerda estaba muy apretada y siento que me hierve la sangre. Cómo se atreve Gallo a colgar a la mujer que amo de su delicado cuello.

El pensamiento cruza mi mente y, un segundo después, me doy cuenta de su importancia.

Amor.

Amo a Carlotta Rossi.

Supe que la amaba después de que se la llevaran, pero me sorprende la facilidad con la que ha surgido el pensamiento.

Joder. Soy un hombre que está colado hasta las trancas.

Pero antes de que pueda pensar demasiado en lo que eso significa, quiero quitarle esa puta cuerda del cuello. Juntos le quitamos la horrible soga y la dejamos caer sobre el suelo cubierto de heno. No me gustaría nada más que quemar esa maldita cosa, pero no tenemos tiempo para eso.

—Creía que iba a morir —dice, con sus ojos oscuros brillantes por las lágrimas contenidas. Por su cara enrojecida sé que ya ha estado llorando, y se me hincha el corazón.

—Eso ni hablar, cariño. —La acerco y presiono mis labios contra los suyos. Pero antes de que la cosa se ponga demasiado ardiente, alguien se aclara la garganta y nos separamos a regañadientes. Miceli nos observa de cerca y yo le paso un brazo a Carlotta por la cintura, dejando claro que es mía, le guste a él o no.

Espero que consigamos su aprobación y la de toda su familia. Pero lo primero es lo primero.

—No hay tiempo para eso —interrumpe Miceli, con una ligera contracción en los labios mientras intenta no sonreír—. Tenemos un plan que seguir y un capullo que eliminar. Además, eso eran disparos y puede que necesiten refuerzos.

—Entendido —digo, con voz firme, serena y llena de determinación. Ahora mismo, mi parte del plan, y mi primera prioridad, consiste en escoltar a Carlotta de vuelta al Range Rover y asegurarme de que llega sana y salva. Mientras tanto, Miceli se unirá a sus hermanos y se enfrentará a Gallo, junto con los otros miembros de las Cinco Familias.

Bajamos por la escalera de mano, dejando atrás ese horrible desván, y ahora es el momento de separarnos y cumplir el plan.

—Ve al coche —dice Miceli, corriendo hacia la parte delantera del granero.

—Hasta ahora —le digo y él asiente.

—¡Ten cuidado! —grita Carlotta.

Cojo la mano de Carlotta y tiro de ella, de vuelta a la salida trasera por la que Miceli y yo entramos. —Vamos por aquí, cariño —le digo, guiándola por el granero lo más rápido posible.

Cuanto antes la meta sana y salva en el todoterreno, mejor me sentiré. Porque ahora mismo tengo la extraña sensación de que estamos caminando por un campo de minas y que, en cualquier segundo, podríamos toparnos con una bomba oculta y volar por los aires.

Quizá solo sea paranoia, pero mi instinto me grita que tenga cuidado. Y esta vez, voy a hacerle caso.

Una vez que llegamos a la puerta, me aseguro de que Carlotta esté a salvo detrás de mí, luego la abro con cuidado y me asomo. No hay moros en la costa, así que lo que sea que estuviera pasando antes ya ha terminado. Lo más probable es que los hermanos Rossi se hayan encargado de algunos guardias y ahora todo el mundo esté dentro de la casa, discutiendo el futuro de Gallo.

O su inminente muerte.

—Vamos —siseo y tiro de ella hacia fuera. Todavía cogidos de la mano, nos apresuramos por el borde del granero y, justo cuando estamos a punto de llegar al final del edificio, Carmine Gallo aparece corriendo por la esquina. Con los ojos desorbitados, un reguero de sangre corriéndole por un lado de la cara y agitando una pistola.

Mierda.

Me detengo en seco, empujando a Carlotta detrás de mí por si a Gallo le da por disparar. Acabo de rescatar a mi chica de una muerte segura, así que no voy a permitir que este maníaco le dispare.

Cuando ve a Carlotta, Gallo se enfurece. —¡Deberías estar muerta! —grita.

Se acabó. Estoy oficialmente harto de este capullo. Levanto mi pistola, a punto de disparar, cuando oigo movimiento. Mirando por encima del hombro, veo a dos guardias acercarse por detrás.

—No os mováis —gruñe uno de ellos, y me quedo helado.

Detrás de mí, Carlotta emite un suave gemido y sus dedos se clavan en mi brazo. —Damon —dice en voz baja.

Oigo el temblor en su voz y me giro para ver que uno de los matones tiene el cañón de su pistola presionado contra la espalda de ella.

—Tira el arma —ordena, apartándola de mí de un tirón.

Apretando la mandíbula y sin muchas opciones, lanzo mi pistola a un lado y cierro las manos en puños.

Maldita sea. ¿Dónde demonios están Miceli y los demás? ¿Por qué está Gallo aquí fuera con sus hombres? Decidido a proteger a Carlotta, me encuentro con sus ojos preocupados y le dedico una leve inclinación de cabeza, espero que tranquilizadora. Me niego a permitir que le pase nada malo más. No cuando acaba de escapar por los pelos de ser ahorcada.

—Volved al granero —espeta Gallo.

Aprieto los dientes, sin querer regresar al granero de la muerte. Pero, a estas alturas, no parece que tengamos elección. Sin embargo, tal vez pueda llegar a un acuerdo mientras caminamos.

—¿Por qué no la deja ir? —sugiero—. Y luego puede ir a hablar de negocios con los hombres que le esperan dentro de su casa.

—¡No están aquí para hablar de negocios! —bufa—. ¡Me quieren muerto! Pero son ellos los que van a morir. Todos vosotros, por lo que le hicisteis a mi hijo... a mi familia.

No tengo ni idea de a qué se refiere, pero Carlotta no duda en responder.

—Lo que le pasó a Maximo fue una tragedia —dice con voz suave—, pero nadie quería hacerle daño. No a propósito. Mi familia le habría ayudado si hubiera podido, se lo prometo.

—Guárdese sus promesas para alguien a quien le importen —espeta Gallo—. La cruda realidad es que mi hijo está muerto y es por culpa de su familia. Nada lo traerá de vuelta, pero me vengaré.

Así que, al parecer, Gallo culpa a los Rossi de la muerte de su hijo. No conozco los detalles, pero de repente las cosas empiezan a tener más sentido.

—Creía que quería un sitio en la mesa —digo con cuidado, tratando de no agitar más al hombre. Justo estamos entrando de nuevo en el granero y él se pasa una mano por la mejilla, extendiendo la sangre.

—Lo único que quiero es acabar con la familia Rossi —masculla—, y no pararé hasta que estén todos a dos metros bajo tierra. Empezando por ti.

Dirige su odiosa mirada hacia Carlotta, fulminándola con una expresión llena de ira. Y antes de que pueda darme cuenta, levanta la pistola y dispara.

Y yo hago lo único que puedo hacer.

Me lanzo delante de mi chica.

CARLOTTA

En el momento en que Gallo levanta la pistola y me apunta, me quedo paralizada. Es como si tuviera los pies pegados al suelo, completamente inmóvil. Un disparo restalla en el aire, pero, antes de que pueda alcanzarme, me estampan contra el suelo, dejándome sin aliento.

Durante un instante de aturdimiento, no tengo ni idea de lo que ha pasado. No creo que me hayan disparado porque no siento un ardor punzante, solo el dolor de haber caído con mucha fuerza en el suelo del establo. Entonces oigo el rugido furioso de Gallo, pero no me importa. Me alegro de estar viva y de no estar desangrándome.

Tardo un momento en darme cuenta de que Damon me ha tirado al suelo para salvarme de la bala. Su gran cuerpo me cubre, protegiéndome, y se me hincha el corazón. Mi protector, siempre asegurándose de que estoy a salvo y segura. Dios, amo a este hombre. Pero entonces los dos matones me lo arrancan de encima y un pensamiento horrible me asalta.

¿Le habrán disparado?

Dándome la vuelta y sentándome, le inspecciono el cuerpo rápidamente, pero parece que está bien. Gracias a Dios, Gallo tiene

una puntería pésima.

Sin embargo, está que echa humo. Un momento después, Gallo avanza hacia mí y yo ruedo hacia un lado mientras vuelve a disparar. Por suerte para mí, el cabrón vuelve a fallar. Poniéndome en pie de un salto, veo que Damon se libera del agarre de los matones y lanza una patada que manda a uno de ellos por los aires. Mientras él lanza un puñetazo y se enzarza en una pelea con el otro, me doy cuenta de que me toca a mí encargarme de Gallo.

Veo una pala apoyada en la pared junto a un box vacío y corro hacia ella como una loca, zigzagueando. Pero Gallo ya no dispara, lo que me sorprende. Llego hasta mi arma improvisada, cojo el mango y me doy la vuelta justo a tiempo para ver a Gallo, con la cara roja de ira, maldecir su pistola y luego tirarla a un lado. Debe de haberse atascado o quizá se ha quedado sin balas. Sea como sea, doy gracias en silencio a quienquiera que me esté protegiendo.

Ahora, sin su pistola, no parece muy amenazador y aprovecho la situación de inmediato. Avanzando hacia él, levanto la pala y la blando contra su cuerpo como si fuera un bate de béisbol. Intenta esquivarla, saltando a un lado, pero consigo golpearle con fuerza en la cadera. Con un aullido, clava en mí sus ojos negros y llenos de rabia.

—Va a morir —me amenaza, con una mano apretada en el lugar donde le he golpeado.

—¡Hoy no, capullo! —Vuelvo a blandir la pala, pero esta vez consigue agarrarla. Oh, mierda. Intento quitársela, pero él tira con fuerza, arrancándomela de las manos. Ahora está volviendo la pala contra mí y no pienso quedarme a ver cómo acaba esto.

Mientras Damon está ocupado peleando con el otro matón, me doy la vuelta y me alejo de Gallo a la carrera. Como la salida está detrás de mí, mi única opción es adentrarme más en el establo. Me llama por mi nombre, persiguiéndome, pero no aflojo el paso ni me atrevo

a mirar por encima del hombro. En lugar de eso, corro para salvar mi vida... de vuelta al maldito pajar.

Sin otra opción, salto hacia la escalera de mano y subo los peldaños tan rápido como puedo. Gallo es un hombre corpulento y pesado, así que no podrá alcanzarme, sobre todo cargando con esa pala. Quizá cuando llegue arriba, podré recuperar la ventaja al estar por encima de él. Si consigo darle una patada o un golpe o empujarlo para que caiga por la escalera, podré mantenerlo a raya hasta que Damon llegue para ayudarme.

En cuanto llego al nivel superior, inspecciono la zona rápidamente, desesperada por encontrar algo que usar contra el loco que me pisa los talones. Mi mirada se posa en la sogá que tenía alrededor del cuello pero, aparte de eso, no veo nada con lo que defenderme. Y, sinceramente, ni siquiera estoy segura de lo que puedo hacer con ella, aparte de quizá usarla como un látigo. Y eso es mucho decir. Pero es mejor que nada, pienso, y la recojo del suelo.

Me doy la vuelta justo a tiempo para ver a Gallo superar con dificultad el borde de la plataforma. Al menos puedo consolarme con el hecho de que no tiene pistola o esta confrontación se habría acabado jodidamente rápido.

Una vez que está de pie, con la pala en la mano, se toma un momento para recuperar el aliento. Mis dedos aprietan la sogá y ajusto mi agarre, preparándome para entrar en acción y, con suerte, poder darle la vuelta a la tortilla. Porque esta vez, no me va a poner una sogá al cuello.

Si todo sale como yo quiero, esta sogá acabará alrededor de su cuello abotargado.

—¿Qué cree que va a hacer con eso? —se burla, acercándose más.

—Lo que haga falta —le digo, levantando la barbilla con valentía y alzando la sogá frente a mí. Todavía estoy debatiendo cuál es la mejor manera de atacar y defenderme con ella cuando él se ríe, tira

la pala a un lado y me dirige la mirada más cargada de odio que he visto nunca.

—¿Sabía algo sobre mi hijo? —pregunta, acercándose más.

—¿Qué? No —respondo, sorprendida por su pregunta. No sabía quién era ese hombre hasta que él me lo dijo antes.

—Le parecía usted muy guapa —resopla Gallo, entrecerrando los ojos—. Pero no le hizo ni caso.

Me quedo con la boca ligeramente abierta, completamente sorprendida por lo que está diciendo. No recuerdo haber conocido a nadie llamado Maximo.

—Me dijo: «Carlotta Rossi es muy guapa, pero ni siquiera se ha fijado en mí» —continúa, acercándose.

No sé qué decir sin enfurecerlo más, así que mantengo la boca cerrada y doy un paso atrás... y me doy cuenta de que estoy demasiado cerca de la trampilla.

—Lo siento, pero no recuerdo haberlo conocido —digo, decidiendo que probablemente es mejor hacerle hablar—. Pero estoy segura de que era encantador.

Intento reunir toda la confianza que puedo para decir esa frase, pero sabiendo que Maximo era el hijo de Gallo, no estoy segura de creérmelo. Probablemente era un capullo, igual que Carmine. ¿Cómo es el dicho? De tal palo, tal astilla. Y la manzana nunca cae lejos del árbol, ¿verdad?

—No finja que le importa —sisea—. Es una mentirosa, como el resto de su familia. Maximo cometió el error de caer en su traicionero engaño y su perversa belleza, pero todo es una fachada. Intentó hablar con usted, pero se lo quitó de encima, ni siquiera le concedió la cortesía de una conversación educada.

Dios, ¿de qué está hablando? Me devano los sesos, intentando recordar dónde estábamos y quién era él, pero no consigo

visualizarlo por más que me esfuerzo. Sinceramente, no he salido mucho últimamente. Excepto por la fiesta de máscaras, he estado bastante antisocial desde que todo se fue al traste con Rendall.

Lo que significa que la última vez que estuve en un evento en el que podría haber conocido a Maximo... bueno, tuvo que ser en la celebración del aniversario de la Bodega Rossi. Fue hace meses y mi familia había organizado una fiesta por todo lo alto para celebrar los cincuenta años del negocio. Mis padres vinieron de visita desde Sicilia y montamos un fiestón en The Plaza e invitamos prácticamente a toda la ciudad.

Entonces lo recuerdo con exactitud. El hombre que intentó hablar conmigo, pero yo estaba demasiado preocupada por Rendall como para prestarle atención.

—La fiesta del aniversario —murmuro, y todo encaja en mi memoria. Gallo asiente.

—Din, din, din. Por fin se acuerda.

Apenas, la verdad. Estaba tan colgada de Rendall en ese momento que solo tenía ojos para él. Estúpido, pero cierto. Estaba totalmente pillada por ese capullo, así que cuando un hombre con gafas y un ligero sobrepeso intentó hablar conmigo, solo le escuchaba a medias porque toda mi atención estaba centrada en el hombre que más tarde me pondría los cuernos. Quizá debería haberle prestado más atención a Maximo. Era callado y un poco torpe, la verdad, así que cuando la poca conversación que tuvimos se esfumó, nos despedimos y no volví a verlo. Nunca volví a pensar en él... hasta ahora.

—Apenas me dijo nada —digo—, y no tenía ni idea de que estuviera interesado.

—Eso es porque es usted una zorra egocéntrica —gruñe y se abalanza sobre mí. Esquivo la trampilla y me lanzo a un lado, deslizándome por el suelo cubierto de heno. Pero Gallo intenta

agarrarme y consigue aferrar un puñado de mi pelo. Grito cuando me tira hacia atrás y luego me rodea el cuello con los dedos y empieza a apretar.

Oh, Dios mío. He perdido la cuerda, he tenido que soltarla para poder agarrar las muñecas de Gallo, y la presión en mi garganta aumenta. Gallo me mira desde arriba, sonriendo como un payaso demente mientras sus dedos carnosos se clavan en la delicada piel de mi cuello. Intento con todas mis fuerzas apartarlo, pero no puedo. Es más fuerte que yo e, incluso usando toda mi fuerza, no es suficiente.

No puedo morir. No cuando me quedan tantas cosas por hacer y no cuando todavía tengo que decirle a Damon lo más importante que le diré a un hombre en mi vida: te quiero.

Una explosión de fuerza me invade y entonces oigo a Damon gritar mi nombre.

¡Carlotta!

Oigo sus botas golpear contra el suelo de abajo, cada vez más cerca, pero no puedo responder porque Gallo me está ahogando. Así que, en lugar de eso, reúno hasta la última gota de fuerza que tengo y subo la rodilla de un tirón, dándole justo en los huevos.

Con un grito de dolor, Gallo afloja su agarre lo suficiente como para que pueda retorcerme hacia un lado y volver a darle una patada en la entrepierna. Eso funciona. Finalmente me suelta y yo retrocedo rápidamente a gatas. Mi atención se desvía hacia el borde del altillo, por donde aparece Damon, y el alivio me inunda. Poniéndome en pie, doy un paso hacia él cuando Gallo aparece de repente. Sin previo aviso, se lanza sobre mí y todo parece empezar a moverse a cámara lenta, como si mi vida estuviera a punto de pasar ante mis ojos.

Damon grita mi nombre. Los pies de Gallo se enredan con la cuerda en el suelo y sus brazos empiezan a dar molinetes, perdida ya la

compostura y el control. Me aparto de un salto antes de que pueda agarrarme y observo con horror cómo su propio impulso lo lanza más allá de mí, directo al vacío. Con un grito ahogado, me tapo la boca con la mano mientras cae por la trampilla. Su breve grito de sorpresa llena el aire antes de que se oiga un golpe sordo y espantoso abajo.

Todavía en shock, siento que Damon me levanta en sus brazos y me abraza con fuerza.

—Lottie, cariño, ¿estás bien? —Se echa hacia atrás, me ahueca la cara con sus manos callosas y me escruta la mirada.

Durante un momento de asombro, no puedo hablar. Todo ha pasado tan deprisa. Pero entonces encuentro la voz. —¿Es... está muerto? —pregunto, aferrándome a sus antebrazos.

—No te muevas —dice y, a regañadientes, me suelta. Luego se acerca al agujero del suelo y mira hacia abajo. Su expresión permanece indescifrable, pero cuando levanta la vista y clava sus ojos en los míos, lo sé.

—Está muerto —confirma Damon.

—Oh, Dios mío. —Aunque ese hombre me odiaba y casi me estrangula —dos veces—, no soy capaz de alegrarme de que se haya ido. Si acaso, me siento mal por él. Creo que después de perder a su hijo, cayó en una espiral de dolor inconsolable que lo llevó a la venganza.

Una venganza que murió tratando de conseguir.

Sin embargo, me siento aliviada al saber que por fin estoy a salvo. Mi familia y yo no tendremos que volver a preocuparnos por Carmine Gallo nunca más. Se ha acabado.

—Ven aquí, cariño.

Doy un paso vacilante hacia Damon y me coge antes de que me fallen las piernas. Me sujeta y me acuna contra su pecho firme,

dándome nuevas fuerzas. Después de un minuto absorbiendo su energía cálida y vibrante, me aparto y alzo la vista hacia sus hermosos ojos oscuros, que se arremolinan con tanta emoción.

—No pensé que tendría esta oportunidad —digo en voz baja, y se me quiebra la voz—. Pero ahora que está aquí, no voy a reprimirme. Te quiero, Damon. Creo que me medio enamoré de ti la primera noche que nos conocimos.

—Oh, cariño, fui yo el que se enamoró de ti. Y con todas las de la ley. Y ahora no hay vuelta atrás, porque estoy loco por ti, Carlotta Rossi.

La alegría más pura que he conocido recorre mi cuerpo y entonces los labios de Damon se estrellan contra los míos. El beso que intercambiamos está lleno de tanta emoción y, más aún, contiene la promesa de un futuro juntos.

El golpeteo de pies en el piso de abajo llama mi atención y nos separamos, todavía abrazados, mientras miramos por el borde del altillo. Abajo, puedo ver a mis hermanos, así como a algunos miembros de las otras familias de la mafia. La atención de todos está centrada en el cuerpo de Gallo. Un rápido vistazo me dice todo lo que necesito saber: murió por tener el cuello roto.

—No mires, cariño —susurra Damon, apartándome suavemente la cara de la horrible imagen. Hundo el rostro en su pecho, aspirando profundamente su aroma especiado, y entonces escucho una voz familiar. Ambos nos giramos para ver a Angelo, que acaba de asomarse por el borde del altillo.

—Vaya, vaya, vaya —dice arrastrando las palabras, con una sonrisita asomando en sus labios—. ¿Qué tenemos aquí?

De repente tímida, al darme cuenta de que vamos a tener que contarles a mis hermanos lo nuestro, hundo la cara más profundamente en el calor de Damon.

—Quiero a tu hermana —anuncia Damon lo bastante alto como para que todos lo oigan. Toda la atención se dirige hacia nosotros desde abajo, y siento que la cara se me sonroja de felicidad.

—Y yo te quiero a ti —digo. Con los brazos todavía rodeándonos, miro de un hermano a otro, observando cómo cada uno procesa lo que acabamos de revelar.

No sé muy bien qué esperar, pero nadie parece demasiado sorprendido y a todos se les dibuja una sonrisa en el rostro. Me inunda el alivio y me dejo caer contra Damon. Todo lo que siempre he querido está aquí mismo, en mis brazos, y puedo sentir la aprobación de mis hermanos.

De repente, mi mundo vuelve a estar en su sitio.

—Ya era hora, chicos —se queja Damon—. Pero lo hemos solucionado nosotros. ¿A que sí, cariño?

Asiento con la cabeza y entonces él vuelve a bajar su boca, atrapando mis labios en un beso tan lleno de promesas, tan lleno de amor. Y no me cabe la menor duda de que tenemos un futuro juntos.

ARCHER

El karma es curioso, pienso mientras salimos del granero. Llevo a Carlotta abrazada y, mientras cruzamos el patio, sus hermanos nos explican lo que ha ocurrido por su parte mientras nosotros librábamos nuestra propia batalla en el granero.

Por lo visto, Gallo había eludido la captura durante el asalto y había conseguido escapar por una ventana trasera con un par de sus secuaces. Mientras registraban la casa, ellos ya se dirigían al granero. No estoy muy seguro de cómo se ha hecho el corte en la cara, pero el hombre estaba desquiciado y merecía su destino. Sobre todo después de intentar matar a Carlotta. Nadie se mete con mi chica y se sale con la suya. Joder, nadie.

—Tenemos que hablar de varias cosas —afirma Miceli, y el grupo reunido decide rápidamente que habrá una reunión de emergencia inmediata de las Cinco Familias.

Lo único que quiero es llevar a Carlotta a casa y cuidarla. Sé que debe de seguir conmocionada, pero Miceli insiste en que vayamos todos. Incluido yo.

Me detengo en seco. —¿Yo? —repito, sorprendido. No formo parte de las Cinco Familias y nunca he asistido a una reunión. ¿Y por qué

iba a hacerlo? No me queda ni familia, y mucho menos tengo conexión alguna con estos poderosos clanes de la mafia.

—Así es. Eres parte de lo que acaba de pasar y, por lo que parece, te estás acostando con mi hermana pequeña.

—¡Miceli! —sisea Carlotta—. ¡Eso no es asunto tuyo!

—Si este hombre acaba casándose contigo, entonces sí es asunto mío. Porque pasaría a ser de la familia.

El matrimonio es algo que pensé que nunca entraría en mis planes. Sobre todo después de perder a Caitlin. La triste verdad es que nunca la amé de verdad. Pero ahora, no puedo dejar de pensar en casarme con Carlotta. De hecho, la idea ha echado raíces y estoy empezando a obsesionarme con ella.

Todo lo que ha pasado entre Lottie y yo ha sido tan rápido, tan repentino y, sin embargo, tan increíblemente bueno. Así que, ¿por qué no seguir con esa tradición? Decido que, en cuanto consiga el permiso de sus hermanos, voy a ponerle un anillo en el dedo. Un anillo de diamantes muy grande y muy brillante.

Porque no voy a dejar escapar a esta mujer increíble. Jamás.

Se decide que la reunión tendrá lugar en el reservado de un restaurante italiano cuyo dueño conocen los Rossi y del que son buenos amigos. Volvemos a subir al Range Rover mientras Miceli hace la llamada y lo organiza todo.

Acerco a Carlotta hacia mí y ella apoya la cabeza en mi hombro. Durante el trayecto, Miceli, Leo y yo hablamos de lo que ha pasado en la granja y Carlotta interviene para contarnos lo que Gallo ha dicho sobre su hijo y cómo se le había acercado, pero ella lo había rechazado. También nos informa de que el fracaso del acuerdo con Holloway le costó su trabajo y, al final, su vida.

Eso ha sido un giro que nadie se esperaba. Pero mi compasión por ese hombre tiene un límite. Nadie le obligó a pedir todo ese dinero a

prestamistas de mala reputación. En algún momento, tenía que asumir la responsabilidad de sus propias malas decisiones. Y si a Carlotta no le interesaba tener nada con Maximo, esa es su decisión, su derecho.

Una vez que llegamos al restaurante, nos hacen pasar a todos al reservado, donde ya están sirviendo vino en las copas. Odio pensar que la muerte de un hombre sea motivo de celebración, pero Gallo era una espina clavada para todos y su osado intento de destruir la alianza, la mesa y a estas cinco poderosas familias de la mafia lo ha conducido a su propia perdición.

Mi compasión por ese hombre es limitada. Técnicamente, no siento ninguna y no voy a llorar su muerte. No después de las cosas terribles que ha hecho. Pero veo la factura que todo esto le ha pasado a Carlotta y creo que puede que incluso esté albergando algo de culpa por lo ocurrido. Tendremos que hablar de ello esta noche; tiene que entender que todo lo que ha pasado ha sido por culpa de Carmine y Maximo Gallo.

La mesa es enorme y al final todos están presentes: los Rossi y sus esposas, los Bianchi, los DeLuca, los Caparelli y los Milano. La sala, llena de la gente más poderosa de esta ciudad, resulta francamente intimidante, y recibo algunas miradas de reojo. Noto que algunos se preguntan por qué estoy aquí y, diablos, yo también empiezo a preguntármelo.

Carlotta y yo nos sentamos uno al lado del otro, y busco su mano por debajo de la mesa. Me mira y me aprieta la mano. Se me ocurre que soy la única persona aquí sin parentesco de sangre o matrimonio. Técnicamente, Leo Amato tampoco lo tiene todavía, pero él y Gia DeLucca están prometidos y tienen fecha para darse el «sí, quiero» el mes que viene.

¿Pero yo? Yo no soy nadie.

—Quizá debería irme —susurro, inquieto.

—Ni se te ocurra —responde ella.

—Pero...

—Quédate —me implora, y cedo, asintiendo, dispuesto a hacer cualquier cosa por ella.

Una vez que todos se han acomodado, las familias van al grano. Ya han llamado a un equipo de limpieza para que se ocupe del cuerpo de Carmine Gallo y de los guardias caídos. Los que siguen vivos ya han sido despachados: se les ha advertido que desaparezcan o, lo que es más probable, se les ha amenazado con una muerte brutal.

Pase lo que pase, una cosa está clara: no habrá intervención policial. Las Cinco Familias imparten su propia justicia, y esta no incluye a las fuerzas del orden. Supongo que, de alguna manera, es posible porque su poder e influencia se extienden a todas las personas importantes de esta ciudad.

También se han encargado de cuidar de los negocios y barrios locales. No son solo un grupo de gente dispuesta a pelear, matar y ganar dinero a costa de los esforzados lugareños. Han creado organizaciones que ayudan a los pequeños empresarios, gracias a Gabriella y Enzo.

Por supuesto, Carlotta ya les ha informado a ambos sobre Maximo y la Holloway Corp. Noto que se sienten mal, pero ya no hay nada que se pueda hacer. Lo hecho, hecho está, y nada puede traer de vuelta a Maximo Gallo ni, ya puestos, a su padre vengativo. Y, en mi opinión, eso es bueno.

La reunión se alarga un rato y, durante ese tiempo, se comparte comida y vino. Si no supiera lo que es, diría que es una fiesta. Pero el ambiente no es festivo; es todo negocios. Sé apreciar cómo este grupo ha aprendido a trabajar unido, porque por lo que sé, las cosas no siempre funcionaron tan bien. Como en todo, había manzanas podridas y baches en el camino. Sin embargo, en el último año más o menos, todos los problemas parecen haberse solucionado.

Lo que veo ahora es una máquina bien engrasada y un grupo de gente poderosa que trabaja unida como una piña por la mejora de la ciudad y sus residentes. Pero nunca subestimes su caridad, porque si alguien amenaza a sus familias, te aniquilarán sin piedad.

Que se lo pregunten a Carmine Gallo. O a Caleb Durant. O a Rocco, Tommaso y Romeo Bianche. Todos ellos fueron a por la familia Rossi o a por una mujer a la que amaban, y ni uno solo de ellos sigue respirando.

Sobra decir que me considero afortunado de caerle bien a Miceli Rossi, así como a los demás.

—Y ahora, nuestro último asunto —dice Miceli mirándome—. Como la mayoría sabéis, Archer ha sido clave para ayudar a las Cinco Familias a resolver ciertos asuntos de vida o muerte con mi familia. Me dio información pertinente y oportuna sobre mi mujer después de que la secuestraran, y le estaré eternamente agradecido.

Sin saber muy bien qué decir, inclino la cabeza. Una vez más, siento que Lottie me aprieta la mano y se la aprieto de vuelta.

—Esta noche le ha salvado la vida a mi hermana y es una deuda que nunca podré pagar del todo.

—No me debes nada, Miceli —le digo con sinceridad. Y lo digo de verdad—. No quiero una enorme suma de dinero depositada en mi cuenta por mi participación en el rescate de Carlotta. Además, no hay dinero en el mundo que pueda igualar lo que ella vale.

Miro a Carlotta y me dedica la sonrisa más bonita del mundo.

—Lo único que pido es que ustedes —los cuatro— me concedan permiso para casarme con su hermana pequeña. Porque no puedo imaginarme pasar un solo día sin ella.

Unos cuantos «oh» llenan el aire y, antes de que nadie pueda responder, echo la silla hacia atrás con un chirrido y me arrodillo. Luego, lanzo una mirada curiosa a sus hermanos.

—¿Puedo seguir? —pregunto, levantando una ceja inquisitiva.

Todos se ríen y asienten en señal de aprobación.

—¡Más te vale seguir! —exclama Carlotta, y esta vez toda la mesa estalla en risas y sonrisas de aprobación.

Nunca he tenido el corazón tan jodidamente lleno y centro toda mi atención en la mujer que lo capturó. Mi misteriosa Reina de Corazones, a la que ahora conozco tan bien y de la que estoy deseando descubrir aún más.

—Tienes mi corazón, Lottie —digo simplemente—. Y quiero compartirlo todo contigo.

—Oh, Damon —murmura ella con los ojos brillantes por las lágrimas de felicidad.

—¿Damon? —repite Angelo—. ¿Ese es su nombre de pila?

—Sí, ¿quién lo diría? —interviene Miceli con una sonrisa.

—Le pega —murmura Alessia, apoyándose en su marido.

—Sigue —dice Carlotta con entusiasmo, y más risas llenan mis oídos.

—Carlotta Rossi, mi Reina de Corazones, me has hecho darme cuenta de que soy capaz de todas las cosas que nunca creí ser, y te quiero. Te quiero muchísimo por ser tan increíble. Por demostrarme que sí tengo corazón, incluso cuando pensaba que no, y por llenarlo de amor.

—Yo también te quiero —susurra ella.

—Entonces cástate conmigo, cariño.

—¡Sí! ¡Sí, por supuesto que sí! —Tira de mí hacia delante, prácticamente sobre su regazo, y tengo que agarrarme a los reposabrazos de la silla para estabilizarme. Entonces, bajo la cabeza y nos besamos delante de las familias de la mafia más poderosas de la ciudad de Nueva York.

—Creo que hay una persona más a la que tienes que pedirle permiso —dice Aldo DeLucca.

—Sí, tienes que conocer a nuestro padre —afirma Miceli, levantando su móvil para mostrarme la pantalla, donde una imagen suya de más mayor me mira. Con el pelo plateado y un rostro fuerte, la reputación de Salvatore Rossi es legendaria.

Incluso más que la de Miceli o la de cualquiera de los hombres sentados en esta mesa.

Joder. Me paso una mano por el pelo, con los nervios a flor de piel. Estoy prácticamente encima de su hija, así que me enderezo rápidamente, me giro hacia el móvil y me limpio las palmas sudorosas en la parte delantera de mis sucios pantalones cargo.

—He oído que quiere casarse con mi hija —dice Salvatore con voz autoritaria. Su acento italiano es marcado, pero su inglés es impecable.

Trago saliva y asiento. —Sí, señor. —El cabeza del clan Rossi emana tal aura de autoridad que me siento transportado a mis días en el ejército. Si tiene tanta presencia en la pantalla de un móvil, no puedo ni imaginar cómo será conocerlo en persona. Reprimo el impulso de hacerle un saludo militar.

Mierda. No creo haber estado tan nervioso en mi vida, y Carlotta debe de saberlo, porque se levanta, se pone a mi lado y entrelaza sus dedos con los míos.

—Hola, papá —dice, saludándolo con una sonrisa radiante.

—Hola, cariño. —Su rostro se suaviza—. ¿De verdad quieres casarte con este tipo?

Alguien se ríe por lo bajo —creo que Angelo, ese cabrón— y Carlotta asiente con fervor.

—Sí, con toda mi alma.

—He oído que ha venido a rescatarte.

—Dos veces —salto yo—. Quiero decir, dos veces, señor.

Salvatore me mira y luego vuelve a mirar a su hija. —¿Es eso cierto, Lottie? —pregunta.

—Sí, papá.

—Y lo quieres?

—Muchísimo —dice ella con entusiasmo. Se pone de puntillas, me da un beso en la mandíbula sin afeitarse y siento que se me calienta la cara. Ninguna mujer ha tenido jamás el poder de hacerme sonrojar.

—¿Y usted? —pregunta, volviendo a centrar su atención en mí—. ¿Qué siente por mi única hija?

—La quiero —respondo simplemente—. La quiero más de lo que jamás creí posible. Tanto que me niego a vivir sin ella.

Durante un largo momento, Salvatore no dice nada y tengo el terrible presentimiento de que podría rechazarme. No quiero que su padre me odie. Que no nos dé su bendición. Porque, independientemente de lo que diga, voy a casarme con su hija. Pero preferiría con creces tener al hombre más poderoso de Sicilia de nuestro lado. De lo contrario, sabe Dios, probablemente acabaría desapareciendo uno de estos días, mi cuerpo no sería encontrado y, lo más seguro, acabaría durmiendo con los peces en el fondo de la bahía.

—Preferiblemente, me gustaría conocerle antes de que se convierta en mi yerno —dice Salvatore con cuidado—. Pero sé lo imprudentes que pueden ser los jóvenes enamorados... y la prisa que tienen a veces cuando se trata del para siempre.

Bajo la mirada hacia Carlotta y luego de nuevo hacia su padre. De repente, otra cara llena la pantalla y veo por primera vez a la madre de Lottie, Carmela.

—¿Dónde está mi futuro yerno? —declara—. Oh, bien hecho, Lottie, bien hecho.

No puedo evitar reírme. —Ya veo de dónde saca Carlotta su belleza —digo, devolviéndole el cumplido, y la mujer mayor sonríe.

—Un seductor, además, por lo que veo —murmura ella con una sonrisa asomando en sus labios—. Igual que tu padre lo era conmigo.

Salvatore gruñe y ella le besa la mejilla, lo que hace que su severo rostro se suavice con calidez.

—Bueno, si has terminado de intentar asustar a este joven —dice Carmela—, tengo una sugerencia.

Somos todo oídos y esperamos a que Carmela comparta su idea.

—Lottie, ¿qué te parecería una boda aquí en Sicilia, en el viñedo? —pregunta.

—Me encantaría. —Carlotta me mira—. ¿A ti qué te parece?

—Lo que te haga más feliz —respondo. Y es la verdad. Quiero cualquier cosa que ponga una sonrisa en la cara de Carlotta.

—Buena respuesta —dice Carmela—. Entonces, está decidido. Lottie y yo hablaremos de los detalles y, cuando estéis listos, todo el mundo está invitado a nuestra casa para celebrar vuestra boda.

Un vítor se eleva a nuestro alrededor y entonces Carlotta chilla y salta a mis brazos. La rodeo con ellos, con cuidado de no tocarle el culo delante de todo el mundo, y volvemos a besarnos. De fondo, oigo a Salvatore darnos su bendición con voz ronca.

Por fin, tengo todo lo que creía que nunca necesitaría. Y no podría ser más feliz.

CARLOTTA

Cuando Miceli cuelga con nuestros padres y todo el mundo nos felicita por nuestro compromiso, volvemos a sentarnos en nuestros sitios. Toca volver al trabajo, pero después de lo que acaba de pasar, no puedo concentrarme. Tengo la cabeza en las nubes, ya planeando nuestra boda, nuestra vida, nuestro futuro.

No podría estar más emocionada.

No tengo ni idea de cómo he pasado de creer que había perdido a Damon a estar a punto de morir y perderlo todo, a estar ahora felizmente prometida con el hombre al que amo. A veces, las cosas tienen una extraña y maravillosa forma de arreglarse. Estamos todos vivos y a salvo, así que no tengo nada de lo que quejarme. Solo me queda esperar un futuro hermoso y brillante, y estoy impaciente.

Seguimos comiendo y bebiendo en un ambiente festivo, y en un momento dado la conversación cambia de rumbo, y Miceli dice que le gustaría conocer la opinión del grupo sobre una idea. Como de costumbre, mi hermano mayor domina la sala con facilidad y capta la atención de todos.

—Las cosas han cambiado mucho en nuestra alianza durante el último año —dice, y todos asienten con la cabeza—, y creo que esta

es la mesa más estable que hemos tenido nunca. Hemos eliminado los problemas y los puntos débiles, y hemos logrado establecer un respeto mutuo y la paz. Creo que por fin nos encontramos en una posición en la que podemos trabajar juntos de verdad para mejorar no solo nosotros, sino también nuestros amigos y vecinos. La confianza es algo que se gana y, después de todo lo que hemos afrontado y superado, confío en todos vosotros y espero que sintáis lo mismo.

—Hubo momentos difíciles, desde luego —dice DeLuca, mirando a su hija. Alessia posa una mano sobre la de Miceli—. Pero creo que tiene razón. Es hora de forjar nuestra fuerza en la confianza y avanzar, juntos como uno.

—Juntos como uno —repite Gabriella, buscando la mano de Enzo. El resto de los Bianche asienten en señal de aprobación. Desde que los primos de Gabriella secuestraron e intentaron matar a Enzo, ella ha hecho todo lo posible por salvar la relación de mi familia con la suya. Por supuesto, su boda y el nacimiento de la pequeña Luna han arreglado las cosas de una forma que nada más podría haberlo hecho, y todo ha ido muy bien con todos.

El cabeza de la familia Caparelli y el de la familia Milano también expresan su acuerdo. Aunque para mí asistir a las reuniones de las Cinco Familias es algo relativamente nuevo, nunca había visto la mesa tan en paz, tan dispuesta a colaborar. Y cuando pienso en la raíz de este cambio milagroso, solo puedo atribuirlo al amor y a los bebés. Bueno, y a eliminar unas cuantas manzanas podridas, como había dicho Miceli.

El amor obra verdaderos milagros, y justo cuando creo que mi corazón no puede estar más lleno, Miceli hace su siguiente anuncio.

—Ya que nuestro Archer está a punto de casarse con mi hermana, me gustaría aprovechar el momento para invitarle formalmente a unirse a la mesa como miembro oficial de las Cinco Familias. Puede que sea Carlotta la que se cambie el apellido, pero ahora tú también formas parte de la familia Rossi —dice.

—Te guste o no —añade Angelo, y todos se ríen.

—¿Lo sometemos a votación? —dice Miceli, y todos asienten—. ¿Todos a favor?

Un coro de rotundos «síes» llena el aire, mi voz la más fuerte, y miro a Damon y sonrío.

—Gracias —murmura Damon, apretando mi mano—. Es un honor inesperado.

Su voz está tan llena de gratitud que le miro y no puedo evitar contener las lágrimas. Se nota que está sorprendido y conmovido. Nuestras miradas se encuentran cuando dice: —Juntos como uno — haciendo que mi estómago dé un vuelco por el doble sentido.

El resto de la mesa repite las palabras y creo que puede que tengamos una nueva frase estrella. El codiciado asiento que Gallo intentó robar ahora pertenece a mi futuro marido. ¡Toma karma!

Y entonces caigo en la cuenta. ¡Dios mío, estoy prometida! ¡Tengo un prometido! La semana pasada, tenía tanto miedo de no encontrar nunca un hombre que me quisiera, un hombre bueno, amable y maravilloso que me amara con todo su ser.

Y ahora está aquí, cogiéndome de la mano y mirándome con tantísimo amor en sus ojos.

Estoy más que lista para terminar con esto y llevarme a Damon a casa. Por suerte, no pasa mucho tiempo antes de que Miceli dé por terminada la reunión y yo ya estoy tirando de Damon para levantarlo, lista para salir pitando. Él se ríe, me acerca a él y me susurra al oído:

—¿Tienes prisa, cariño?

—¡Sí! —declaro, y él se ríe entre dientes.

Después de abrazar a mis hermanos y decirle a cada uno que es mi hermano favorito, una broma que tenemos entre nosotros, veo a

Damon estrechar la mano de cada uno de ellos. Sabe ser muy respetuoso, y tengo la sensación de que se debe en parte a su pasado militar. Cuando llamó a mi padre «señor» por teléfono, supe que había sido una buena jugada por su parte y que a mi padre le había gustado.

Con un saludo a mis cuñadas, saco a Damon fuera y entonces frunzo el ceño, al darme cuenta de que tenemos que ir con Miceli. Joder, ojalá tuviera mi coche.

—¿Volvemos a tu casa? —pregunta con voz ronca, atrayéndome a sus brazos y acariciándome la oreja con la nariz.

—Pues sí —digo—. ¡Miceli, vámonos!

Quiero irme de aquí ya, no quedarme esperando mientras Miceli hace política durante la próxima hora.

Mi hermano levanta la vista de su conversación con uno de los Caparelli y yo le chasqueo los dedos.

—Perdonad, creo que mi hermana tiene prisa —dice con una risita.

—¡Sí, la tengo!

—Vale, vale. Ya voy —responde él con calma.

Damon me mordisqueea el lóbulo de la oreja y casi me derribo en sus brazos cuando dice:

—Y tú también te vas a correr muy pronto, mi amor.

Uf. Me muero de ganas de meter a este hombre en mi cama. Después de todo por lo que acabamos de pasar, estoy lista para celebrar la vida y empezar la nuestra juntos. Tenemos mucho de qué hablar y que planear, pero eso puede esperar. Lo primero es lo primero, y eso significa desnudarnos entre las sábanas. O donde sea...

Tenemos todo un apartamento que estrenar.

El pensamiento picante hace que un hormigueo recorra todo mi cuerpo y explote en mi centro.

Un momento después, Miceli y Alessia suben al Range Rover y él me mira por el espejo retrovisor con una sonrisa socarrona. —¿A qué vienen tantas prisas? —pregunta con descaro.

Lo fulmino con la mirada y Alessia mira a su marido y niega con la cabeza. —Deja de ser un hermano mayor malo y de tomarle el pelo a tu hermana pequeña —declara—. Recuerdas perfectamente cómo era justo después de casarnos.

—Cómo sigue siendo —gruñe él, y entrelazan los dedos.

—Te juro por Dios, Miceli, que como no arranques nos bajamos de este coche y nos subimos al primer medio de transporte que vea. ¡Un autobús, un Uber, el metro, una puñetera bicicleta!

Todos se ríen y Damon me acerca a él, acurrucándome bajo su brazo. —Paciencia, cariño —susurra, dándome un beso en la sien—. Estaremos en casa antes de que te des cuenta. Y entonces cerraremos la puerta con llave y no contestaremos al teléfono en los próximos días.

—Me parece bien —digo, acomodándome contra su cálido costado.

El trayecto hasta mi casa parece durar más de lo normal, pero solo es porque me muero de ganas por arrancarle la ropa a Damon y hacer con él lo que me plazca. Ha pasado demasiado tiempo y mi necesidad de él se ha convertido en un dolor físico.

Finalmente, mi edificio aparece a la vista y, mientras Miceli se acerca a la acera, yo ya estoy abriendo la puerta.

—Joder, Lottie, deja que al menos pare el coche antes de que saltes —gruñe Miceli.

—Eres demasiado lento —me quejo, con los pies ya en el asfalto—. ¡Vale, adiós!

Cierro la puerta de un portazo y oigo las risas ahogadas de mi hermano y Alessia desde dentro. Damon se reúne conmigo en la acera y, tras un rápido saludo con la mano, tiro de él hacia la puerta.

—Parece que tienes mucha prisa, señorita Rossi —bromea.

Abro la puerta de golpe y le lanzo una mirada que deja claras mis intenciones. —Entra, sube y quítate la ropa, señor Archer.

A él se le escapa una carcajada y luego me dedica un saludo militar. Mientras pasa a mi lado para entrar en el vestíbulo, le doy una palmada en el culo.

—Dios mío, mujer, me da la sensación de que vas a abusar de mí.

Golpeo con la mano el botón del ascensor.

—Así es —susurro, volviéndome para mirarlo—. Y espero que me devuelvas el favor.

—Oh, ya sabes que lo haré —murmura, atrayéndome hacia él. Nuestras bocas chocan en un beso memorable. Caliente, húmedo y lleno de tórridas promesas.

La puerta del ascensor se abre y estamos demasiado ocupados besándonos para entrar. Cuando empieza a cerrarse de nuevo, Damon la detiene con el pie calzado con una bota. Sin dejar de besarme, me arrastra dentro y pulsa a ciegas el botón de mi planta.

No nos cansamos el uno del otro y, para cuando llegamos a mi planta, soy un desastre jadeante y necesitado. Al salir, las rodillas me tiemblan ligeramente, como si fueran de gelatina. Damon me coge en brazos y me lleva por el pasillo mientras yo levanto las llaves, lista para abrir esa maldita puerta a toda velocidad y entrar para que podamos pasar al siguiente nivel.

Damon me quita las llaves de la mano, la mete en la cerradura, la gira y la puerta se abre. Dios, qué bien sienta estar en casa, a salvo y con el hombre que amo. Cierra la puerta de una patada, echa el

cerrojo y nuestras bocas vuelven a unirse mientras me lleva al dormitorio.

Una vez en mi habitación, me lanza sobre la cama y me mira con una expresión salvaje en sus ojos oscuros. —Por mucho que quiera ir despacio, también quiero hacerlo duro y rápido.

—Ahora mismo no tengo paciencia para ir despacio, Damon —le advierto—. Te necesito dentro de mí ya.

—Pues eso tendrás —promete con voz ronca.

Ambos empezamos a arrancarnos la ropa y entonces él está encima de mí, nuestros cuerpos desnudos piel con piel, y es tan delicioso que casi podría llorar. En lugar de eso, alargo la mano hacia su dura polla y su mano baja hasta mi entrepierna. Ambos estamos excitados y a punto, palpitantes y necesitados, y yo le acaricio la verga mientras sus dedos se deslizan en mi húmeda intimidad.

—Oh, Dios —gimo, arqueándome contra su palma, cabalgándola mientras él empuja ligeramente contra mi mano. Nunca he estado tan caliente, excitada y a punto de entrar en combustión total como ahora. Pero antes de que lleguemos al orgasmo, Damon retira la mano, se acomoda entre mis muslos y agarra su polla, alineando nuestros cuerpos. De una suave embestida, entra en mi cuerpo, deslizándose profundamente, y yo grito.

Enrosco las piernas alrededor de su cintura, levanto las caderas y respondo a cada una de sus duras embestidas. Nada me ha sentado jamás tan bien ni tan correcto. Mi cuerpo chisporrotea, listo para despegar hacia la estratosfera.

Él inclina mis caderas justo en el ángulo preciso y da en mi punto dulce una y otra vez hasta que grito. Mi coño se contrae y aletea a su alrededor, atrayéndolo cada vez más adentro. Y mientras mi orgasmo me inunda, juro que veo las estrellas. Sobre mí, Damon gime durante su propio orgasmo y yo atraigo su boca hacia la mía para un beso largo y profundo lleno de pasión.

Durante un largo momento, permanecemos tumbados, nuestros cuerpos unidos como uno solo. La sensación de estar conectada a este hombre en todos los sentidos —cuerpo, mente, corazón y alma— es más que abrumadora. Pero en el mejor de los sentidos.

Gimo suavemente cuando finalmente se retira y se gira para tumbarse boca arriba.

—Eso ha sido... —mi voz se apaga porque no puedo expresar del todo lo que acaba de pasar. Ha sido demasiado bueno.

—Sí —suspira—, realmente lo ha sido.

Me río y me giro para mirarlo. Poniendo una mano sobre su pecho, le doy un beso en el hombro. —Te quiero, Damon Archer.

—Yo te quiero más, Carlotta Rossi.

El peso de sus palabras hace que se me oprima el pecho de la emoción. —Nadie me había dicho eso antes —susurro.

—Yo tampoco se lo había dicho nunca a nadie.

Así es. Recuerdo que me dijo que nunca se lo había dicho a su exnovia. —¿Pero Caitlin quería que se lo dijeras, verdad?

—Sí. Pero si lo hubiera hecho, habría sido mentira.

Alargo la mano y le aliso la arruga del entrecejo. —Lo que le pasó no fue culpa tuya, mi amor. Por favor, deja de culparte.

—Lo intento —dice, cogiendo mi mano y dándome un beso en la palma—. Tú me has ayudado, la verdad. De más formas de las que puedas imaginar.

—¿De verdad? —enarco una ceja—. ¿Cómo?

Suelta un suspiro bajo, juega con mis dedos, entrelazando los suyos con los míos una y otra vez. —Después de que Caitlin muriera, pensé que la poca calidez y humanidad que aún me quedaba tras mis años en las operaciones especiales había muerto con ella. Lo

que hacía... me estaba pasando factura. Entonces, perderla pareció destrozarme de tantas maneras distintas. Me volví frío, despiadado y, según creía, completamente incapaz de amar. Quiero decir, ni siquiera había querido a mi novia. Me preguntaba: «¿Qué demonios me pasa?». Me sentía la peor persona del mundo.

—Eres un buen hombre, Damon —insisto.

—No lo creía. —Pone mi mano sobre su pecho y la cubre con la suya. Puedo sentir el latido fuerte y constante de su corazón bajo mi palma—. De verdad creía que era incapaz de amar.

—¿Y ahora? —insisto.

—Me has enseñado que soy capaz de todo lo que me proponga, y que el amor puede arreglarlo todo. Eres una mujer muy sabia, Lottie.

Sonrío. —Eso me han dicho.

—Gracias, cariño —susurra—. Por arreglarme en todos los sentidos importantes.

—Y gracias a ti también —le digo—. Nunca pensé que encontraría a alguien y estaba a punto de rendirme. Haces mi vida más bonita, infinitamente mejor, de muchísimas maneras.

—Me alegro de que tu familia me aceptara tan fácilmente.

—Siempre les has caído bien porque, cada vez que la cosa se ponía fea, estabas ahí para ayudarnos. No importan tus razones originales para hacerlo. Nunca nos has fallado, Damon, y todos te estaremos eternamente agradecidos.

Me coge las manos y me besa cada uno de los nudillos. —Vamos a comprarte un anillo esta semana. El diamante más grande y caro que quieras, cariño.

—No necesito un diamante grande, Damon —susurro, mirándole a sus ojos oscuros. Unos ojos llenos de amor—. Solo te necesito a ti.

—Me alegra oír eso, pero voy a asegurarme de que lleves un pedrusco en el dedo. Necesito que sea muy visible y muy evidente, para que todos los demás hombres sepan que no estás libre. Porque ahora me perteneces, Carlotta Rossi, y no voy a dejarte ir jamás.

—Por mí, perfecto —susurro. Un amor como nunca antes había conocido me inunda y nuestras bocas se funden en un beso lleno de promesas.

Por fin he encontrado a mi persona, a mi otra mitad, y me alegro de que nunca me vaya a dejar ir, porque el sentimiento es mutuo.

Damon Rossi es todo mío y no podría estar más feliz.

ARCHER

La gente siempre dice que el tiempo vuela, pero cuando estás preparando una boda en el extranjero, el dicho adquiere un significado completamente nuevo. En nuestro caso, el tiempo ha desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. Pero cada instante que hemos pasado juntos es valioso. No podría querer más a Carlotta, y cada día a su lado es una nueva aventura.

Una que siempre estoy deseando vivir.

Soy un tío bastante relajado en lo que respecta a los detalles de la boda, así que le digo que elija exactamente lo que quiera. Sin embargo, en cuanto a las armas y las operaciones, necesito conocer hasta el más mínimo detalle al dedillo. Aunque le digo que elija las flores, la comida y la decoración que más le gusten, Carlotta se asegura de incluirme en todo.

—Este también es tu día —me dice.

—Lo sé, cariño, y me encanta que también quieras mi opinión. Pero solo quiero que seas feliz.

—Damon, podríamos casarnos mañana en el juzgado y a mí me parecería bien.

Dios, cómo quiero a esta mujer.

El plan es pasar unas semanas de más en Sicilia. Llegamos antes para ocuparnos de los últimos detalles de la boda y luego pasaremos el resto del mes con su familia y celebraremos la Navidad. Después, me llevaré a mi preciosa novia en un vuelo a través del mar Jónico y nos iremos de luna de miel a las hermosas islas Jónicas, frente a la costa de Grecia.

Sinceramente, no creo haber deseado nunca tanto algo como las dos semanas que tendremos a solas, solo nosotros, explorando las islas, relajándonos y teniendo tanto sexo que posiblemente muramos de un orgasmo. Quizá exploremos también el continente. Lo que ella quiera hacer. Mientras haya una cama cerca, a mí me parece bien.

Casi sin darnos cuenta, estamos en el jet privado de la familia Rossi, rumbo a Sicilia. Angelo y Blake también han decidido venir antes, y es agradable tener compañía. Me cae muy bien el hermano pequeño de Carlotta porque siempre está contando alguna historia divertida y haciéndonos reír. Creo que, de todos sus hermanos, ella y Angelo son los que más se parecen.

Blake, la mujer de Angelo, espera gemelos, así que pensaron que sería bueno adelantarse para que ella se relajara. Cada día está más grande y se encuentra bien, pero no puedo decir que los envidie. Un solo bebé ya sería bastante difícil. ¿Pero dos? Tampoco será el único par de gemelos. Vin y Hannah tienen dos niñas gemelas, Rosa y Bianca, que son unos angelitos. Pero he de decir que saber que los gemelos son cosa de familia me pone un poco nervioso.

El viaje en avión a Sicilia se pasa rápido porque hablamos la mayor parte del trayecto. Nunca he estado en Sicilia, y Blake tampoco, así que los dos estamos deseando llegar.

—Te va a encantar —dice Carlotta con entusiasmo—. Diciembre en Sicilia es la época más bonita del año.

—Me has contado tantas cosas que ahora estoy deseando verlo con mis propios ojos.

—Voy a llevarte a todas partes para que lo vivas todo —me dice, apretándome la mano.

Lo único que me pone un poco nervioso es conocer a sus padres. Quizá sea una tontería, y sé que ya tengo el permiso de su padre por teléfono, pero soy un romántico y quiero asegurarme de que le parezco bien. Que le paremos bien. El último mes ha sido un torbellino, y la forma en que nos metimos de lleno en la vida del otro podría hacerle dudar de mis verdaderas intenciones.

Sin embargo, quiero a Carlotta más que a nada en este mundo, y me aseguraré de que sus padres lo sepan.

Tras aterrizar sin problemas en el pequeño aeropuerto, Angelo y yo cogemos todo el equipaje mientras las mujeres bajan a ver lo del coche.

—¿Estás preparado para esto? —pregunta Angelo, mirándome mientras me cargo con todas las maletas que puedo.

Me detengo y lo miro. —¿Preparado para qué? ¿Para el matrimonio?

—¡Para todo, tío! Vas a casarte con mi hermana, que es pura dinamita, a formar parte de una familia grande y loca, estás a punto de conocer a mis padres, a punto de convertirte en padre probablemente...

—Eh, para el carro —digo, levantando una mano y riéndome—. ¿Estás intentando asustarme? Vamos por partes, por favor.

Me río, pero sé que tiene razón. Son muchos cambios en muy poco tiempo.

Pero estoy preparado. De hecho, nunca he estado más preparado. Por primera vez en mucho, mucho tiempo, tengo un montón de cosas nuevas y emocionantes por delante. He estado centrado únicamente en los negocios desde que tengo uso de razón, y mi vida

personal se resintió mucho, hasta el punto de que creía que no podía tener una relación seria ni nada más allá. Pero Carlotta me enseñó que sí podía y que tengo mucho más que ofrecer de lo que jamás me había dado cuenta.

—Creo que solo estás proyectando —bromeo—, porque tu mujer está a punto de tener gemelos y eso es mucho que asumir de golpe.

—Joder, Archer, ahora el que me va a asustar eres tú.

Nos reímos mientras sacamos el equipaje por la puerta y bajamos por la escalerilla. Es agradable tener un amigo con quien hablar de estas cosas. Aunque tenía a mi equipo de tíos mientras estuve en el ejército, perdimos el contacto cuando todos siguieron adelante y formaron sus familias. Pero Angelo y yo parecemos tener mucho en común y nos llevamos bien, lo cual es genial.

Cargamos el equipaje en el todoterreno que nos espera. Las chicas parlotean sobre todos sus planes, y como todavía queda más equipaje, Angelo y yo hacemos un segundo viaje. Creo que lo único que Carlotta no ha metido en la maleta ha sido la casa a cuestas.

—Cariño, está claro que no viajas ligera de equipaje —comento, hundiéndome por fin en el asiento a su lado una vez que estamos todos listos para irnos.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Más te vale acostumbrarte. Aunque no fuera una boda en el extranjero, me seguiría gustando traerme de todo. Nunca sabes lo que te puede hacer falta.

Esbozo una sonrisita, me inclino y la beso.

No tardamos mucho en llegar a casa de sus padres, y esa descripción es quedarse corto. La enorme casa, rodeada de viñedos interminables, es más bien una extensa villa campestre. Es preciosa y posee un encanto del viejo mundo que te invita a abrir una botella de la bodega privada de los Rossi, a sentarte en el patio trasero y a

empaparte del ambiente. Además, está adornada para las fiestas. Hay tantas flores de Pascua en el gran porche que es imposible contarlas, hay coronas en cada ventana y veo luces colgadas de los árboles. Seguro que de noche tiene un aspecto espectacular.

También es un poco intimidante, y Carlotta debe de notar mis nervios, porque se acerca y me pone una mano tranquilizadora en el brazo.

—No te pongas nervioso —susurra—. Vas a encantarles.

Le miro los gráciles dedos y veo el gran diamante de talla cuadrada destellando. Es imposible no verlo. Cuando fuimos a comprar el anillo, prácticamente saltó del expositor y exigió que lo compráramos. Y aunque ella decía que no necesitaba un pedrusco descomunal, noté que le encantaba. Así que se lo compré y se le iluminó la cara. Me dijo que no se lo quitaría nunca y, que yo sepa, no lo ha hecho ni una sola vez desde que se lo puse en el dedo.

Ahora, voy a añadir una alianza de boda y a sellar el trato. Estoy impaciente. ¿Quién demonios soy?, me pregunto, reprimiendo una risita. Ah, sí, soy un hombre enamorado. Desesperadamente, hasta las trancas, de los que harían cualquier cosa por hacerla feliz.

Mientras bajamos del todoterreno, la doble puerta principal se abre de par en par y veo por primera vez en persona a Salvatore y Carmela Rossi. Y mis hombros se relajan, la ansiedad desaparece mientras Carmela se apresura a abrazarme antes que a nadie. Luego abraza a Blake. Luego a sus hijos.

No estoy seguro de lo que Carlotta le ha contado a su madre sobre mí durante sus llamadas telefónicas privadas, pero el hecho de que haya venido a mí primero y me haya rodeado con sus brazos sin dudarlo me oprime el pecho de emoción. Por tonto que parezca, lo necesitaba. El consuelo, la aceptación, el amor... Todo significa tanto para un tipo al que ya no le queda familia ni amigos en la vida. Bueno, «quedaba», me corrijo. Porque ahora mi vida está tan llena que prácticamente rebosa.

—Que lo sepas —dice Carmela—, voy a llamarte Damon, no Archer como hacen mis hijos.

Me río.

—Puedes llamarme como quieras —respondo y paso un brazo por la cintura de Carlotta, acercándola a mí. La necesito a mi lado, necesito sentir su calor y su apoyo. Conocer a sus padres es algo muy importante y no quiero meter la pata.

—Mamá, papá, me gustaría presentaros a Damon... oficialmente —añade, y todos se ríen.

—Es un auténtico placer —dice Carmela. Luego baja la voz y se inclina hacia su hija, como si le estuviera contando un secreto. Pero, por supuesto, sigo oyéndola—. Ay, Lottie, es aún más guapo en persona.

Mis labios se contraen ante el cumplido.

Salvatore extiende la mano y nos la estrechamos.

—Bienvenido a la familia, Damon —dice.

—Gracias, señor.

—Lláname Sal, como todo el mundo —me invita con voz ronca. Su atención se desvía hacia Blake—. ¿Y cómo estáis tú y mis nietos?

Blake rodea con una mano su abultado vientre.

—Ya dan patadas.

—Y la mantienen despierta toda la noche —añade Angelo, dándole un beso en la sien.

—Bueno, entrad y pon los pies en alto. Mela acaba de hacer galletas. Hay limoncello recién hecho y tenemos un spritzer especial sin alcohol para ti, Blake. Y para quien más le apetezca.

Le echa una mirada de reojo a Carlotta y trago saliva, sin que se me escape su intención. Pero Salvatore es un hombre que no se anda con rodeos ni se reprime.

—Cuanto antes empecéis a darnos nietos, mejor —afirma.

—¡Papá! ¿Podemos al menos casarnos primero? —exclama Carlotta, y yo me río. Está claro que la familia Rossi sabe cómo mantener las cosas animadas.

—Estamos practicando —murmuro.

—Oh, seguro que estáis practicando mucho —interviene Angelo.

—Cállate, Ang —dice Carlotta, pero sonrío de oreja a oreja—. Venga, te enseñaré dónde nos quedamos.

Me arrastra por el largo pasillo lleno de ventanas y no puedo sino imaginar lo agradable que debe de ser en los meses de verano con las ventanas abiertas y la brisa soplando desde el viñedo.

—Este sitio es increíble —digo.

—Ni la mitad de increíble que tú.

Llegamos a una habitación y me mete dentro, cerrando la puerta rápidamente. Antes de que pueda siquiera mirar a mi alrededor, se lanza sobre mí, besándome con fuerza. Mis brazos la rodean automáticamente, levantándola, y sus piernas se enrollan en mi cintura. Tras un beso muy largo y apasionado, nuestras bocas se separan.

—Llevo horas deseando hacer eso —afirma sin aliento, y yo sonrío con suficiencia.

—¿Ah, sí?

Me mordisqueea el labio inferior, deslizado la mano entre nuestros cuerpos para cubrir mi polla ya dura. Cuando aprieta ligeramente, gimo.

—Estás jugando con fuego, cariño —le advierto.

—Estoy lista para arder —susurra, soltándose y restregándose contra mí—. Y, oye, tenemos la aprobación de mi padre, así que más vale que nos divirtamos un poco.

Me río.

—Bueno, en ese caso, no quiero decepcionar a mi nuevo suegro.

—No te lo aconsejo.

Dándome la vuelta, lanzo a Carlotta sobre la cama. Si me quiere, me tendrá. Sin previo aviso, salto encima de ella —con cuidado, por supuesto— y la beso hasta dejarla sin aliento.

Ah, tengo la sensación de que Sicilia va a ser maravillosa en muchos sentidos.

Y lo es. Cada momento que pasamos con la familia de Carlotta es precioso. Para cuando llega todo el grupo para las fiestas, siento como si conociera a esta familia desde siempre. Son tan cálidos y acogedores, rebosantes de alegría, amor y risas. A veces, tengo que pellizcarme porque no puedo creer que sea real.

Están Miceli, una Alessia embarazada y el pequeño Nico; Vin, Hannah y sus niñas, Rosa y Bianca; Enzo, Gabriella y la pequeña Luna; Angelo y la pobre Blake, que tiene náuseas vespertinas a las seis en punto cada noche; Salvatore y Carmela, por supuesto, y nosotros. Pasar de no tener familia a un gran círculo de parientes como este ha sido lo más fácil y lo mejor. Me preocupaba que pudiera ser un poco abrumador, pero me han recibido con los brazos abiertos.

La víspera de nuestra boda, Carlotta y yo damos otro paseo por el pueblo para admirar la decoración navideña y visitar los mercadillos navideños. Hay luces y flores de Pascua por todas partes, y nos detenemos para admirar los belenes vivientes, a los que ella llama presepi viventi. Me encanta escucharla hablar italiano. Como el resto

de su familia, lo habla con fluidez y suena precioso al salir de sus labios.

Unas velas iluminan la fachada de la iglesia y todo es tan mágico y pintoresco... como sacado de un antiguo libro de cuentos de hadas. Ambos observamos al bebé hacer arrullos en el pesebre y entrelazo mis dedos con los suyos.

Sé que, un día, tendremos nuestro propio pequeño.

—Mañana por la noche a esta misma hora, estaremos casados — murmura ella.

—Estoy deseando que llegue el momento. Me has dado tanto por lo que ilusionarme, Carlotta. Mucho más... —La voz se me quiebra por la emoción—. Bueno, cosas que nunca esperé que ocurrieran.

Me vuelvo hacia ella para poder mirarla a sus bonitos ojos marrones.

—Gracias, mi amor. Por todo.

—Oh, Damon, no tienes que darme las gracias porque me lo has devuelto todo cien veces. Te quiero y estoy muy agradecida por tenerte y por nuestro futuro juntos.

—Te quiero, Lottie. Más de lo que jamás sabrás.

En algún lugar cercano, el sonido de gente cantando un villancico llena el aire. Con las luces parpadeando cerca y el aroma a píceas en el ambiente procedente de las ramas de hoja perenne dispuestas en el pesebre, atraigo a Carlotta a mis brazos y beso a mi chica con todo el amor de mi corazón.

EPÍLOGO

CARLOTTA

El día siguiente amanece soleado y con una calidez inusual para la época. No podría haber pedido un día más perfecto para casarme. Mi madre corre las paredes de cristal traseras, que abren toda la mitad de atrás de la casa y la conectan directamente con el patio de adoquines. Una pérgola da sombra al patio y está cubierta de flores y enredaderas. Una fuente murmura y hay un arco hecho de ramas de hoja perenne salpicadas de acebo. Damon y yo nos colocaremos debajo para la ceremonia e intercambiamos nuestros votos.

Se palpa la emoción en el ambiente y yo estoy más que lista y emocionada. Las chicas me ayudan con el pelo y el maquillaje, y luego me pongo un vestido largo y blanco, del satén más suave. Alessia me retoca el brillo de labios mientras Hannah me ajusta las ramitas de acebo esparcidas por el pelo, que llevo recogido hacia atrás en un montón de ondas sobre la nuca.

—Estás deslumbrante —dice Gabriella, y todas asienten.

—Ese hombre no va a saber ni de dónde le ha venido —añade Blake, y todas nos reímos.

Tengo las manos entrelazadas y me doy cuenta de que las estoy retorciendo con nerviosismo.

—¿Estás lista? —pregunta Alessia.

—Listísima. Pero estoy nerviosa —admito.

—No estés nerviosa —dice Gabriella—. Estás a punto de casarte con el hombre que amas, con tus amigos y tu familia aquí contigo. Estamos muy felices por ti.

—Muy, muy felices —afirma Gia. Me alegro mucho de que la hermana de Alessia y Leo también hayan venido. Todas las personas que más quiero en este mundo están aquí y Gabriella tiene razón: no hay necesidad de estresarse o preocuparse porque este es, de verdad, el día más feliz de mi vida.

—Muchas gracias a todos por estar aquí. Significa muchísimo para mí... y para Damon. Sus padres fallecieron, así que ahora nosotros somos su familia.

—Y estamos encantados de acogerlo en nuestro redil —dice mi madre y me abraza.

Siento que se me saltan las lágrimas, pero no puedo permitirme llorar o me estropearé el maquillaje.

—Ni se te ocurra llorar —me advierte Alessia, y esbozo una sonrisa.

—No lo haré. Al menos, no todavía.

—Por lo menos espera a después de dar el «sí, quiero» y así podré retocarte.

—Vale —digo con una risita.

—¡Eh! —llama Angelo desde el pasillo—. ¿Estáis todas decentes ahí dentro?

—¡Sí! —respondo, y mi hermano entra pavoneándose, con las manos en los bolsillos, guapísimo con su traje. Me echa un vistazo y silba

por lo bajo.

—Joder, hermanita, Archer es un hombre con mucha suerte.

—Gracias —susurro, de nuevo con las lágrimas a punto de brotar.

—Ni se te ocurra llorar —dice, y todos se ríen.

—¡No lo haré!

Me da un abrazo y luego señala con la cabeza hacia el patio trasero.

—Tu hombre te está esperando. ¿Estás lista?

Asiento con la cabeza. —Estoy lista.

—¡No te olvides el ramo! —Hannah me entrega el pequeño arreglo de hoja perenne y acebo, intercalado con rosas blancas y muérdago. Es perfecto y se lo cojo con una sonrisa de agradecimiento.

Entonces Angelo me ofrece el brazo y me acompaña al pasillo mientras las chicas y mi madre me desean otra ronda de buena suerte y van a ocupar sus asientos.

Mi padre me espera y Ang me entrega a él. —Nos vemos en el altar —dice con un guiño.

—Estás preciosa —dice mi padre, y sonrío.

—Gracias, papá.

—Vamos —dice, pasando mi brazo por el suyo—. Vamos a casarte. Quiero ver a mi niña casarse con el hombre que ama. Y también quiero un poco de esa tarta de bodas que tiene una pinta deliciosa.

Sonrío, riendo, mientras los suaves acordes de la música llenan el aire. —Vamos a ello.

Una suave brisa me agita los mechones sueltos alrededor de la cara cuando salimos al patio. Mi mirada va directa al arco donde mi Archer me espera, guapísimo con un traje negro. Miceli está a su lado, como su padrino, y Angelo me espera a mí. En lugar de una

dama de honor, le pregunté a Ang si sería mi «caballero de honor» y me dijo que sería un honor para él.

Mi padre me lleva por el pasillo y, cuanto más me acerco a Damon, más rápido y fuerte me late el corazón. Este es el momento. El momento con el que sueña toda niña. Estoy muy feliz de poder celebrar este instante con las personas que más quiero en el mundo. Al pasar junto a mi familia, veo a Vincentius y a Enzo, a todas las esposas de mis hermanos, a sus hijos, y este momento no podría ser más perfecto.

Mi mirada se posa en Damon. Ese hombre es más que la perfección. Cuando llegamos a su lado bajo el hermoso arco, me dedica una mirada de arriba abajo llena de admiración y una sonrisa preciosa. Mi padre me entrega diciendo: —Cuida de mi hija.

—Lo haré, señor —promete él.

Con mi mano en la de Damon, se toma otro momento para admirarme de nuevo y luego susurra: —Estás tan guapa, Carlotta.

—Y tú estás muy guapo —le digo.

El cura de la iglesia de mis padres espera para casarnos y siento que empiezan a dolerme las mejillas de tanto sonreír. Juntos, nos giramos para mirarlo y me parece que apenas respiro antes de estar intercambiando los votos nupciales.

Mientras nos miramos, mis manos tiemblan ligeramente y Damon les da una pequeña sacudida. —¿Quieres que empiece yo? —pregunta, y asiento agradecida.

Siento que todo el mundo nos mira y, para calmar los nervios, me concentro en los ojos oscuros y brillantes de Damon y me olvido de todo salvo de sus preciosas palabras.

—Desde el segundo en que te vi en la fiesta de máscaras, me sentí intrigado. Captaste toda mi atención desde ese primer momento... y ahora has capturado mi corazón. Sé que todo entre nosotros ha

pasado muy rápido, pero nunca nada me había parecido tan correcto.

Se me llena el corazón y noto cómo se me humedecen los ojos.

Bueno, qué se le va a hacer. Supongo que era inevitable llorar cuando el hombre al que amo me está declarando su amor delante de todo el mundo.

—No tienes ni idea de lo mucho que te quiero, cariño, y lo agradecido que estoy. Me salvaste de un futuro muy solitario..., uno que creía inevitable. Me has vuelto a dar una familia..., y un motivo..., un propósito. Nunca podré agradecértelo lo suficiente, pero voy a pasar el resto de mi vida intentándolo. Te quiero, Lottie, mi Reina de Corazones, mi para siempre.

Sorbeteando por la nariz, pierdo la batalla contra las lágrimas, que empiezan a escapárseme de los ojos. Damon se acerca y me las seca. Tomo una bocanada de aire temblorosa, sabiendo que ahora es mi turno.

—Damon, me-niego-a-llamarte-Archer —empiezo, y las risas llenan el aire—, eres el hombre más increíble que he conocido. Nunca dudaste en protegerme y, cuando necesité que me rescataran..., dos veces..., viniste corriendo. Gracias, mi amor.

—Siempre te rescataré —susurra, y yo le aprieto las manos.

—La noche de la fiesta de máscaras tuve el presentimiento de que podría conocer a alguien especial. No imaginaba que me llevaría a la aventura de mi vida, pero también me dio el amor de mi vida. Y no cambiaría nada. Te quiero, Damon, y estoy deseando compartir más aventuras contigo.

Angelo me da un golpecito en el brazo y me entrega la alianza de Damon, mientras Miceli le da a Damon mi anillo. Después de intercambiar nuestros votos y ponernos los anillos, nos declaran marido y mujer.

—Puede besar a la novia —dice el sacerdote.

Damon me rodea con sus brazos, me inclina hacia atrás y me besa. Un amor y una alegría infinitos me inundan y me agarro a él con fuerza mientras nuestras bocas se funden, sellando nuestra promesa de amarnos para siempre. Estallan los vítores y entonces Damon me endereza, me levanta del suelo en volandas y vuelve a besarme. Todos se ríen y los silbidos atraviesan el aire.

Cuando por fin me baja, me siento totalmente eufórica. Cogidos de la mano, empezamos a bajar por el pequeño sendero de adoquines mientras todos siguen vitoreando y lanzando pétalos de rosa. Al final del pasillito, vuelve a cogerme en brazos y me hace girar. Echo la cabeza hacia atrás y me río, sabiendo que recordaré este momento el resto de mi vida.

—¡Venga! —grita Angelo y le da una palmada en la espalda a Damon—. ¡Que empiece la fiesta!

Volvemos todos a la casa, donde han preparado la comida: una gran cena tradicional italiana, por supuesto. Nos sentamos todos a la gran mesa y no podría haber pedido una velada mejor. Las risas, la conversación y el vino fluyen.

Después de la cena, Damon y yo cortamos la tarta nupcial y está absolutamente deliciosa. No hay nada que supere la tarta casera de almendra y vainilla de mi madre. Vin está encargado de hacer las fotos y no ha parado de disparar como un loco. Damon me da un trozo de la esponjosa tarta blanca y luego yo le devuelvo el favor mientras Vin inmortaliza el momento.

Una mezcla de villancicos cantados por grandes del jazz suena por los altavoces repartidos por toda la primera planta y, en un momento dado, Damon y yo compartimos nuestro primer baile como marido y mujer.

—¿Eres feliz? —pregunta, apretando sus brazos alrededor de mi cintura.

—¿Hablamos en una escala del uno al diez? —bromeo.

—Claro —dice con una risa.

—Entonces ahora mismo estoy rondando el millón —declaro.

—Bien. Yo también.

Nuestros labios se encuentran en otro beso y la energía entre nosotros se vuelve ardiente al instante. Cuando por fin nos separamos, decido que es hora de irnos. —¿Estás listo para empezar nuestra luna de miel, señor Archer? —pregunto y tiro juguetonamente de su corbata.

—Dios, pensé que no lo ibas a pedir nunca.

Por muy maravilloso que haya sido nuestro día y todo este tiempo en casa de mis padres, estoy lista para empezar mi vida con Damon. Nos despedimos entre abrazos y bromas, cogemos las maletas y nos dirigimos al todoterreno que nos llevará directamente al aeropuerto y al jet familiar que espera para llevarnos a las islas Jónicas.

—Nunca he sido tan feliz en toda mi vida —le digo a Damon una vez que estamos instalados en el avión—. Y todo es gracias a ti.

—Te quiero, cariño, y creo que lo mejor está por llegar —susurra, inclinándose para besarme. Es lento, seductor y tan ardiente que se me eriza la piel.

Y Damon tiene razón. Nuestro tiempo en las islas Jónicas está lleno de conexión, exploración y sexo interminable que es tan jodidamente bueno que sé que nunca lo olvidaré. Decidimos buscar un nuevo lugar para vivir y, no mucho después de regresar a Nueva York, descubro que estoy embarazada. De un mes exactamente, lo que significa que lo más probable es que concibiera a nuestro hijo mientras estábamos escondidos en la cabaña.

Ocho meses después, conocemos a nuestro bebé, Alexander, y es exactamente igual que su padre. Ya tiene más encanto en su dedo

meñique de lo que se puede imaginar y, cuando sea mayor, no me cabe duda de que va a ser un pequeño rompecorazones.

La familia Rossi ha crecido aún más y me alegro mucho de que Xander tenga a todos sus primos para jugar y crecer con ellos. Tengo la sensación de que él y Nico, el hijo de Miceli y Alessia, serán íntimos y causarán todo tipo de estragos. Y, por supuesto, tendrán a las chicas persiguiéndolos.

En la víspera del primer aniversario de cuando Damon y yo nos conocimos en la fiesta de máscaras, estamos sentados juntos en el sofá, bebiendo champán y recordando todo lo que nos llevó a donde estamos ahora. Xander duerme profundamente en el moisés a nuestro lado, sorbiendo suavemente entre sueños.

Habíamos hablado de ir esta noche al acto benéfico, pero al final decidimos que preferíamos no tener que lidiar con la búsqueda de disfraces, una niñera y todo el follón.

—¿Estás segura de que no quieres ir? —me pregunta Damon.

—Segurísima —le digo—. Además, tengo todo lo que necesito aquí mismo.

—Igual me pasa a mí —susurra, cogiendo mi copa y dejándola en la mesa de centro junto a la suya. Se acerca y me sienta en su regazo—. Ahora ven aquí y bésate con tu marido.

Me río suavemente y le acaricio la cara con barba incipiente. —Será un placer.

Nuestros labios se encuentran en un beso que habla de mucho amor y promete un para siempre. Antes de que la cosa se ponga demasiado ardiente, me aparto y miro a los oscuros y excitantes ojos de mi marido.

—Gracias, Damon, por darme el «y vivieron felices para siempre» definitivo.

Me sonrío y mi corazón se derrite. —Siempre, Lottie.

Entonces nos besamos una y otra y otra vez.

Y Damon tenía razón. Lo mejor no deja de llegar. He encontrado mi amor, mi propósito, y no podría ser más feliz.

TAMBIÉN POR AVA GRAY

Capos de la Mafia Serie

[Suyo para Reclamar](#) || [Suyo para Ganar](#) || Suyo para Poseer || Suyo para Siempre

Un Imperio Criminal de Nueva York Serie

[La Redención Irlandesa](#) || [La Retribución Rusa](#)

Escandalosamente Tuyo Serie

[Pecado en Bata Blanca](#)

Los votos navideños de la Bratva Serie

[El secreto navideño de la Bratva](#) || [Atados por los votos de Navidad](#)

El Bratva Valkov Serie

[Robada por la Bratva](#) || [Cautiva por la Bratva](#) || [Capturada por la Bratva](#) || [Cautivada por la Bratva](#) || [Atrapada por la Bratva](#)

Los Millonarios Machos Alfa Serie

[Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano](#) || [Simplemente Fingiendo](#) || [Amando al hombre que debería odiar](#) || [El Millonario y la Barista](#) || [Regresando a Casa](#) || [Doctor Papi](#) || [Bebé Sorpresa](#) || [Amo Odiarte](#) || [Otra Oportunidad](#) || [Una Falsa Novia para Navidad](#) || [Curiosamente Complicada](#) || [Una Mala Elección](#) || [Una Buena Elección](#) || [Una proposición de San Valentín](#) || [SELLada por un beso](#) || [Una Sorpresa Inesperada para el Jefe](#) || [Gemelos para el Playboy](#) || [Cuando nos volvamos a ver...](#) || [Las Reglas que Violamos](#) || [Un Bebé en Secreto con el Hermano de mi Jefe](#) || [Comienzos Helados](#) || [Un Multimillonario Zorro Plateado](#) || [Cautivada por el Mayor](#) || [El secreto del jefe: un bebé](#) || [El Escándalo del Bebé del CEO](#) || [El Obsequio Inesperado de Papi](#) || [Off Limits \(SPANISH Edition\)](#) || [Susurros Escandalosos](#)

La Mafia Multimillonaria Serie

[Embarazada de un Mafioso](#) || [Robada por la Mafia](#) || [Reclamada por la Mafia](#) || [Organizado por la Mafia](#) || [Encantada por la Mafia](#)

Amor en Vacaciones Serie

[Un Milagro Navideño en Silver Hills](#) || [Feliz, Alegre y Oh Tan Pícara](#) || [El Regalo de Nochebuena](#) || [San Valentín con el Zorro Plateado](#) || [Su bebé prohibido de San Valentín](#)

Relaciones Festivas de Medianoche Serie

[Un Regalo Prohibido por Navidad](#) || [Una Ganga Navideña](#) || [Un bebé escandaloso para el multimillonario](#)

Corazones de Harén Serie

3 Papás SEAL por Navidad || Chispas de Amor en Pueblo Pequeño ||
Los Papás que la Protegen
